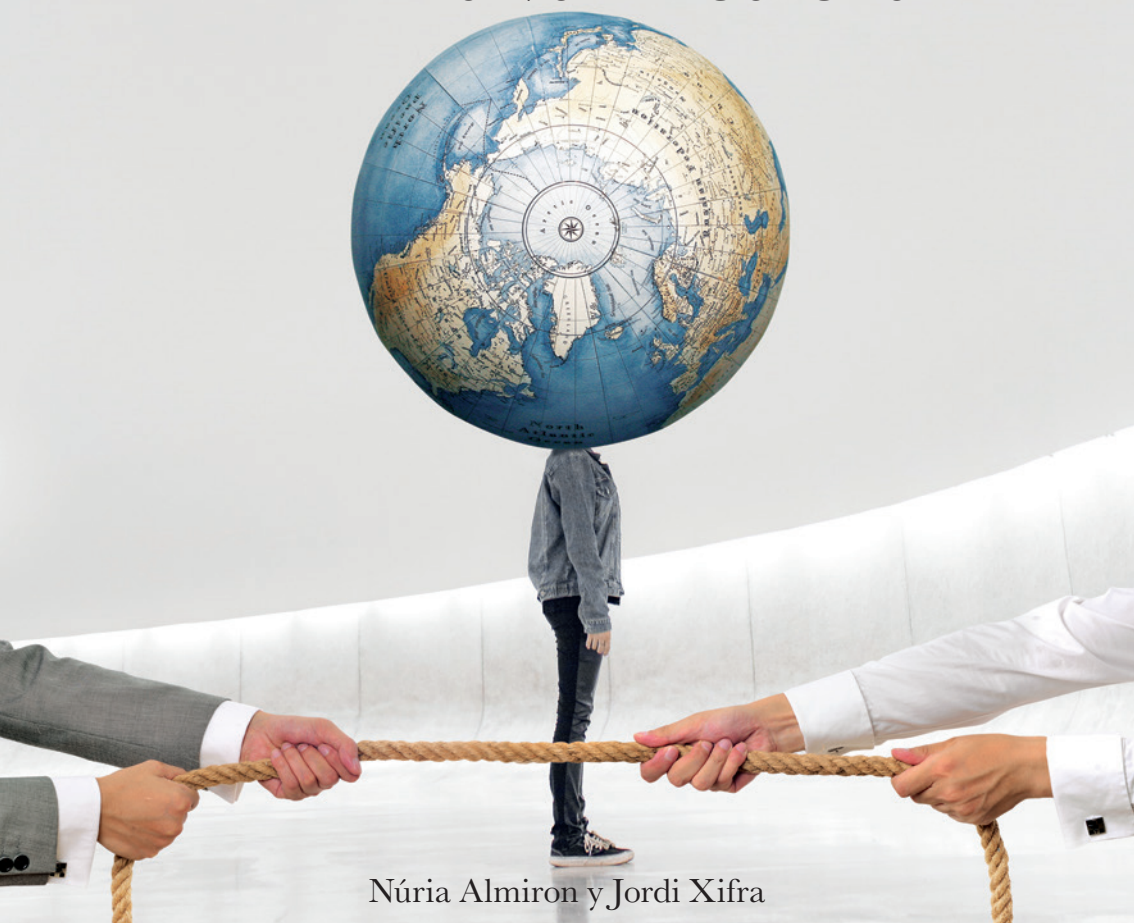


# REPENSAR LOS *THINK TANKS* EXPERTOS VS. IMPOSTORES

---

## RETHINKING THINK TANKS EXPERTS VS IMPOSTORS



Núria Almiron y Jordi Xifra

Repensar los *think tanks*  
Expertos vs. impostores

Rethinking Think Tanks  
Experts vs Impostors

NÚRIA ALMIRON, JORDI XIFRA

Repensar los *think tanks*  
Expertos vs. impostores

Rethinking Think Tanks  
Experts vs Impostors

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

- © Núria Almiron y Jordi Xifra
- © De la traducción al inglés, Barney Griffiths
- © De la presente edición, Prensas de la Universidad de Zaragoza (Vicerrectorado de Cultura y Proyección Social)  
1.ª edición, 2021

Proyecto de investigación financiado por la Agencia Estatal de Investigación (AEI) y el Fondo Europeo de Desarrollo Regional (FEDER) (CSO2016-78421-R), y por el Ministerio de Ciencia, Innovación y Universidades (FPU18/04207).

Prensas de la Universidad de Zaragoza. Edificio de Ciencias Geológicas, c/ Pedro Cerbuna, 12  
50009 Zaragoza, España. Tel.: 976 761 330  
[puz@unizar.es](mailto:puz@unizar.es)      <http://puz.unizar.es>

Esta editorial es miembro de la UNE, lo que garantiza la difusión y comercialización de sus publicaciones a nivel nacional e internacional.

ISBN: 978-84-1340-359-5

## ÍNDICE / TABLE OF CONTENTS

1. Introducción .....	7
2. Historia y génesis .....	15
Precursores del siglo XIX.....	16
Inicios del siglo XX.....	19
Primera Guerra Mundial.....	22
Segunda Guerra Mundial .....	24
Décadas de 1970 y 1980.....	28
Década de 1990 .....	30
A partir del año 2000.....	32
3. Evaluar a los <i>think tanks</i> .....	37
Qué es el conocimiento experto .....	38
Conocimiento experto aplicado a los <i>think tanks</i> .....	39
El bien común.....	44
Principios de bien común para los <i>think tanks</i> .....	48
4. <i>Think tanks</i> y crisis climática.....	55
<i>Think tanks</i> y obstrucción climática .....	56
<i>Think tanks</i> obstruccionistas .....	60
¿Producen conocimiento/análisis experto?.....	60
¿Contribuyen al bien común?.....	63
<i>Think tanks</i> no obstruccionistas .....	68
Bibliografía .....	77

1. Introduction .....	83
2. History and genesis.....	91
Precursors from the 18th century.....	92
Early twentieth century .....	95
World War I.....	97
World War II .....	100
The 1970s and 1980s .....	103
The 1990s.....	105
From 2000 onwards.....	107
3. Evaluating think tanks.....	111
Expert knowledge .....	112
Expert knowledge applied to think tanks.....	113
The common good .....	117
Principles of common good for think tanks .....	121
4. Think tanks and the climate crisis .....	129
Think tanks and climate obstruction.....	130
Obstructionist think tanks .....	133
Do they produce expert knowledge/analysis? .....	134
Do they contribute to the common good?.....	136
Non-obstructionist think tanks .....	141
References .....	149

## INTRODUCCIÓN

En todo el mundo existen miles de organizaciones que se definen a sí mismas, o son definidas por los expertos, como *think tanks*. Entre ellas, no obstante, la diversidad es tal que estos mismos expertos no se ponen de acuerdo en encontrar una definición apropiada y objetiva que las englobe a todas. La razón de ello es que entre lo que llamamos *think tanks* podemos encontrar desde centros de prestigio e independencia reconocidos, como el Peace Research Institute (Noruega), hasta organizaciones extremadamente politizadas, como FAES (España), o incluso directamente vinculadas a medios de comunicación, como el Al Jazeera Centre for Studies (Catar). El rol público que han jugado algunos *think tanks* en la diseminación de ideas perjudiciales para el estado del bienestar, la salud pública o la planetaria—como el neoliberalismo, el militarismo, el negacionismo de que el tabaco causa cáncer o, más recientemente, el obstruccionismo a la acción climática— nada tiene que ver con el trabajo riguroso o incluso académico de algunos *think tanks* que se han convertido en competidores muy importantes de las universidades en la generación de conocimiento y análisis experto, como ejemplifican Brookings (Estados Unidos) o Chatham House (Reino Unido). Otros *think tanks* son hoy recursos de referencia únicos en sus campos, como es el caso de Amnistía Internacional (Reino Unido), fuente esencial por ejemplo para datos globales de tortura y pena de muerte en el planeta. Por otro lado, algunos de los *think tanks* más influyentes son directamente creaciones de lobbies comerciales, como es el caso del

European Food Information Council (EUFIC) (Bélgica), organización impulsada por multinacionales de alimentos y bebidas para influir en los hábitos alimenticios de los europeos y en su regulación.

No cabe duda, los *think tanks* son un fenómeno complejo. Pero la causa de la dificultad en lo relativo a los *think tanks* no recae solo en el objeto observado, los *think tanks* mismos, sino también en sus observadores, las personas que estudiamos u opinamos sobre estas organizaciones. En cierta manera, el propio análisis y literatura sobre *think tanks* —en crecimiento imparable— ha contribuido a complejizar el fenómeno estudiado. Ello es así, en nuestra opinión, esencialmente por cinco razones —que no son solo ya problema del ámbito investigador, sino que pueden vislumbrarse también en la confusión reinante entre políticos, periodistas, activistas y ciudadanos cuando se refieren a los *think tanks*—.

La primera razón que resta, en lugar de aportar, claridad al fenómeno es la propensión humana por encontrar teorías globales, que en términos prácticos nos lleva a generalizar a partir de casos concretos. Nos referimos a nuestra tendencia a analizar o juzgar la totalidad del fenómeno teniendo en mente solo tipologías de *think tanks* específicos. Cuando Naomi Klein afirma que los *think tanks* son «people who are paid to think by the makers of tanks» (*gente pagada para pensar por los fabricantes de tanques*) (2007) está cometiendo una falacia de composición, inferir que algo es verdadero acerca de un conjunto solo porque es verdadero para algunas de las partes de ese conjunto. Klein, lógicamente, no pretendía esto, sino ejercer una crítica legítima sobre algunos *think tanks* concretos (y merecedores de crítica), pero su generalización apresurada confunde más que aclara.

La segunda razón que complica el análisis del fenómeno de los *think tanks* es la falta de transparencia con respecto a la perspectiva ideológica de partida del analista. Nadie nunca se acerca a un fenómeno desde el vacío. En este caso se hace partiendo de visiones concretas de lo que es la democracia, de cómo debe estar organizada la sociedad, de cómo deben repartirse los recursos, del valor de conceptos como la justicia, la competitividad o la solidaridad. Así, por ejemplo, si se parte de una perspectiva igualitarista puede haber una tendencia a dar preeminencia al carácter elitista de los *think tanks*, mientras que si se parte de una posición liberal o neoliberal es más fácil justificar su existencia con argumentos de pluralismo, democracia o libertad. El predominio de autores anglosajones en el estudio de los *think*



*tanks* ha tendido a normalizar la mirada liberal en el análisis, pero sin hacerla explícita, lo que puede ser problemático porque pasa por alto las omisiones de esta perspectiva —en este caso, los problemas de la democracia liberal—. Se trata de una ausencia de perspectiva del analista sobre su propia perspectiva que tiene consecuencias prácticas —por ejemplo, la no problematización del capitalismo patriarcal y antropocéntrico en la raíz de los valores occidentales y liberales que impulsan el fenómeno de los *think tanks*—. Un fenómeno cuyo origen y evolución no puede explicarse en parte sin referencias a la masculinidad normativa que ostenta el poder (principalmente económico, académico, político o militar). Pero este detalle está ausente de la mayoría de los análisis.

La tercera razón para la confusión tiene precisamente que ver con ese *liberal* y *neoliberal* mencionados antes y que sin mayor explicación pueden ser interpretados de forma variable. Es decir, la tercera complicación viene dada por el uso distinto que hacemos del lenguaje según nuestro contexto cultural. Por ejemplo, lo que los autores anglosajones califican como *liberal*, *independiente* o *no partidista* no siempre tiene que ver con lo que en el sur de Europa la mayoría de la gente entiende por estos conceptos. A ello hay que añadir los matices incorporados a (o forzados en) las distintas etiquetas ideológicas, como cuando en 1993 Edwin Feulner, el entonces presidente de la Heritage Foundation se distanciaba de la etiqueta «de derechas» (*right-wing*) por considerarla peyorativa y reivindicaba que la organización era «conservadora y orgullosa de ello» (C-SPAN, 1984).<sup>1</sup>

La cuarta razón que aumenta la complejidad del fenómeno de los *think tanks* es cómo influye la experiencia propia en nuestras percepciones. En la cultura anglosajona, creadora de los *think tanks*, el prestigio alcanzado por algunas de estas organizaciones, en algunos casos centenarias, por fuerza influye en el análisis que se hace globalmente del fenómeno desde ella. Del mismo modo, países con poca cultura de *think tanks* (por la falta

---

1 Y aquí nuestra aclaración: en esta obra, por *liberal* nos referiremos al concepto clásico, de movimiento que aboga por la tolerancia y las libertades individuales con base a la razón y que emana del proyecto Ilustrado. Dejaremos el término *neoliberal* o *neoliberal* o *neoliberal* para referirnos a la evolución conservadora del liberalismo, en la que la defensa del mercado abierto del primero se convierte en dogma: el dogma del libre mercado, de la defensa del *laissez-faire* y del individualismo radical (véase Heywood, 2012, por ejemplo).

de contexto institucional y democrático adecuado), como es el caso español, llevan a una percepción muy distinta. Por ejemplo, para la mayoría de nuestros estudiantes en la Universitat Pompeu Fabra, la palabra *think tank* o no les dice nada o lo asocian a partidismo político, por la preeminencia de *think tanks* afiliados a partidos políticos que existe en Europa (a pesar de que, en Barcelona, donde estamos ubicados, radica el *think tank* más antiguo de España, y con un modelo inspirado en los *think tanks* no partidistas anglosajones, el CIDOB-Barcelona Centre for International Affairs).

Finalmente, existe una última explicación que en nuestra opinión añade complejidad al fenómeno en lugar de iluminarlo. La hemos dejado para el final porque es central en la propuesta que hacemos en este libro. A la hora de abordar los *think tanks*, como con cualquier otro fenómeno social, es posible adoptar una aproximación prescriptiva o una aproximación descriptiva. La primera supone una mirada normativa, lo que *deberían* ser los *think tanks* o lo que se ve como un *ideal*. La segunda, la mirada descriptiva, supone simplemente un intento de explicar lo que vemos en la realidad (con todos nuestros sesgos, como los anteriores cuatro problemas). El problema es que la literatura no es siempre clara al respecto y puede parecer que se hace lo segundo, cuando se hace lo primero. Piénsese, por ejemplo, en las muchas definiciones de los *think tanks* que replican la idea de estos como *organizaciones independientes que mejoran la acción política y contribuyen a la democracia*. Obviamente, esto solo puede ser considerado como un ideal si se formula como definición general, pues no todos los *think tanks* lo cumplen (claramente, no lo cumplen todos los que aparecen en el ranquin de *think tanks* más influyentes del mundo).<sup>2</sup> La confusión entre mirada normativa (lo que deberían ser) y mirada puramente descriptiva (lo que son unos y otros en su realidad plural) es constante en la discusión sobre *think tanks*.

Estas cinco cuestiones son en nuestra opinión una complicación añadida de la que intentaremos escapar, en la medida de lo posible, en este libro. Aquí evitaremos generalizar (no buscamos ninguna definición de la

---

2 El Global Go to Think Index del programa Think Tanks and Civil Society de la Universidad de Pensilvania, dirigido por James McGann (<<https://www.gotthinktank.com>>).

totalidad ni tampoco fragmentar esta en más tipologías), no tomaremos nuestra realidad cultural como la norma, definiremos con claridad todos los conceptos que se presten a múltiple interpretación, seremos transparentes en cuanto a nuestra ideología de partida (que es claramente crítica pero no reduccionista) y, por último, seremos abiertamente normativos. Con respecto a esto último, este es en realidad nuestro fin en esta obra. Con este texto no queremos teorizar sino contribuir con una actitud y un método. La actitud que aportamos es la de la mirada crítica pero que evita banalizar, generalizar y sesgar. Y para ello ofreceremos un método que permita navegar en esta realidad compleja y diversa con un mínimo de precisión y rigor.

El objetivo último de esta propuesta es, pues, absolutamente práctico: pretendemos proporcionar herramientas para distinguir a los *think tanks* que hacen una contribución legítima a la sociedad de los que no la hacen. La tesis que defendemos aquí es que el conocimiento profundo sobre los temas, el *expertise* o conocimiento experto, es lo que realmente debe contar a la hora de valorar la contribución de un *think tank* —no su capacidad de influencia, su alineación política, tendencia ideológica o financiación, por ejemplo—. Ahora bien, lógicamente, no es lo mismo generar conocimiento para promover intereses generales que para promover intereses particulares, para mantener privilegios o para reducir la desigualdad, para defender una ideología o para manipular ideológicamente. Y, por supuesto, simplemente intentar imponer ideas no es conocimiento ni análisis. Por ello añadimos a nuestro método una guía: la necesidad de que este análisis y conocimiento esté orientado al bien común —bien común que definiremos mejor en su momento pero que entendemos como la necesidad de equilibrar libertad e igualdad tal y como propone John Rawls—. Lo que aquí sugerimos, pues, es aproximarnos al fenómeno de los *think tanks* desde una perspectiva no elitista y enfocada al interés general, aportando un método que permita dilucidar quién es un actor legítimo y quién solo lo aparenta, es decir, que permita diferenciar entre expertos e impostores. Ello siempre en función de nuestra mirada del bien común, que entendemos puede no ser aceptada por todo el mundo, pero sí, esperamos, suscitar un amplio consenso.

La necesidad de este texto se justifica, en nuestra opinión, en la medida que los *think tanks* se han convertido en actores políticos y, desde hace algunas décadas, también en actores comunicativos de primera línea. Si bien

su influencia real es imposible de medir con exactitud, existe aceptación unánime en la literatura al respecto de su capacidad de influencia ya no solo sobre la clase política, sino también sobre los medios de comunicación y la ciudadanía en general. Hay numerosos ejemplos en la literatura de la influencia de los *think tanks* en la toma de decisiones políticas y en la conformación de la opinión pública.<sup>3</sup> Su papel, en el marco de las relaciones públicas e institucionales, hace que, para muchos autores, entre ellos la autora y autor de este texto, estas organizaciones puedan llegar a constituir, en algunos casos, grupos de interés incluso más efectivos que los lobbies convencionales. De modo que obtener una imagen ajustada de quién es quién en el mundo de los *think tanks* se hace imprescindible para distinguir entre ellos: para identificar quiénes son expertos y usan las relaciones públicas para diseminar sus aportaciones y quiénes son solo expertos en relaciones públicas y están dedicados a diseminar ideas que protegen intereses (que pueden ser considerados legítimos o no, pero que no comportan conocimiento experto que contribuya a optimizar la decisión política para el bien común).

Con este objetivo te proponemos, lector o lectora, que nos acompañes en un viaje de exploración. Primero en lo que será un recorrido rápido y sucinto, pero también con pretensión de recoger lo esencial, a través de la génesis de los *think tanks* y su historia. Segundo, a través de la formulación de nuestra propuesta para un método de evaluación de la contribución de los *think tanks* basado en el conocimiento experto dedicado al bien común. La tercera y última parte de este libro está dedicada a aplicar nuestra propuesta a un caso práctico: la discusión sobre la crisis climática de los *think tanks* europeos.

Este libro emerge del conocimiento obtenido a partir del proyecto de investigación THINKClima,<sup>4</sup> centrado en la discusión sobre la crisis climática de los think tanks en Europa. Por ello el último capítulo se aplica a

---

3 Ver por ejemplo: Cockett (1995), Stefancic y Delgado (1996), Denham y Garnett (1998), Blanc (2003), Abelson (2006), Oreskes y Conway (2010), Lenglet y Vilain (2011), Boucher (2012), McGann et al (2014), Li (2017), Ruser (2019), Sagayhe-Biria (2019), Landry (2021).

4 Proyecto de investigación financiado por la Agencia Estatal de Investigación (AEI) y el Fondo Europeo de Desarrollo Regional (FEDER) (CSO2016-78421-R), y por el Ministerio de Ciencia, Innovación y Universidades (FPU18/04207).

este ámbito. A través de THINKClima hemos confirmado que, en Europa como en Estados Unidos, la obstrucción explícita de la acción climática (por parte de grupos que se muestran escépticos, contrarios al consenso o incluso que niegan literalmente el calentamiento global o sus causas) está profundamente vinculada a movimientos conservadores y neoliberales.<sup>5</sup> Pero, y probablemente más importante, la investigación también ha revelado la profunda influencia de la ideología patriarcal y antropocéntrica en todos los tipos de negación del cambio climático —no solo la literal, sino la más extendida, la negación de lo que implica la crisis climática, y que afecta a la mayoría de *think tanks*, sea cual sea su ideología, con pocas si bien relevantes excepciones—.

Nuestra experiencia en el estudio de los *think tanks* va, no obstante, más allá de la investigación que da lugar a este libro. La propuesta que aquí se ofrece refleja también la experiencia recopilada por su autora y autor durante más de una década en investigaciones académicas sobre los grupos de interés —sobre los *think tanks* en general, y sobre su papel en aspectos clave como la crisis financiera de 2007-2012 o la defensa del antropocentrismo para justificar industrias como la alimentaria o de la experimentación con animales—.

Es obligado matizar que, aunque el ejercicio que realizamos aquí pretende ser una reflexión personal de los dos autores firmantes, lógicamente, no partimos solo de nuestra experiencia sino del trabajo realizado en equipo<sup>6</sup> y de la labor realizada anteriormente por otros autores en torno a los *think tanks* y que de algún modo nos ha influido. Si no mencionamos más que a unos pocos de estos autores en este libro es simplemente para man-

---

5 Para más información: For more information check <<https://www.upf.edu/ca/web/thinkclima>>.

6 De obligada mención son todos los investigadores que han formado parte o colaborado con THINKClima entre 2017 y 2021 junto a la autora y autor de este trabajo: Maxwell Boykoff (Universidad de Colorado-Boulder), Catia Faria, (Universidad de Miño), Justin Farrell (Universidad de Yale), Ana Fernández-Aballí (Universidad Pompeu Fabra), Francisco Heras (Universidad Autónoma de Madrid), Lisa Kemmerer (Universidad de Montana), Xuxa Kramcsak-Muñoz (Universidad Pompeu Fabra), Kathryn McConnell (Universidad de Yale), Jose A. Moreno (Universidad Pompeu Fabra), Marta Narberhaus (Universidad Internacional de Cataluña), Miquel Rodrigo-Alsina (Universidad Pompeu Fabra) y Marta Tafalla (Universidad Autónoma de Barcelona).

tener este texto ágil en su lectura, pero no podemos dejar de expresar nuestra deuda con todos ellos.<sup>7</sup>

En definitiva, este texto no es un manual sobre *think tanks* ni un nuevo ejercicio teórico solo para académicos especializados, sino un intento comprometido, es decir, crítico, de repensar la esencia de los *think tanks* desde la visión particular de los dos firmantes de este libro. Queremos ayudar a desentrañar esta realidad enmarañada de influencia, poder y conocimiento experto a partes desiguales que es el fenómeno de los *think tanks*.

---

7 Nuestra deuda teórica por ejemplo con: Abelson (2001, 2006); Castillo Esparcia y Smolak Lozano (2017); McGann (2007, 2016, 2018, 2021*a*); Denham y Garnett (1998); McGann y Johnson (2005); McGann y Weaver (2000, 2009); Medvetz (2012); Plehwe, Slobodian y Mirowski (2020); Rich (2004); Smith (1991); Stone (1996); Stone y Denham (2004); Stone, Denham y Garnett (1998).

## HISTORIA Y GÉNESIS

Para distinguir a los *think tanks* por su contribución a la sociedad, antes debemos abordar qué han sido estas organizaciones a lo largo de su historia con el fin de identificar cuál es su génesis. Un rasgo común a todo *think tank* es su intención de influir en la toma de decisión política. Sin embargo, del clásico estereotipo de los *think tanks* como «tanques» de pensamiento vinculados a los intereses militares hasta los *think tanks* considerados como «universidades sin estudiantes» hay un gran trecho, y estas no son las dos únicas fórmulas en cómo se expresan estas organizaciones.

El objetivo de este capítulo es ofrecer una mirada sucinta y crítica sobre las distintas génesis que en realidad tiene el fenómeno, así como el motivo de ser de cada una de ellas. No pretendemos identificar o aplicar tipologías a los *think tanks*, ni conocer su funcionamiento, sino observar cuáles son los principales motivos que generan su aparición, qué intereses los impulsan, por qué nacen y con qué fin, para poder luego ordenar todas estas ideas. Con ello pretendemos hacer transparentes las características históricas que hemos utilizado como punto de partida para construir nuestro método de discriminación entre *think tanks* en base a su aportación a la sociedad.

La práctica de acudir a expertos para asesorar en la toma de decisión política no es precisamente reciente. Hay quién sitúa los orígenes de los

actuales *think tanks* en las redes académicas y humanistas de los siglos xvi y xvii en Europa, o incluso antes, si tenemos en cuenta la tradición de emperadores como Carlomagno (742-814) de consultar a grupos de analistas legales, especialmente por las disputas con la Iglesia de Roma (Soll, 2017).

De igual modo, las organizaciones que funcionan como *think tanks* en su concepción moderna existen desde décadas antes que el término se empiece a utilizar en los Estados Unidos a mitad del siglo xx. Organizaciones como el Royal United Services Institute, fundado en 1831 para estudiar temas de defensa y seguridad, o la Sociedad Fabiana, fundada en 1884 para promover el socialismo reformista, ambas nacidas en Londres, son consideradas por algunos como los precursores de los *think tank* modernos —de hecho, ambas se presentan como los *think tanks* más antiguos del mundo, en seguridad y defensa el primero, en cuestiones sociales la sociedad Fabiana—. Estas organizaciones británicas del siglo xix se adelantan a los primeros *think tanks* estadounidenses —si bien es cierto que a partir de la Segunda Guerra Mundial el auge de los *think tanks* correrá paralelo al auge de los Estados Unidos. En cualquier caso, parece lógico que empecemos la historia de los *think tanks* modernos a partir de esas primeras instituciones precursoras si lo que queremos es examinar su génesis.

De este modo, y adaptando un trabajo previo de Jordi Xifra (2008), podemos establecer siete fases de emergencia de organizaciones que funcionan como *think tanks* y que nos permiten identificar los motivos originales que dan lugar a su aparición y posterior evolución. Las siete fases que analizamos a continuación incluyen a las organizaciones precursoras en el siglo xix y las que aparecen a principio del siglo xx, durante el periodo de la Primera Guerra Mundial, después de la Segunda Guerra Mundial, en las décadas de 1970 y 1980, en la década de 1990 y desde 2000 hasta hoy.

## Precursores del siglo xix

La primera fase incluye a las organizaciones nacidas durante el siglo xix y hasta la primera década del siglo xx. Si tomamos el caso del Royal United Services Institute (RUSI), fundado en el Reino Unido en 1831, como modelo primigenio, nos encontramos con un perfil de origen militar similar al que más de 100 años después replicará la Rand Corporation, el



primer *think tank* estadounidense, y mundial, en utilizar la denominación de *think tank*.

En el caso del RUSI, se trata de una organización creada por el Duque de Wellington (1769-1852) —prominente militar y estadista vinculado al partido político conservador británico— con el fin de promover el carácter científico de la práctica militar. Hoy en día esta organización ha ampliado sus objetivos al concepto de defensa y seguridad —incluyendo el crimen organizado, terrorismo, proliferación nuclear, crimen financiero y otros retos creados por los seres humanos o la naturaleza— pero en esencia mantiene su identidad original, como puede inferirse además del perfil de sus miembros —principalmente militares, exmiembros de los cuerpos de seguridad, diplomáticos y expertos en defensa—. La creación del RUSI pretendía incorporar las disciplinas militar y naval al ámbito de las ciencias, para ajustarse a la nueva mirada científica y profesional que la toma de decisiones política (y militar) requería. Por tanto, este primigenio *think tank* tenía un fin instrumental claramente vinculado a unos intereses de una comunidad concreta, el estamento militar, que quería sumarse al carro de la modernidad científica.

Por otro lado, la sociedad Fabiana, creada en 1884 por un grupo de escritores y socialistas, entronca directamente con el movimiento reformista y humanista británico que pretendía una transformación de la sociedad; una transformación paulatina, reformista, no revolucionaria. Sus principios socialistas y en defensa de la justicia social atrajeron a un gran número de intelectuales y entre sus primeras causas, a título ilustrativo, podemos encontrar la consecución de un salario mínimo, la creación de un sistema de salud universal, la abolición de la nobleza hereditaria o la obtención del sufragio femenino. La influencia de la sociedad Fabiana a finales del siglo XIX y principios del XX fue considerable, momento en que esta organización impulsa la creación de la London School of Economics and Political Science (1895) y la organización que daría lugar posteriormente al Partido Laborista (1900).

El humanismo socialista de la sociedad Fabiana estaba también enormemente influido por el ideal científico, lo que llevó a esta organización a promover la idea de una sociedad científicamente planificada que en algunos aspectos les acarrearía posteriores críticas (como su apoyo a la eugenesia vinculada al mejoramiento de la raza, idea compartida por la sociedad

británica en su conjunto en ese momento). Podríamos decir, por tanto, al margen de controversias, que la sociedad Fabiana encarna el prototipo de *think tank* impulsado por un interés general, vinculado al mundo de la cultura y el activismo social, en este caso basado en una ideología socialista.

La influencia política de los fabianos, y de los que les siguieron con un espíritu similar, se demuestra en el hecho que la existencia de organizaciones como esta fue lo que llevó a Friedrich von Hayek a reclamar, y organizar, la creación de un movimiento de expertos «liberales» que recuperaran las ideas económicas del «liberalismo clásico». El fin era neutralizar o contrapesar lo que Hayek y su entorno veían como el dominio de los intelectuales socialistas en la política, la universidad y los medios de comunicación. Este contramovimiento daría lugar a la creación de una serie de *think tanks* que hoy en día son considerados como los creadores y promotores del neoliberalismo (Plehwe y Walpen, 2006).

Si nos atenemos a los precursores, pues, parece evidente que el espíritu que impulsa a estos primeros *think tanks* es antagónico entre sí y en modo alguno neutro, sino claramente posicionado en favor de intereses concretos —militarista-conservadores el primero y humanista-socialistas el segundo—. Existe, por lo tanto, una gran diferencia de carácter entre estos dos ejemplos prototípicos. En el primero, las ideas que se defienden pretenden garantizar la continuidad y poder de un estamento concreto, el militar, sector posteriormente reformulado como «defensa y seguridad» pero que en definitiva mantiene una mirada social que es esencialmente beneficiosa para el llamado complejo militar industrial.<sup>1</sup> Mientras que en el segundo caso las ideas que se defienden pretenden, precisamente, socavar este tipo

---

1 El complejo industrial-militar (del inglés *military-industrial complex*) es un concepto usado para referirse a la confluencia de los intereses económicos de la industria militar con las políticas de corte militarista o imperialista. El presidente de los Estados Unidos Dwight D. Eisenhower, un militar él mismo, divulgó este concepto al término de su mandato, en 1961, para referirse a los grupos industriales estadounidenses interesados para su beneficio económico en mantener la carrera armamentística durante la guerra fría. Actualmente en Estados Unidos el término también engloba a la amplia red de contratos y flujos monetarios y de recursos que circulan entre los contratistas privados de defensa, el Pentágono, el Congreso y el Gobierno. Esta relación de intereses es lo que se conoce como el lobby de la industria militar que, en menor medida, existe en todos los países con una industria armamentística militar.

de poderes en la sociedad, de modo que su fin no está vinculado a ningún estamento o poder concreto sino más bien a la ciudadanía en general, y especialmente a la más desfavorecida. Ambas organizaciones han llegado hasta el siglo XXI con un bagaje de discusión, análisis y estudio muy importante, pero la sociedad Fabiana es hoy solo un palidísimo reflejo de lo que fue, mientras que el RUSI declaraba en 2020 tener 140 proyectos de investigación en marcha y unos ingresos de más de 10 millones de libras esterlinas.

## Inicios del siglo XX

A principios del siglo XX aparecen en los Estados Unidos una serie de instituciones con un carácter mucho más neutro, o menos explícitamente posicionado desde un punto de vista ideológico. Todas estas instituciones se caracterizan por estar financiadas o ser directamente creadas por alguna fundación filantrópica. Se enmarcan por lo tanto en la gran tradición filantrópica estadounidense —que puede ser vista como un elemento de progreso y generosidad, pero también como el reflejo de las graves carencias asistenciales de la sociedad norteamericana, sin contar que la mayoría de los filántropos han hecho su fortuna a partir de la explotación y/o la especulación—. Sea cual sea nuestra perspectiva al respecto, no deja de ser cierto que buena parte de la riqueza cultural, artística e intelectual de ese país se debe a esta tradición, y también una buena parte de la investigación.

Desde principios del siglo XX existían en los Estados Unidos grupos de analistas y expertos que asesoraban a la administración pública con el fin de profesionalizar la toma de decisiones política en base a análisis basados en evidencias, especialmente evidencias procedentes de unas ciencias sociales que se consolidarían como instrumentales para la acción política con el advenimiento de los medios de comunicación de masas. Todos estos expertos, no obstante, realizaban esta labor sin grandes recursos ni apoyo. La llegada de las fundaciones filantrópicas cambió radicalmente el panorama. Estas instituciones empezaron a financiar a principios del siglo XX en ese país a institutos de investigación y, más importante, a crear nuevos centros de investigación con el fin de incorporar a la toma de decisión política el beneficio del conocimiento informado, es decir, fundamentado en hechos.

La primera de ellas fue, en 1907, la Russell Sage Foundation, creada por Margaret Olivia Slocum Sage (1828-1918) con la herencia de su ma-

rido, un inversor financiero que se había hecho millonario con la rápida expansión del ferrocarril en los Estados Unidos. El objetivo de Slocum Sage con esta fundación era mejorar las condiciones de vida y sociales en los Estados Unidos y formar una nueva élite política capaz de llevar al Gobierno federal a encargarse de los problemas sociales, pues las asociaciones de beneficencia clásicas estaban desbordadas en un país con graves déficits de servicios públicos. La Russell Sage Foundation todavía existe y mantiene su misión original, así como el objetivo de invertir en las ciencias sociales para fortalecerlas y poder paliar los problemas sociales con propuestas políticas bien fundamentadas (basadas en datos). La fundación no se denomina a sí misma un *think tank*, pero constituye para muchos autores no ya un prototipo sino el primer *think tank* moderno.

En el mismo año, 1907, también se fundó en Nueva York el Bureau of Municipal Research, con la misma finalidad, e impulsado por un grupo de filántropos de esa misma ciudad. El Bureau arrancó como iniciativa de la Association for Improving the Condition of the Poor, una entidad que pretendía mejorar la calidad de vida de los más desfavorecidos económicamente tanto a nivel local como nacional. Esta organización también detecta la necesidad de mejorar la gestión política y se propone hacerlo introduciendo el método científico en la formación de los cargos públicos. En el Bureau confluyeron investigadores universitarios de los departamentos de derecho y finanzas de las más prestigiosas universidades estadounidenses.

Posteriormente aparecerían en los Estados Unidos otras grandes fundaciones filantrópicas que darían lugar a organizaciones de perfil similar a la Russell Sage Foundation y al Bureau, todas ellas creadas por lo general por empresarios del mundo de la industria y las finanzas convertidos en millonarios. De entre las más importantes, y que todavía existen, destacan la Fundación Carnegie y la Fundación Rockefeller. En 1910, Andrew Carnegie, que había amasado una fortuna en la industria del acero, creó el Carnegie Endowment for International Peace, un *think tank* global, actualmente una red de *think tanks*, que se define a sí mismo como promotor de iniciativas e investigación «por la paz internacional». Esta motivación está muy alineada con el carácter de su fundador, genuinamente preocupado por ayudar a los demás y hacer algo más que ganar dinero, en palabras suyas. En 1913, tres años después de la creación de la fundación Carnegie, John D. Rockefeller crea la Rockefeller Foundation. Cofundador de la

Standard Oil, la mayor refinadora de petróleo de su época y de donde procedería principalmente su fortuna, este millonario impulsa lo que es visto como la racionalización de la salud pública, mediante la incorporación de los avances de la química de principios del siglo xx. Al financiar investigación exclusivamente basada en fármacos químicos, esta fundación sería una de las principales impulsoras de la creación de la industria farmacéutica moderna —y de la subsecuente conversión de la salud pública en un negocio—.

Estas organizaciones surgidas de la filantropía estadounidense se caracterizaron todas ellas desde sus inicios por mantener una esforzada neutralidad con respecto a los partidos políticos. Ello les hizo sin duda ganar legitimidad y autoridad ante los legisladores, lo que permitió a estos recurrir a ellas para obtener asesoramiento que pudiera presentarse como análisis experto independiente y así justificar la toma de decisiones política.

Lógicamente, el posicionamiento de estos *think tanks* no supone una neutralidad ideológica total. Por supuesto, ninguno de ellos cuestiona la lógica del mercado ni el sistema capitalista —de hecho, la mayoría promueven esta lógica—. La neutralidad de estas organizaciones es, pues, una neutralidad dentro del *status quo*. Por este motivo podríamos considerar que estos *think tanks* fruto de la filantropía estadounidense responden al mismo perfil que esta o, mejor dicho, ostentan las mismas contradicciones que esta: la de querer paliar unos déficits sociales que a fin de cuentas son los que han permitido la formación de las grandes riquezas que les financian.

Para los defensores de la filantropía, estas organizaciones son un ejemplo de ayuda desinteresada y altruista proporcionada desde el corazón del capitalismo; para sus oponentes o escépticos estas organizaciones más bien representan una caridad coyuntural que por su propia naturaleza no pueden combatir los problemas estructurales que se encuentran en la raíz de la desigualdad. Pero sin duda el carácter más neutro de estas organizaciones marca la diferencia con respecto a las precursoras del siglo anterior.

La emergencia de estas organizaciones en los Estados Unidos no se debe solo, en su origen, a la incapacidad de las autoridades para hacer frente a los problemas sociales provocados por el capitalismo en ese país. Estas iniciativas deben enmarcarse también en el inicio del proceso de relevo que

tomaría Estados Unidos como potencia política y económica mundial en el declive del imperio británico a partir de la primera guerra mundial.

## Primera Guerra Mundial

En el periodo que abarca la Primera Guerra Mundial y la inmediata posguerra surgen una nueva oleada de organizaciones que funcionarán como *think tanks* principalmente en los Estados Unidos, con una importante excepción en Europa. Es en este periodo cuando nacen los *think tanks* que hoy en día encabezan los ránquines de prestigio e influencia.

En 1916 aparece en Washington el Institute for Government Research, que en 1927 dará lugar a la Brookings Institution. En el ínterin, en 1920, nace Chatham House en Londres y el Council on Foreign Relations (CFR) al año siguiente en Nueva York. En especial Brookings y Chatham representan el concepto de «universidades sin estudiantes» (Weaver, 1989) que ha caracterizado a algunos *think tanks* desde entonces (aunque probablemente estos dos casos sean los más emblemáticos). En el caso de Brookings, este *think tank* incluso se refiere a su «campus» en Washington. Brookings y Chatham realizan investigación y formación en los ámbitos de las ciencias sociales, principalmente en temas económicos, políticos, de gobernanza, de política exterior, economía global y desarrollo económico —y en el caso de Chatham House también en el ámbito de las políticas medioambientales y del cambio climático, como examinaremos en el último capítulo—. El Council on Foreign Policy, por su lado, está especializado en política exterior y relaciones internacionales. Mientras que Brookings y Chatham son consideradas organizaciones liberales, el Council on Foreign Policy se considera está controlado por Wall Street.

En el caso de Brookings, *think tank* creado por el empresario convertido en millonario a los treinta años Robert S. Brookings, todo indica que la institución nace con una mirada muy crítica de la clase política y el *establishment*, a los que percibe mayoritariamente como corruptos, y busca con afán mantener una imagen de distanciamiento de ellos, de contrapeso político. Sin embargo, acabará manteniendo vínculos institucionales importantes con ese *establishment*, especialmente con el Partido Demócrata —al que ayudará a ascender y en cuyos Gobiernos se incorporarán miembros de la Brookings en distintos momentos, especialmente en la década de

1960— y con la Fundación Ford, de la que recibirá financiamiento. Este *think tank* estará desde el primer momento orientado a asistir a las políticas públicas con investigación. Entre 2010 y 2020 destacó por su intensa labor en investigación sobre desigualdad económica, por ejemplo.

Chatham House constituye un modelo distinto. Creado por miembros de la clase política y académica británica, no tiene ningún filántropo concreto como fundador directo si bien recibirá financiación de organizaciones y corporaciones británicas e internacionales. Este *think tank* se esfuerza por demostrar su no partidismo incorporando a todos los estamentos en su gobernanza; sus tres presidencias incorporan a representantes de los dos grandes partidos políticos y del servicio secreto británico y tiene como patrona a la reina de Inglaterra. Su nacimiento se justifica por la necesidad de estudiar científicamente las relaciones internacionales y aportar análisis experto a las políticas del Reino Unido, pero también por el intento de impulsar una alianza angloamericana en el momento de inicio de la desintegración del imperio británico. La representación de todas las élites británicas en su seno y su internacionalismo probritánico han hecho que algunos le definan como un *think tank* al servicio del imperio (Parmar y Yin, 2020).

Por su lado, el Council on Foreign Policy nace impulsado por un grupo de empresarios y académicos, y recibirá abundante financiación de distintas fundaciones filantrópicas estadounidenses, entre ellas la Ford, la Rockefeller y la Carnegie. Este *think tank* tendrá entre sus miembros a gran número de funcionarios de distintas administraciones de distinto color político y será muy influyente en las decisiones de política exterior de los gobiernos estadounidenses, hasta el punto de que algunos autores le ubican en el origen del paradigma de la geopolítica neoliberal impulsado por los Estados Unidos desde la Segunda Guerra Mundial (Shoup, 2015). En este caso, el principal motivo de su creación fue impulsar una organización que agrupara a diplomáticos, académicos y funcionarios de alto rango junto a abogados, banqueros y empresarios para ayudar a delinear las políticas internacionales de los Estados Unidos.

El resto de *think tanks* que nacen en este periodo se asemejan más al modelo del Council que al de Chatham o Brookings, pues se trata sobre todo de organizaciones estadounidenses vinculadas a la clase política o económica principalmente. En 1919, el republicano Herbert Hoover, secreta-

rio de Comercio y futuro presidente de EE. UU., creó la Hoover Institution on War, Revolution and Peace, en el seno de la Universidad de Stanford (California). En 1920, con un posicionamiento alejado de los partidos políticos, nació en Nueva York el National Bureau of Economic Research, un *think tank* —todavía existente— que obtuvo éxito gracias a sus trabajos sobre los ciclos y el crecimiento económicos a largo plazo, reivindicando, y logrando, la incorporación de los economistas profesionales en la elaboración de las políticas nacionales. Fue fundado por el economista Wesley Clair Mitchell, considerado discípulo estrella de Thorstein Veblen —uno de los economistas estadounidenses más críticos con la sociedad y economía de su país—.

Algunos autores agrupan a los *think tanks* de este periodo bajo el paraguas del liberalismo internacional porque todas estas organizaciones apoyaron de forma muy relevante la creación de organizaciones intergubernamentales, como la Liga de Naciones, para garantizar la paz en la postguerra. Pero se trataba en todos los casos de un internacionalismo patriótico, basado en dar primacía a los intereses nacionales en el marco de la competencia angloamericana, como ha explicado el propio director de Chatham House, Robin Niblett (2018).

## Segunda Guerra Mundial

Al término de la Segunda Guerra Mundial habrá la primera gran eclosión de nuevos *think tanks* de todo tipo e ideologías, todos ellos marcados por la realidad del momento: la configuración de los Estados Unidos como superpotencia emergente, el inicio de la guerra fría y la amenaza nuclear. De entre los más influyentes destaca la RAND Corporation y el grupo de *think tanks*, algunos se refieren a ellos como una red, que orquestará la contrarrevolución neoliberal contra la doctrina social-liberal y keynesiana del estado del bienestar.

La RAND Corporation, nacida en 1948, será la primera organización en utilizar desde sus orígenes el término *think tank*. Se trata de una organización impulsada por el gobierno de los Estados Unidos, especialmente por el departamento de guerra y las fuerzas aéreas, para crear un organismo privado que conectará la investigación y el desarrollo con la toma de decisiones militar. Inicialmente se contrataría al fabricante de aviones Douglas



Aircraft —principal proveedor de aviones militares del gobierno de los Estados Unidos en aquel momento— para llevar a cabo lo que se denominaría el Proyecto RAND (acrónimo de Research and Development). Al poco de su nacimiento el proyecto se desgajaría del fabricante aeroespacial y se constituiría en una corporación autónoma. La financiación inicial para crear esta spin-off la proporcionaría, de nuevo, la Fundación Ford, para pasar a financiarse luego principalmente a partir de los contratos con el gobierno estadounidense, a los que puntualmente se sumarían donaciones privadas, financiación procedente de la industria o de la universidad.

La RAND asesorará desde entonces al gobierno de los Estados Unidos en todas las cuestiones clave de seguridad y defensa, como la carrera espacial o la confrontación nuclear con la Unión Soviética durante la guerra fría. La temible doctrina de la disuasión nuclear mediante la «destrucción mutua asegurada» es un producto de la RAND, como lo es buena parte de las bases de la planificación moderna en seguridad y defensa (de los escenarios de crisis a la teoría de juegos y la negociación estratégica). Este *think tank* contribuirá incluso a la investigación inicial que daría lugar a la revolución digital y será tal la magnitud del peso de la RAND que su mera participación llevará a la difusión del falso rumor que ARPANET, los inicios de Internet, estaba relacionada de algún modo con la construcción de una red informática resistente a la guerra nuclear.<sup>2</sup>

La RAND se convertiría al cabo de poco tiempo, y hasta hoy, en el mayor *think tank* del planeta e incorporaría muchos otros objetivos a su inicial misión de defensa y seguridad nacional. Hoy en día prácticamente todos los ámbitos de las políticas públicas forman parte de sus objetivos de investigación. Con la RAND se institucionaliza el modelo de *think tank* de naturaleza contractual gubernamental.

Este carácter contractual incorpora un elemento de competencia a la esfera de los *think tanks* que corre en paralelo al auge de las nuevas técnicas comerciales de marketing y publicidad después de la Segunda Guerra Mundial. Los «clientes» empiezan a solicitar diferentes ofertas, valorando

---

2 En realidad, el protocolo de protección de Internet se debe a la necesidad de crear una red resistente en general, en el contexto de una realidad tecnológica poco robusta de por sí en los inicios de la informática moderna.

las distintas propuestas de conocimiento experto disponibles, seleccionando la investigación que les merecía más confianza y valorando el precio antes de decidirse por un *think tank*. De esta manera, el mercado del *expertise*, o asesoramiento experto, empieza a tomar forma en la década de 1950. Este es uno de los aspectos que convierten a este tipo de *think tanks* en un fenómeno puramente estadounidense: investigación e ideas, como cualquier otro producto, se convertían en ofertas de consumo.

La Segunda Guerra Mundial y la posguerra es también el momento de configuración del neoliberalismo, momento que autores como Plehwe y Walpen (2006) han situado en un influyente grupo de *think tanks* europeos liderados por la Sociedad Mont Pelerin (nacido en Suiza en 1947) y el Institute of Economic Affairs (Reino Unido, 1955). En los Estados Unidos, la postguerra también incitó la aparición de *think tanks* de carácter conservador que, a pesar de la debacle económica de la Gran Depresión, seguían insistiendo en que el mercado libre era el mejor mecanismo para solucionar los problemas. Entre ellos destaca de forma prominente el American Enterprise Institute (AEI), creado en 1943 por el presidente de la compañía Johns-Manville, en su momento el mayor fabricante de asbestos (amianto) del mundo. El AEI nace con la misión de promover el libre mercado y la competencia y acaba convertido en el principal instituto de análisis vinculado a la promoción del neoconservadurismo en los Estados Unidos, un movimiento que nace como reacción a la nueva izquierda norteamericana de la década de 1960.

Más tarde, en 1961, un grupo de analistas de la RAND liderados por el estratega militar y analista nuclear Herman Kahn fundan el Hudson Institute, impulsado en sus inicios por los mismos intereses que movían a Kahn: el uso doméstico y militar de la energía nuclear y los escenarios de planificación futurista al respecto. Kahn representaba el núcleo de pensamiento que desde la RAND había impulsado la doctrina de la «destrucción mutua asegurada» como estrategia de disuasión de la guerra nuclear. A pesar de ampliar sus objetivos de investigación con los años, el *think tank* creado por Kahn se mantiene como una spin-off especializada de la RAND.

Pero este periodo no solo da a luz a *think tanks* conservadores y de la llamada «seguridad» y estrategia militar. En Europa, a partir de la década de 1950, surgirán una larga lista de *think tanks* de carácter liberal y progresista (como la misma Amnistía Internacional, 1961, el Stockholm Interna-

tional Peace Research Institute, 1966, o el Peace Research Institute, 1966). En la década de 1960 también aparecerán importantes *think tanks* de corte liberal en los Estados Unidos, como el Institute for Policy Studies (IPS) (1963) o el Urban Institute (1968). El primero es fundado por dos intelectuales de izquierdas para fomentar el pensamiento progresista en los Estados Unidos y compensar la influencia no solo de los *think tanks* explícitamente conservadores sino también de la RAND Corporation. Si bien las cuestiones de que se ocupa no pueden escapar al contexto de guerra fría—seguridad nacional, política nacional e internacional, economía—, el Institute for Policy Studies incorpora, no obstante, las preocupaciones propias del movimiento de izquierdas de la década en la que nace, con mucha atención a los temas de derechos humanos (movimientos feminista, ecologista, pacifista, antiapartheid, antiintervencionismo, etc.). Este tipo de organizaciones progresistas nacen en su mayor parte como una reacción a los *think tanks* conservadores, en concreto a las posiciones de estos últimos frente, por ejemplo, al movimiento de derechos civiles de la población negra o la guerra del Vietnam.

El Urban Institute, por su lado, es una creación del presidente demócrata Lyndon B. Johnson para estudiar los problemas de urbanismo del país. Se financia principalmente por contratos con el gobierno, y a través de donaciones de las grandes fundaciones filantrópicas, y ha ido ampliando sus objetivos al bienestar global de la población. Como todos los anteriores, enfatiza la necesidad de la toma de decisiones basada en evidencias y hechos.

En síntesis, las organizaciones de este periodo están para bien o para mal marcadas por las incertidumbres y amenazas del periodo de la guerra fría y sus turbulencias políticas y sociales y toman posturas claramente partidistas. Si bien su motivo de ser no deja de estar anclado en la optimización de la toma de decisiones políticas mediante el análisis basado en hechos, podemos observar cómo las tensiones de la geopolítica global se reflejan en un buen número de ellas. En cierta manera es una vuelta a la división que ya observábamos en los precursores del siglo XIX, entre la mirada conservadora y la progresista, si bien la primera parece dominar en este periodo por causa del gran peso de la RAND y del movimiento neoliberal y neoconservador. Si los *think tanks* del periodo anterior nacen imaginando y diseñando la paz de la posguerra, los de este periodo nacen en el

marco de una competencia bipolar en la que, una gran parte de ellos, participan activamente como defensores del bloque occidental.

## Décadas de 1970 y 1980

En términos generales, los *think tanks* que se crean a partir de 1970 son mucho más especializados que los anteriores y algunos de ellos se posicionan políticamente de forma muy explícita, lo que ha llevado a acuñar el concepto de *think tank* activista o *advocacy tank*. Este periodo viene marcado por la crisis del petróleo y por el triunfo de la doctrina neoliberal a partir de principios de 1970 pero sobre todo con los gobiernos de Margaret Thatcher, en el Reino Unido, y de Ronald Reagan en los Estados Unidos en la siguiente década.

En este periodo nacen nuevos *think tanks* defensores del neoliberalismo que tendrán una enorme influencia en los respectivos gobiernos. En el Reino Unido, en 1974 aparece el Center for Policy Studies y en 1977 el Adam Smith Institute, ambos se unirán al Institute of Economic Affairs en la promoción y aplicación de políticas neoliberales relacionadas con la privatización, impuestos, educación y sanidad. El primero, el Center for Policy Studies tendrá entre sus cofundadores a la misma Margaret Thatcher y su objetivo será esencialmente oponerse al keynesianismo de la postguerra. El segundo, el Adam Smith Institute, fue fundado por dos analistas británicos que quisieron trasladar al Reino Unido la influencia que habían observado en los *think tanks* conservadores de los Estados Unidos. El Adam Smith, no obstante, no ha sido influyente solo en gobiernos conservadores, la administración laborista de Tony Blair aplicó medidas recomendadas por esta organización que centra todo su esfuerzo en la promoción del libre mercado y las ideas liberales clásicas (que priorizan la libertad económica).

En los Estados Unidos, la década de 1970 da a luz *think tanks* partidistas y reactivos como los conservadores Heritage Foundation o el Cato Institute. El Heritage, nacido en 1973, fue fundado por tres activistas conservadores y ha tenido enorme influencia en presidencias como las de Ronald Reagan (1981-1989) y Donald Trump (2017-2021). Además de fomentar las políticas que favorecen a la industria, el anticomunismo y el neoconservadurismo, el Heritage también tenía como misión explícita la promoción del cristianismo de derechas —esto último lo diferencia del

American Enterprise Institute—. Por su lado, el Cato Institute, fundado en 1974 como Fundación Charles Koch, tenía entre sus precursores a las Industrias Koch, actor prominente en la explotación petrolera y química, entre otros negocios, en los Estados Unidos. El activismo del Cato Institute está basado en el conservadurismo libertario, lo que significa que su principal misión tanto en el momento de su creación como hasta hoy es la promoción del mercado libre y del mínimo poder para el estado y el gobierno y el máximo para la iniciativa individual, lo que incluye la privatización de las agencias públicas y el no intervencionismo internacional. Ambos, Cato y Heritage representan un modelo de *think tank* activista que ha sido emulado por numerosos *think tanks* (o pseudo-*think tanks*) conservadores nacidos después, como es el caso de FAES y el Instituto Juan de Mariana en España o el Instituto Bruno Leoni en Italia.

Una de las principales características de las organizaciones de este periodo es que cambian radicalmente su estrategia. Del horizonte de las políticas a corto plazo pasan a desarrollar programas pensando en el medio y largo plazo, no diseñadas ya para los ejecutivos que gobiernan el presente sino para ejecutivos futuros en los que se pueda influir. En los Estados Unidos esto ha convertido a algunos de estos *think tanks* en canteras de futuros cargos de confianza para las administraciones presidenciales, lo que supone incorporarse a ellas con las ideas y recomendaciones políticas de sus organizaciones de procedencia. Durante la presidencia de Donald Trump (2017-2021), el número de cargos de confianza procedentes de la Heritage Foundation era tan alto que corría la broma de que no quedaba nadie en el *think tank* para trabajar (Mahler, 2018).

Esta proximidad de los *think tanks* al poder, ya no solo como creadores de conocimiento experto sino directamente insertados en la esfera política, es una realidad típicamente anglosajona. El sistema político de los Estados Unidos y el Reino Unido, muy en particular el entorno político de Washington D. C., es un terreno especialmente fértil para los *think tanks* —además de para los lobbies—, motivo por el cual todas estas organizaciones tienen su nacimiento en la realidad angloamericana.

Este entorno se caracteriza por una combinación de factores que facilitan en gran medida la captación de fondos a los *think tanks* y su capacidad de influencia. En el caso estadounidense estos factores incluyen la separación existente entre los poderes legislativo y ejecutivo, el mecanismo

de puertas giratorias ampliamente consentido que permite que a cada nueva administración se renueven miles de cargos de confianza, la envergadura de la economía estadounidense y el impacto a nivel internacional de las decisiones políticas tomadas en los Estados Unidos. A ello se suman los rasgos propios de las democracias americana y británica que tanto benefician a los grupos de interés en general, dado que los representantes políticos de sus cámaras están elegidos por sufragio directo, lo que implica mucha mayor libertad de decisión para los parlamentarios (con inexistencia de disciplina de voto con respecto a los partidos).

No obstante lo anterior, las décadas de 1970 y de 1980 son también las décadas de emergencia de numerosas organizaciones centradas en un único ámbito de la actividad política sin el grado de politización reactiva de las anteriores. Por ejemplo, organizaciones centradas, al menos en sus orígenes, en la cooperación internacional (CIDOB, 1973, en España), en el medio ambiente (Öko Institut, 1977, en Alemania), las políticas sociales (European Center for Work and Society, 1979, en Holanda) o la paz (US Institute of Peace, 1984, en Estados Unidos).

Poco a poco, en las siguientes décadas, los *think tanks* especializados irán cubriendo todo el espectro temático y su principal misión será producir conocimiento experto y recomendaciones políticas específicas para sus ámbitos.

## Década de 1990

El fin de la guerra fría y la caída del muro de Berlín conllevó un auge de organizaciones dedicadas al análisis político en Europa del Este, consideradas como una alternativa flexible y moderna a los burocráticos centros de análisis de la época comunista, y que los *think tanks* estadounidenses vieron como una oportunidad única para extender su influencia, especialmente los neoliberales. El resultado fue que una gran parte de los nuevos centros de investigación retomaban términos como «mercado libre», «liberalismo» y «reforma» en su razón social. Son ejemplos de esto los conservadores Lithuanian Free Market Institute de Vilnius (1990) y el Gdansk Institute for Market Economics en Polonia (1989). Al haber sido a menudo la única fuente de experiencia política disponible, estos centros han influido considerablemente en la agenda de las privatizaciones y de la reestructuración de los aparatos estatales de Europa del Este.

Desde la década de 1970, no obstante, la mayoría de *think tanks* de nueva creación ya son especializados, y ello sigue siendo así a partir de la década de 1990. La especialización de los *think tanks* ha estado profundamente vinculada a las cuestiones de interdependencia internacional que han acompañado a la globalización. Así, han proliferado por ejemplo los *think tanks* especializados en cambio climático, en ayuda para el desarrollo, en ciberseguridad, en salud global o en finanzas internacionales.

En Europa, a partir de la década de 1990 aparecen desde organizaciones claramente politizadas —como la larga lista de fundaciones asociadas a partidos políticos o *think tanks* ideológicos como el Hayek Institute (2010, Alemania)— hasta prestigiosos *think tanks* especializados contra la corrupción global —como Transparency International (1993, Alemania)—. No todos ellos ostentan la misma capacidad investigadora, pero algunos logran mantener una producción regular y relevante de trabajos que, en algunos casos, se convierten en índices de referencia, como en el caso del barómetro de corrupción global y el índice de percepción de la corrupción de Transparency International. La inmensa mayoría de estos nuevos *think tanks* reciben financiación gubernamental y de corporaciones internacionales, y los no vinculados a partidos o defensores de ideologías políticas mantienen un perfil despolitizado.

Pero entre las reacciones al final de la guerra fría, destacan también algunos *think tanks* estadounidenses conscientes de que se abría un nuevo campo de acción para EE. UU., en el que la potencia americana podía reconfigurar el entorno mundial de una manera más conforme a sus intereses. Es así como nace, por ejemplo, el Project of New American Century (PNAC) en 1996, durante la presidencia de Bill Clinton. Se trata este de un claro ejemplo de la gran influencia que han adquirido los *think tanks* en la preparación de las grandes decisiones. Una influencia que, mal gestionada, puede dar lugar a resultados perniciosos que ponen en duda la misma legitimidad de los *think tanks*. El PNAC, fundado por dos pensadores neoconservadores, fue una organización creada para promover el liderazgo mundial de los Estados Unidos a partir de desarrollar una agenda de políticas neo-reaganianas que garantizara la «seguridad y la grandeza» de los Estados Unidos en el siglo XXI (según podía leerse en sus propios documentos fundacionales). Se trató en realidad del *think*

*tank* impulsor de la invasión de Irak, acción que formaba parte de una mirada de dominio militarista del mundo, por parte de Estados Unidos, que se convertiría en la realidad de la política exterior oficial de la administración del presidente George W. Bush (2001-2009).

## A partir del año 2000

Desde la mitad de la década del 2000, Asia ha sido el lugar de mayor emergencia de *think tanks*, con organizaciones que esencialmente han replicado el formato y variedad de las organizaciones anglosajonas. Es lo que algunos autores han denominado como la «globalización de los *think tanks*». La mayor expresión de ello es el ascenso de China a la segunda posición como país con más *think tanks* considerados influyentes según el Global Go to Think Index del programa Think Tanks and Civil Society de la Universidad de Pensilvania.

La primera década del siglo xxi es también la de la aparición de *think tanks* especializados en obstruir la acción contra el cambio climático en Europa, como el alemán EIKE (2007) o el británico Global Warming Policy Foundation (2009). Estas organizaciones mantienen un perfil conservador y un argumentario idéntico al del contramovimiento del cambio climático de los Estados Unidos —liderado por *think tanks* conservadores como la Heritage Foundation—.

Otra de las características de esta fase es la creciente internacionalización de los *think tanks* estadounidenses, que se han hecho globales no solo a través de su influencia directa o indirecta sino abriendo oficinas en capitales de todo el mundo.

Por otro lado, en la Unión Europea, los *think tanks* especializados pasaron de la decena de la década de 1980 a varias decenas en la de 2000, reflejando el aumento de las competencias de la Unión Europea, la importancia de las decisiones tomadas en Bruselas y, finalmente, el poder acumulado por la UE. En Bruselas nacen *think tanks* especializados en economía internacional y sin un perfil partidista como Bruegel (2005, Bélgica) o el European Institute for Gender Equality (2007), impulsados por las instituciones políticas de la Unión Europea y financiados en gran parte por ellas. Los atentados del 11 de septiembre de 2001 también influyeron en la



creación de *think tanks* especializados en el tema del terrorismo, tanto en EE. UU. como en Europa.

Entre 2005 y 2020, el ritmo de creación de nuevos *think tanks* empieza a ralentizarse en Europa y Estados Unidos pero la especialización de los creados durante este periodo aumenta. Estos nuevos *think tanks*, con disparidad de recursos, pero mucho activismo, tienen por misión influir en las políticas públicas en ámbitos específicos tradicionalmente desabastecidos por los *think tank*, como por ejemplo es el caso de la lucha contra la crueldad con que tratamos a los animales no humanos —Oxford Center for Animal Ethics (Reino Unido, 2006), UPF-Centre for Animal Ethics (España, 2015), Brooks Institute for Animal Rights Law and Policy (Estados Unidos, 2017), Animal Think Tank (Reino Unido, 2018)—.

En conjunto, en estas últimas décadas los *think tanks* especializados de todo tipo han venido a sumarse a los grandes centros filantrópicos multitemáticos, las organizaciones bajo contrato gubernamental, los *think tanks* activistas, los partidistas y los académicos. Si bien la gran mayoría ha replicado el formato de los *think tanks* estadounidenses y europeos ello no ha sido siempre así. En países como China, Rusia o los estados del Golfo Pérsico, el impulso a *think tanks* nacionales tiene tres objetivos principales según Niblett (2018). El primero es el tradicional de estas organizaciones: proporcionar ideas y asesoramiento experto a las esferas de decisión política. El segundo es garantizar la coherencia política e ideológica a nivel interno entre la esfera oficial y la no gubernamental en lo relativo a ideas y discusión de temas. El tercero es difundir mensajes y políticas pro gubernamentales al exterior. De forma que los *think tanks* en estos países, al menos los consentidos, constituyen una extensión de la diplomacia pública gubernamental; herramientas, pues, de propaganda política más que foro de discusión libre de ideas. Obviamente, estas organizaciones se limitan a reflejar la realidad no democrática de sus países.

La globalización y la internacionalización también ha supuesto en estas últimas dos décadas la aparición de mucha competencia para los *think tanks* a través de instituciones como las ONG transnacionales, las grandes corporaciones multinacionales, grupos mediáticos globales o las mismas universidades. Esta competencia se realiza a partir de grupos de trabajo internos o actividades puntuales o mediante la creación directamente de *think tanks*

por estas organizaciones, que ven en este perfil una forma de influencia de mayor credibilidad y eficacia que el lobismo tradicional.

Este rápido viaje a través de la historia de los *think tanks* pretendía aflorar la variedad genética existente y la imposibilidad de definir la razón de ser de estas organizaciones mediante una sola etiqueta, o unas pocas. Sin embargo, llegados a este punto estamos en condiciones de ofrecer tres elementos característicos de todas estas organizaciones:

- Uno, que los *think tanks* son organizaciones nacidas de la visión liberal del mundo anglosajón (esencialmente aquí Reino Unido y Estados Unidos) y se trasladan mal a otras realidades (países con otros sistemas políticos o con una cultura democrática menos sólida, con gran paralelismo entre sistema político y sistema mediático o con capitalismo autoritarios, por ejemplo).
- Dos, que su principal función es ayudar y/o influir en la toma de decisión política (a qué damos más énfasis, si a *ayudar* o a *influir*, depende de la perspectiva que adoptemos y de la organización que analicemos).
- Tres, que su devenir va de la mano de la evolución del liberalismo en el siglo xx hasta hoy, incluyendo los procesos impulsados por este en forma de mayores libertades, pero también de globalización y de neoliberalismo, así como sus crisis.

Otra cosa bien distinta es su misión, forma de funcionar, su grado de contribución, influencia, generación real de ideas y conocimiento, forma de financiación o independencia de los poderes a los que pretenden influir. Aquí las divergencias son máximas. Sin embargo, es posible hacer la siguiente recopilación de motivaciones principales de los *think tanks* desde sus inicios hasta hoy, lo que estaría en el núcleo de la génesis de unos y otros: estas motivaciones van desde el militarismo, el imperialismo, el industrialismo, el capitalismo, el libertarismo de derechas y la propaganda política hasta el socialismo, el pacifismo, el humanismo, el humanitarismo, el internacionalismo, el libertarismo de izquierdas y la justicia social (tabla 1).

En el próximo capítulo tomamos lo mejor de esta génesis y la ampliamos para confeccionar nuestra propuesta de lo que debería constituir el *think tank* ideal si de lo que hablamos es de bien común.

TABLA 1  
**GÉNESIS DE LOS THINK TANKS**

---

CAPITALISMO  
HUMANISMO  
HUMANITARIANISMO  
IMPERIALISMO  
INDUSTRIALISMO  
INTERNACIONALISMO  
JUSTICIA SOCIAL  
LIBERATARISMO DE DERECHAS  
LIBERTARISMO DE IZQUIERDAS  
MILITARISMO  
PACIFISMO  
PROPAGANDA POLÍTICA  
SOCIALISMO

---



EVALUAR A LOS *THINK TANKS*

En el capítulo anterior hemos visto la complejidad que nos aporta la historia de los *think tanks*, con sus múltiples génesis o motivaciones originales. En este capítulo ofrecemos una forma de distinguir la labor de unos y otros de forma objetiva. Nuestra propuesta es sencilla: proponemos valorar el prestigio y crédito que merece un *think tank* a partir de su capacidad de generar conocimiento o análisis experto y su contribución al bien común. Por conocimiento o análisis experto nos referimos a un conocimiento profundo y apoyado con hechos de las materias de las que se trate. Por bien común entendemos aquello que beneficia a la sociedad en su conjunto, en oposición al bien privado, aquello que beneficia solamente a individuos o estamentos concretos de la sociedad.

Partimos de la idea de que sin conocimiento experto un *think tank* es un mero instrumento de influencia o incluso propaganda, debido a que su principal función queda reducida entonces a desear que sus ideas se conviertan en las dominantes. Se requiere de *conocimiento experto* para poder contribuir de algún modo a la discusión pública, entendiendo por contribuir el aportar en profundidad y con fundamento, no con carácter opinativo. Sin embargo, solo con conocimiento experto no se garantiza que la influencia ejercida sea positiva. Para definir una contribución como positiva proponemos incorporar a los *think tanks* la necesidad de que su conocimiento experto esté orientado al *bien común*.

A continuación, definimos ambas cuestiones, conocimiento experto y bien común, y aportamos categorías para identificarlas en los *think tanks*.

## Qué es el conocimiento experto

Por conocimiento experto nos referimos aquí al conocimiento que proviene de la experiencia. La palabra *esperienza* procede del latín *experientia* ('prueba, ensayo'), nombre derivado del verbo *experiri* ('experimentar, probar') formado por el prefijo *ex-* (separación del interior), la raíz *peri-* ('intentar, arriesgar') y el sufijo *-entia* (cualidad de un agente). El *experto* es el que tiene experiencia, el que ejerce la cualidad de experimentar, de arriesgar en el sentido de probar. Todo lo cual nos deja claro que no estamos aquí hablando de opiniones o pareceres sino de conocimiento heurístico es decir, aquel que intenta encontrar la solución a partir de hacer pruebas, analizar resultados, volver a hacer pruebas, extraer conclusiones, verificarlas, contrastar, reflexionar. Es decir, aplicando un método.

Hemos visto claramente que la historia de los *think tanks* incorpora una clara reivindicación del valor de las ciencias sociales para la toma de decisiones políticas. Todas estas organizaciones nacen y se definen en base a una contribución no opinativa o subjetiva, sino inspirada en las ciencias, en el conocimiento basado en hechos. Este aspecto ha recibido tal consenso entre la comunidad de teóricos de los *think tanks* que no creemos requiera mayor justificación. Aquello que en ningún caso ha sido consensuado ni aclarado es cómo evaluar qué es y qué no es conocimiento basado en hechos, análisis experto, en el caso de un *think tank*.

Sugerimos para ello partir de dos ideas. La primera es que es necesario aplicar algún tipo de observación sistemática, reproducible, repetible y validable para poder producir conocimiento experto, que puede ser empírico o teórico, pero en todos los casos debe estar inspirado por el método científico. La segunda idea es una matización de la primera, pues no estamos proponiendo aquí que si no hay algún tipo de trabajo *medible* no hay conocimiento posible. Nuestra reivindicación científica para el conocimiento generado por los *think tanks* no tiene que ver con el proceso sino con el espíritu. Para poder generar algún tipo de conocimiento útil defendemos que debe adoptarse una actitud científica. Pero ¿qué significa tener una actitud científica?

El físico cuántico italiano Carlo Rovelli nos recuerda que la ciencia nace de un acto de humildad: dejar de fiarnos ciegamente de nuestras percepciones y del conocimiento acumulado, abandonar la pretensión de

explicarlo todo, de poder alcanzar verdades definitivas. La ciencia, nos recuerda Rovelli, no debe ser, ni puede ser, la búsqueda de la verdad sino del mejor conocimiento posible: «La ciencia es la investigación de las respuestas más fiables, no de las respuestas ciertas» (Rovelli, 2015: 235).

La visión de Rovelli nos parece muy razonable porque la ciencia, aunque se construye sobre el conocimiento anterior, ha demostrado avanzar más cuando más dispuestos hemos estado a discutirlo todo, incluso lo que parece más sólido e incuestionable. Demócrito, Platón, Newton, Einstein y toda la física cuántica son ejemplos de este construir sobre lo anterior, pero avanzando gracias al desapego sistemático a la idea de que existan certezas permanentes en lo relativo a cómo funciona el mundo.

El cuestionamiento de todo no significa caer en el nihilismo, el escepticismo total, sino mantenernos alerta recordando que nuestro conocimiento, en todos los casos, solo puede ser limitado y, por lo tanto, nunca es definitivo, siempre es mejorable. La actitud científica supone asumir precisamente esto: que «la búsqueda del conocimiento no se alimenta de certezas, sino de una radical falta de ellas» y que debemos aprender a vivir en la incertidumbre (Rovelli, 2015: 236).

## Conocimiento experto aplicado a los *think tanks*

Este espíritu científico, que invita con humildad a aceptar la incertidumbre, es un contrapeso excelente para el fin último de organizaciones como los *think tanks*, que son en definitiva actores que tienen por fin contribuir a la toma de decisiones desde un posicionamiento activista, es decir, impulsando ideas concretas que se quieren promover. La actitud científica permite que la función persuasiva de los *think tanks* se llene de contenido legítimo. Para confirmar que un *think tank* no es solo una herramienta de persuasión sino una organización capaz de generar conocimiento experto, sugerimos atender a los siguientes aspectos:

### a) *Foco en el conocimiento y el análisis*

La dedicación de un *think tank* debe estar centrada en generar conocimiento sustentado en datos acompañado de análisis experto. Los *think tanks* eran en el pasado organizaciones exclusivamente dirigidas a influir en la clase política. Esto ha dejado de ser así. Hoy en día los *think tanks* ya no

se dirigen solo a la esfera política en parte porque se han dado cuenta de que influir en el resto de públicos (medios de comunicación, industrias, ciudadanos, etc.) puede tener buenos réditos políticos (influir en la opinión pública aumenta la presión sobre sus públicos políticos). Pero también en parte porque los actores políticos aumentan su interés por el análisis de los *think tanks* si estos tienen, o parecen tener, impacto público, más allá del círculo de expertos en la sombra que forma parte de los *think tanks*. Para conseguir este impacto público, o al menos intentarlo, los *think tanks* han entrado a competir en el mercado mediático: conseguir colocar sus ideas en los medios de comunicación se ha hecho hoy en día esencial. Esta necesidad de los *think tanks* para ser públicamente visibles ha combinado y combina muy bien con la necesidad de los medios de ofrecer comentarios de expertos.

Al mismo tiempo, los *think tanks* han diversificado también su producción, para ir más allá de los tradicionales informes, y han diversificado sus propios medios de comunicación, incorporando todas las posibilidades que medios digitales, redes sociales y demás canales ofrecen. Todos estos esfuerzos mediáticos pueden llegar a distraer la dedicación de estas organizaciones de su foco, cuando no en acabar convertidas en su principal actividad.

Hay que distinguir a los *think tanks* con altas capacidades comunicativas de aquellos que solo se dedican a explotar estas capacidades. Un *think tank* debe en primer lugar mantener su foco en la investigación y en el análisis, no en la opinión —que debe ser colateral a la investigación, no central—.

#### b) *Producción experta propia*

Pero no basta con que el foco de un *think tank* sea la investigación y el análisis. Dedicarse a distribuir y comentar investigación de terceros no te convierte en un *think tank*. Es preciso que la organización disponga de investigadores y expertos propios, capaces de generar producción propia. Por lo tanto, para ello necesita contar con equipos de trabajo que pueden ser internos o externos pero que generan conocimiento relevante, cuantitativo y cualitativo, basado en la actitud científica que mencionábamos antes. Esto implica tener expertos en los campos que se analizan y no realizar análisis de temas para los que no se cuenta con expertos.



c) *Desarrollo de ideas/propuestas*

Si la capacidad de generar producción propia con análisis original existe, esta acostumbra a ir acompañada del desarrollo de ideas y/o propuestas. La capacidad de generar ideas nuevas, de hacer recomendaciones y propuestas originales, es decir, propias, es otra característica que nos permite identificar a los *think tanks* con capacidad de contribuir a la toma de decisiones de forma fundamentada.

Esta capacidad de innovación debe ir de la mano de una evolución en las metodologías de trabajo. Los *think tanks* deben usar todo el abanico de metodologías de las ciencias sociales, también las más nuevas o adaptadas a las nuevas realidades sociales. Un *think tank* que no haga propuestas solventes, basadas en metodologías relevantes, no es un generador de conocimiento relevante. No basta con centrarse en la investigación y en producir contenido propio, hay que proponer soluciones, caminos, direcciones, que deberán colocarse en el espacio público a través de estrategias de comunicación. Un *think tank*, más que ninguna otra organización pública o privada, es ontológicamente comunicacional: si no comunica sus ideas y propuestas, no existe.

d) *Especialización o moderación temática*

Si bien no es esencial que un *think tank* esté especializado en ámbitos concretos para garantizar la generación de conocimiento y análisis experto, no deja de ser cierto que la especialización facilita que ello pueda ser así. Si asumimos que una organización necesita tener capacidad investigadora y experiencia para poder generar propuestas e ideas, es fácil imaginar que, salvo excepciones, pocas son las organizaciones que realmente pueden aportar con calidad y profundidad en muchos temas. La especialización en un ámbito o unos pocos ámbitos puede servir de indicador de calidad —aunque no automáticamente, por supuesto—. Por el contrario, una organización que se atreva a abordar temas enormemente dispares y que requieran de conocimiento experto en disciplinas muy diferentes debe levantar sospecha a menos que se trate de organizaciones con dimensiones y presupuesto acorde, de las que hay muy pocas. Nadie puede ser experto en todo.

e) *Independencia intelectual*

Por otro lado, de poco sirve estar centrado en la investigación y el análisis y generar producción propia, incluyendo ideas y propuestas origi-

nales, si se está al servicio de intereses concretos que afectan a la independencia intelectual directa o indirectamente. Proteger la independencia intelectual es esencial para poder garantizar ese espíritu científico que requiere toda aportación relevante al conocimiento y el análisis.

Pero un *think tank* no solo debe mantener a toda costa su independencia intelectual, también debe hacerlo públicamente, con transparencia. Lógicamente, las estructuras de gobierno, los modelos de financiación, su proximidad a las élites son determinantes para que una organización se perciba como independiente o como una mera caja de resonancia de intereses concretos. Las vinculaciones directas a instituciones sociales relevantes (gobiernos, partidos políticos, lobbies, industrias, medios de comunicación) neutralizan esta independencia en gran medida. Algunos *think tanks* contrarrestan sus vínculos con las élites mediante la incorporación en su gobernanza de una pluralidad de posiciones políticas y tipologías de intereses, públicos y privados, de forma transparente. En tales casos, debemos evaluar en qué medida existe una pluralidad real de intereses y diferenciar estos intereses. No es lo mismo recibir financiación gubernamental en convocatorias públicas y competitivas que ser un brazo de la diplomacia pública de un gobierno. Del mismo modo no es lo mismo recibir fondos de fundaciones comprometidas con la justicia social o recibirlos de la industria del petróleo o la industria farmacéutica, por poner dos ejemplos.

#### f) *Organización y pensamiento inclusivo*

Finalmente, a la capacidad de generar conocimiento y análisis experto con una actitud científica e independencia intelectual proponemos añadir un parámetro que permita medir en qué grado una organización está adaptada a los valores que hoy sabemos garantizan la innovación y el avance del conocimiento. Parece lógico que las organizaciones que se autodefinen y conforman como *think tanks* solo para aprovechar el caparazón (y el prestigio que pueda llevar añadido) esta denominación, pero sin el contenido y el espíritu de esta (la génesis de generadores de conocimiento y análisis experto con actitud científica) deben ser consideradas como *think tanks* solo en apariencia, falsos *think tanks* o pseudo *think tanks*. En este sentido hay una habilidad que se ha demostrado como esencial para garantizar la capacidad de investigación e innovación: la de pensar de forma inclusiva.

Con «pensar de forma inclusiva» nos referimos a la necesidad de promocionar ideas que sean inclusivas con respecto a culturas y sensibilidades, a dar voz y espacio a las miradas no dominantes y a rechazar el estar en posesión de la verdad. La inclusividad supone, en definitiva, incorporar la diversidad, incluido el disenso, que hoy sabemos llevan a discusiones más ricas y juicios mucho más sabios que el pensamiento monolítico e individual (Leslie, 2021). Desde una mirada liberal, progresista y no relativista esto supone en la práctica para un *think tank* abandonar la heteronormatividad (incorporar a más mujeres y sujetos de géneros no normativos a los equipos de investigación), ser críticos con el antropocentrismo (abandonar la arrogancia de especie que nos ha caracterizado desde al menos el neolítico) y mantener la mente abierta y en modo de autocrítica (por ejemplo, para problematizar aquellos aspectos del capitalismo que claramente no funcionan y deben mejorarse, incluyendo no solo un examen de la realidad sino una crítica a la misma). Lógicamente, la inclusividad así definida puede ser muy excluyente, muy pocos *think tanks* incorporan estas miradas en su investigación y análisis. Sin embargo, esta categoría se propone aquí solo como guía de excelencia. ¿Muestran signos las organizaciones de ir en esta dirección o al menos aceptar que la inclusividad así definida debe ser un objetivo o, por el contrario, siguen ancladas en los parámetros de la masculinidad dominante, el antropocentrismo especista y la ausencia de crítica a los problemas de la democracia liberal? ¿Incorpora la organización en su plantilla a investigadoras y expertas, a personas jóvenes, a personas no heteronormativas, a personas que en definitiva puedan pensar de forma diferente a la norma? La respuesta a esta pregunta puede ayudar a destacar los *think tanks* con mejores cualidades como investigadores y analistas.

En síntesis, para identificar si un *think tank* hace una aportación relevante en materia de conocimiento y análisis debemos comprobar si la organización está centrada en la investigación, si genera producción propia, si hace propuestas propias, si está dimensionada acorde a los temas que afirma dominar, si mantiene independencia intelectual y si es inclusiva y diversa. Todo ello, no obstante, no garantiza que la contribución sea positiva para la sociedad, se necesita de algo más.

## El bien común<sup>1</sup>

La enciclopedia de filosofía de la Universidad de Stanford nos recuerda lo que significa el bien común en términos prácticos: «the “common good” refers to those facilities —whether material, cultural or institutional— that the members of a community provide to all members in order to fulfill a relational obligation they all have to care for certain interests that they have in common» (*aquello —material, cultural o institucional— que una comunidad proporciona a todos sus miembros con el objetivo de satisfacer la obligación que todos los miembros tienen de cuidar de los intereses comunes*). Algunos ejemplos clásicos de bien común en las democracias liberales son: el sistema judicial, las escuelas públicas, los museos, las instituciones culturales, los transportes públicos, las redes viarias, los parques públicos, la protección y seguridad o libertades civiles especialmente relevantes para lo que aquí nos ocupa, como la libertad de asociación o la libertad de expresión. Para la visión liberal, el bien común también incluye el sistema de propiedad o la defensa nacional.

Desde un punto de vista filosófico, el bien común es un concepto muy relevante porque juega un papel central en la reflexión sobre las dimensiones pública y privada de la vida social. La vida privada consiste en la consecución a nivel individual de una serie de proyectos personales. La vida pública en una comunidad política, por el contrario, consiste en los esfuerzos compartidos por parte de sus miembros para ofrecer y mantener determinados servicios por el bien del interés común. Huelga decir que no existe un consenso total sobre en qué circunstancias debemos tomar decisiones basadas en el bien común. En este libro asumimos que una de estas circunstancias es aplicable a la labor de los *think tanks* porque en su esencia, como hemos visto, estas organizaciones se enfocan, independientemente de sus diferencias, a la toma de decisión política y a la configuración de las ideas y decisiones que dominan la esfera pública en las democracias. Por esta razón entendemos que el bien común es un concepto útil y coherente para una aproximación normativa, ideal, a los *think tanks*.

---

1 Agradecemos a Paula Casal, filósofa de la Universidad Pompeu Fabra, sus comentarios al primer borrador de esta subsección.

El concepto de bien común se enmarca, decíamos, en la idea de que los individuos que viven en comunidad tienen una obligación de garantizarse a sí mismos una serie de intereses que se consideran «comunes» porque todos los individuos los comparten en grado similar —y que garantizan además el florecimiento individual, no solo el social, pues ambos niveles están interconectados—. Pero todo esto sigue siendo demasiado vago. ¿Qué define a estos intereses comunes? Para clarificar más nuestra perspectiva de bien común, proponemos simplemente aplicar los principios de la teoría de la justicia de John Rawls (1999), que se siguen de su «interés común», equiparable al bien común.

Muchos filósofos, en especial consecuencialistas, precisamente a los que Rawls dedica su crítica, han discutido o incluso centrado el debate sobre el bien o interés común antes que Rawls. Pero es con Rawls que el debate a este respecto toma aliento renovado. Desde la publicación en 1971 de *A Theory of Justice* (revisada en 1999) la producción académica en el ámbito de la filosofía política ha constituido mayoritariamente una reacción a esta obra, hasta tal punto que cambiará la discusión a partir de su publicación —«changed the subject» diría Thomas Nagel (Mendus, 2017). Pero no solo eso, el liberalismo igualitarista de John Rawls se convertirá en sí mismo en un punto de partida para toda la filosofía política posterior —incluso para sus críticos, que reflexionarán a partir de ella o influidos por ella (ver la obra del filósofo socialista G. A. Cohen, por ejemplo: Cohen 2011)—. Rawls considera que hay que empezar por definir los puntos de consenso en los que podemos ponernos de acuerdo y construir a partir de ellos. Y su misma obra se convertirá en eso, en un punto de partida y, para muchos, de consenso.

Los principios de Rawls surgen, en primer lugar, de su concepción de la justicia como equidad o imparcialidad (*justice as fairness*). Rawls parte de una visión contractual de la justicia, en la que los principios de justicia —es decir, aquellos que asignan derechos, deberes y oportunidades económicas y sociales a las personas— deben ser acordados desde la imparcialidad. Para alcanzar esta imparcialidad, Rawls desarrolla los conceptos de posición original y velo de la ignorancia. A la hora de decidir lo que es justo, se trata de imaginar una situación en la que las personas tomen decisiones tras un velo de ignorancia es decir, ignorando qué posición ocupan en la sociedad y quiénes son sus representados. El objetivo de este velo es

conseguir una posición inicial sin intereses previos, imparcial. De acuerdo con Rawls, la ignorancia de estos detalles (nuestra posición en la sociedad y la de aquellos a los que representamos) conduce a principios justos para todos: no sabiendo a quién benefician o perjudican tus decisiones, tomas la decisión más justa posible. De esta posición original, y el velo de la ignorancia, surgen los principios de justicia: una sociedad justa es aquella que adopta normas que todo el mundo aceptaría en esa posición original.

En consecuencia, para Rawls, los miembros de una comunidad política tienen la obligación de proporcionar y mantener los intereses que garantizan que *los ciudadanos estén en posición de igualdad*. Estos intereses están reflejados en los dos principios de su teoría, que indica que todas las personas deben tener garantizados:

- los mismos derechos y libertades básicos, y
- una justa igualdad de oportunidades en lo relativo a puestos de trabajo y responsabilidad.

El primer principio supone que el derecho a una aplicación de la ley igual para todo el mundo, el derecho a la vida y a la integridad física, el derecho a la libertad de pensamiento, de consciencia, de participación política, de asociación etc., son libertades innegociables del individuo. Es decir, no pueden sacrificarse para conseguir objetivos como mayor crecimiento económico o el bienestar de la mayoría.<sup>2</sup>

El segundo principio, el principio de la diferencia, da el poder del veto a los más vulnerables, prohibiendo las desigualdades sociales y económicas perjudiciales para los más desaventajados. Esto confiere al liberalismo de Rawls su carácter igualitario. Las desigualdades son permitidas solo cuando no están en conflicto con el primer principio (por ejemplo, estarían en conflicto si interfieren excesivamente en el sistema democrático o destruyen la igualdad de oportunidades) y cuando no perjudican a los que están en peor situación.<sup>3</sup>

---

2 «These principles rule out justifying institutions on the grounds that the hardships of some are offset by a greater good in the aggregate» (Rawls, 1999: 13).

3 «[...] social and economic inequalities, for example inequalities of wealth and authority, are just only if they result in compensating benefits for everyone, and in particular for the least advantaged members of society» (Rawls, 1999: 13).

Rawls emplea poco el concepto de *bien común* —prefiriendo *interés común*, *bienes públicos* o *unidad social*—, pero lo usa para referirse a la suma total de condiciones sociales que responden a los dos intereses reflejados en estos principios. De este modo, es posible entender el bien común como el orden legal que otorga a los ciudadanos la libertad de expresión, la libertad de conciencia y las demás libertades liberales; el sistema democrático de gobierno que brinda a los ciudadanos libertades políticas, como la libertad de votar, ocupar cargos públicos y participar en la elaboración colectiva de normas; el sistema de tribunales para hacer cumplir el Estado de derecho; la protección policial y defensa nacional para proteger las libertades básicas; la protección legal para la libre elección de nuestra ocupación; medios de comunicación que faciliten información que permitan igualdad de oportunidades; un sistema de transporte para que las personas accedan al trabajo; y un sistema de educación (público o privado) que aseguren condiciones en las que personas con talentos y motivaciones similares tengan perspectivas similares, independientemente de su clase o antecedentes familiares.

Si las personas que viven en sociedad razonan en base a estos intereses comunes, están evaluando las políticas desde un punto de vista que no distingue entre ciudadanos. Se concede a los intereses de los demás el mismo estatus que se concede a los intereses propios. Es un acuerdo mutuo en que cada ciudadano trabaja por los intereses de cada uno de sus semejantes. Lo que propone Rawls en definitiva es no perseguir la construcción de sociedades perfectas o buenas (entendiendo por tales lo que cada uno de nosotros considere así: un Estado liberal, cristiano, islámico, judío... con un sistema de organización socialista, neoliberal, socialdemócrata, etc.), sino perseguir sociedades basadas en principios correctos (entendiendo por estos los principios básicos de igualdad y libertad en los que todo el mundo pueda estar de acuerdo).

La mirada de Rawls, pues, apunta a la necesidad de equilibrar libertad e igualdad, donde la igualdad funciona como una especie de límite para la libertad —para que la toma de decisiones política no privilegie a un grupo social o individuos concretos y genere aquellas condiciones que son beneficiosas para todos los ciudadanos (que en Rawls supone tener muy en cuenta a los más desfavorecidos)—. Nos parece este un punto de partida y de referencia útil también para evaluar la labor de los *think tanks*.

## Principios de bien común para los *think tanks*

Los *think tanks*, como organizaciones encargadas de suministrar reflexión, análisis experto e ideas para influir en la toma de decisiones políticas en la sociedad, se adscriben a sí mismas un papel relevante en muchos de los aspectos relacionados con los intereses comunes antes mencionados. Los *think tanks* son, por supuesto, en sí mismos, organizaciones que reflejan la libertad de expresión que garantiza la teoría de la justicia de Rawls. Esto es, la teoría liberal justifica la existencia de *think tanks* en primer lugar, como ya comentábamos en la introducción. Pero lo que más nos interesa aquí es ver si los *think tanks* justifican con su aportación el interés común definido por la teoría de Rawls. Para ello proponemos, pues, atender a la medida en que su tarea contribuye especialmente a los dos principios de Rawls, que traducidos para los *think tanks* podrían quedar como sigue:

Para que los *think tanks* respondan al bien común deben contribuir a desarrollar...

- las libertades liberales clásicas (libertad de expresión, de conciencia, de asociación, de información, etc.) y políticas (no solo libertad de voto sino de ocupar cargos públicos, participar en la elaboración colectiva de las normas, etc.) de las sociedades democráticas. Es decir, los *think tanks* deberían *contribuir a que todas las personas tengan garantizados los mismos derechos y libertades básicos*;
- la igualdad de oportunidades (promoviendo aquellas cuestiones que la garantizan, como sistema de educación, transporte, acceso laboral, etc., justo e igualitario). Es decir, los *think tanks* deberían *contribuir a que personas con talentos y motivaciones similares tengan oportunidades similares, independientemente de su procedencia social y recursos de partida; y a que las desigualdades, en caso de existir, beneficien a las personas más desfavorecidas*.

A partir del liberalismo igualitarista de Rawls —la necesidad de fomentar las libertades liberales clásicas y fomentar el desarrollo de la igualdad de oportunidades—, proponemos los siguientes cuatro indicadores a tener en cuenta para valorar la contribución al bien común de los *think tanks*:



a) *No estar al servicio de las élites*

La toma de decisiones política efectiva y legítima en las democracias desarrolladas no puede ser un proceso de arriba abajo, debe estar participada y guiada por todos los actores sociales y teniendo especialmente en cuenta a los más desfavorecidos. A esta idea, que caracteriza el pensamiento actual de buena parte del espectro ideológico, no todos los *think tanks* se han ajustado lo suficiente desde el fin de la guerra fría —esta afirmación es compartida incluso por diversos directores de *think tanks* (por ejemplo Niblett, 2018)—. Los *think tanks* no deben estar al servicio de las élites ni formar parte de ellas para poder hacer una contribución al bien común. Están claramente al servicio de las élites todos aquellos *think tanks* creados por las diplomacias públicas o por los partidos políticos, por ejemplo. Forman parte de las élites aquellos *think tanks* que funcionan como foro de encuentro exclusivamente para individuos que pertenecen a las altas esferas políticas, económica o militar, con la finalidad de formar a futuros cargos, justificar decisiones ya tomadas por las élites o proteger los intereses de estas. Por supuesto, los *think tanks* se relacionan con las élites, pero si esa relación los subordina o desvía de los principios del bien común, entonces su contribución no puede ser considerada de interés común.

b) *Fiscalizar al poder*

El mal uso de la proximidad al poder de muchos *think tanks* ha llevado a una visión sesgada de estas organizaciones en su conjunto. Sin embargo, la proximidad al poder puede tener como objetivo influir en el poder para establecer nuestra agenda particular o influir en el poder para la toma óptima de decisiones, que en nuestro caso definimos como aquella enfocada al bien común a través de los indicadores que aquí estamos desgranando. En este sentido, un indicador de servicio al bien común puede ser la intención no solo de no estar al servicio de las élites sino de poner presión a estas mismas élites, de trabajar para que los que toman las decisiones rindan cuentas ante la ciudadanía. En realidad, algunos *think tanks* ya ejercen en este sentido, pero si lo hacen de forma partidista —cuando representan los intereses de un partido político en la oposición, por ejemplo—, lógicamente, no están prestando un servicio al interés común, o lo hacen de forma parcial. Por ejemplo, cuando se reclama algo que pueda beneficiar a las libertades, derechos y oportunidades de

todos o, en especial, de los más desfavorecidos, pero se reclama esto por motivos partidistas o electoralistas. En cualquier caso, fiscalizar a las élites para hacer las decisiones públicas más transparentes, incrementar la separación de poderes, dar más poder a la ciudadanía, reducir la corrupción política, proteger los derechos humanos, reforzar el Estado de derecho para proteger a los ciudadanos del abuso del poder, etc., son buenos indicadores de estar sirviendo al bien común —incluso si se hacen de forma partidista—. Este indicador puede parecer difícil de cumplir, pero es esencial si lo que se pretende es que los *think tanks* tengan capacidad para mejorar a la sociedad a través de mejorar la toma de decisiones políticas.

c) *Atención a los problemas sociales*

Sea cual sea la posición ideológica de la que se parta, la contribución real al bien común solo es posible si se adopta una mirada crítica —es decir, si se presta atención a los problemas existentes en la sociedad, en lugar de contribuir a generar problemas o ampliar los existentes—. La mirada crítica debe serlo hacia fuera y hacia dentro. Hacia fuera, para atender a los aspectos de la sociedad que necesitan ser mejorados, especialmente desde la atención a la igualdad de derechos, libertades y oportunidades. Hacia dentro, para hacer autocrítica con la propia perspectiva adoptada o con los resultados negativos que ideas que se impulsan puedan tener o haber tenido en la sociedad. Durante el siglo xx, y todavía entrado el siglo xxi, muchos *think tanks* se dedicaron exclusivamente a impulsar la globalización económica o contribuyeron a la bipolaridad de la guerra fría y la militarización sin prestar atención a las desigualdades, desequilibrios o incluso peligros que estas comportaban. Otros *think tanks*, por el contrario, impulsaron las instituciones internacionales que se esperaba garantizaran la paz y la convivencia, así como medidas relativas a las desigualdades sociales. Algunos hicieron ambas cosas. La mirada crítica, al mismo tiempo, no puede dejar al margen los problemas de la propia democracia liberal que impulsa el nacimiento de los *think tanks*. Estas organizaciones deben problematizar también lo que hasta hoy ha sido tabú de una gran mayoría de *think tanks*: el androcentrismo dominante en estas organizaciones y el patriarcado en la sociedad, los problemas de la evolución del liberalismo (como la dogmatización del libre mercado), los problemas del capitalismo y la globalización económica, el

antropocentrismo, clasismo y occidentalismo dominantes. Es necesario enfrentarse a todas las problemáticas sociales para contribuir realmente al bien común.

d) *Desescalar y trabajar por la paz*

En el ámbito económico y militar, la contribución al bien común pasa, evidentemente, por promover medidas que desescalen los conflictos y construyan confianzas mutuas, consensos y convivencia —al contrario de lo que hicieron muchos *think tanks* durante la guerra fría, y que algunos siguen haciendo en la actualidad—. Por ejemplo, es preciso valorar atentamente cuándo un *think tank* dedicado a la seguridad y la defensa está contribuyendo de hecho a la paz y no simplemente respondiendo a los intereses del complejo militar industrial. Del mismo modo, no se contribuye a la paz generando miedo en la población. Centrarse en los riesgos contribuye a olvidar las soluciones positivas. La contribución real no pasa por generar desconfianza, que rompe la convivencia. El compromiso en promocionar la paz y el cambio positivo puede identificarse a través de los esfuerzos que se realicen, o no, por parte de los *think tanks* para promocionar la cooperación en los asuntos internacionales —basada en reglas aceptadas por todo el mundo— en lugar de en el equilibrio de poderes. Niblett (2018), por ejemplo, propone que los *think tanks* jueguen un papel activo en el desarrollo de normas, estándares y reglas de gobernanza global; que contribuyan con ideas a la regulación efectiva de los flujos globales de bienes, servicios, finanzas, personas e información; y que presionen para aumentar los niveles de transparencia que exigimos a los Estados en tratados y acuerdos internacionales, a través por ejemplo de análisis públicos e índices comparativos que evidencien las carencias en este sentido. Este autor, y director de Chatham House, propone en definitiva que los *think tanks* ayuden a construir una sociedad internacional distinta. Lógicamente, esto es un ideal maximalista, pero observar si una organización apunta en esta dirección puede ser un buen indicativo de su potencial contribución al bien común.

En síntesis, para identificar si un *think tank* contribuye al bien común con sus aportaciones proponemos atender a la medida en que contribuye a que todas las personas tengan garantizados los mismos derechos

y libertades básicas y las mismas oportunidades. Algo tan amplio debe ser evaluado para cada caso, pero como indicadores de ello apuntamos a no estar al servicio de las élites, fiscalizar al poder, centrarse en los problemas sociales y trabajar por la paz ayudando a desescalar conflictos y tensiones.

No es difícil observar que todos estos aspectos —tanto los relativos a la capacidad de generar conocimiento experto como a su orientación al bien común— no hacen más que trabajar en beneficio de la credibilidad de los *think tanks* y, por lo tanto, de su capacidad de influencia. Para poder influir en todos sus públicos, no ya solo en la esfera política hoy en día, es preciso que los *think tanks* no estén al servicio de la perspectiva de gobiernos, grupos de interés, poder económico o sector militar. Es importante no solo que no parezcan estarlo, sino que efectivamente no lo estén.

En definitiva, de la génesis, historia y experiencia acumulada tras más de un siglo de existencia de estas organizaciones se desprende que es posible definir un modelo ideal de *think tank*, aquí considerado como aquel que produce conocimiento y análisis experto dedicado al bien común (ver tabla 2). Lógicamente, este modelo aquí esbozado deja fuera muchas organizaciones que se denominan a sí mismas *think tanks* o se presentan a sí mismas como institutos independientes capaces de proporcionar una producción original de reflexiones, análisis y asesoramiento. Muchas de ellas carecen de la capacidad de generar conocimiento y análisis experto o tienen como principal fin promocionar una determinada agenda política o proteger intereses económicos concretos, por ejemplo. Algunas pueden disponer de esta capacidad de suministro de análisis experto, pero no estar orientadas al bien común.

Lo que consideramos importante de nuestra propuesta es que permite, en primer lugar, distinguir a los *think tanks* expertos de los impostores. Es decir, siempre en función de nuestra organización ideal, nuestra propuesta permite distinguir a los *think tanks* que contribuyen a la sociedad, a pesar de que, lógicamente, lo hagan de forma muy imperfecta, de los que utilizan el vehículo (y prestigio, en algunos casos) de los *think tanks* solo para promocionar intereses particulares (ideas concretas, agendas políticas específicas, intereses económicos determinados).

TABLA 2  
 PROPUESTA DE INDICADORES PARA VALORAR LA CONTRIBUCIÓN  
 A LA SOCIEDAD DE LAS ORGANIZACIONES QUE ADOPTAN EL PERFIL  
 DE THINK TANKS

<i>Capacidad de generar conocimiento y análisis experto</i>	<i>Orientación al bien común</i>
<ul style="list-style-type: none"> <li>— Foco en el conocimiento y el análisis</li> <li>— Producción experta propia</li> <li>— Desarrollo de ideas/propuestas</li> <li>— Especialización temática</li> <li>— Independencia intelectual</li> <li>— Organización y pensamiento inclusivo</li> </ul>	<p>Principios generales de Rawls:</p> <ul style="list-style-type: none"> <li>— Contribuir a que todas las personas tengan garantizados los mismos derechos y libertades básicos</li> <li>— Contribuir a que personas con talentos y motivaciones similares tengan oportunidades similares y que las desigualdades, en caso de existir, beneficien a las personas más desfavorecidas</li> </ul> <p>Indicadores:</p> <ul style="list-style-type: none"> <li>— No estar al servicio de las élites</li> <li>— Fiscalizar al poder</li> <li>— Atención a los problemas sociales</li> <li>— Desescalar y trabajar por la paz</li> </ul>

Pero también, en segundo lugar, nuestra propuesta nos parece útil porque no distingue a los *think tanks* por ideologías, gobernanza, organización, misión o financiamiento, sino solo por sus resultados. Nos parece que un *think tank* puede hacer una contribución al bien común con conocimiento experto desde cualquier ideología democrática. También que puede hacerla tanto si adopta un perfil más académico o activista o incluso bajo contrato. Incluso creemos que es posible contribuir con independencia intelectual recibiendo financiación de patrocinadores que a priori pueden parecer problemáticos. Así lo creemos porque somos conscientes de que ninguna organización puede, lógicamente, satisfacer todas las necesidades de conocimiento y análisis experto que requiere la toma de decisión y que, al final, es entre toda la confluencia de miradas que se produce la discusión y la reflexión que necesitamos (a esa diversidad y disenso productivo necesarios para llegar a la mejor decisión, que mencionábamos antes, Leslie, 2021). Lo que se requiere, pues, es que la mirada sea inclusiva —es decir, orientada a la diversidad—, preparada y capaz de aportar conocimiento y análisis relevante y de hacerlo pensando en la promoción de esos principios básicos que podemos aceptar toda la ciudadanía como punto de partida —y que tienen que ver con la libertad limitada por la igualdad. No sirve si son miradas fundamentadas pero al servicio de inte-

reses particulares que no hemos consensuado como comunitarios (*think tanks* que son simplemente *lobbies*). Y tampoco sirve si son miradas que aceptan estos intereses comunes como fin último, pero no están preparadas para generar análisis relevantes (organizaciones sin capacidad para analizar en profundidad ni aportar propuestas).

James McGann (2021*b*: 16) afirma que los motivos que llevaron a la aparición de los *think tanks* tienen que ver con la revolución informacional y tecnológica, con el fin del monopolio gubernamental de la información, con la creciente complejidad y naturaleza técnica de los problemas a los que se enfrenta la regulación, con el tamaño creciente de los gobiernos, con la crisis de confianza en la clase política, con la globalización y el crecimiento de los Estados y otros actores internacionales y con la necesidad de disponer de información y análisis conciso y rápido suministrado «en la forma correcta, en las manos adecuadas, en el momento correcto».

Nosotros añadiríamos a esta lista que muchos *think tanks* aparecidos desde el final de la guerra fría hasta hoy lo hacen simplemente para, aprovechando el prestigio alcanzado por algunos *think tanks*, crear organizaciones al servicio de causas más o menos orientadas al bien común con más o menos herramientas y recursos. En suma, aprovechan el fenómeno para intentar influir. En algunos casos se trata de burdas réplicas instrumentales, que autores bienintencionados achacan a la diferencia cultural entre el mundo anglosajón, origen del fenómeno, y realidades como el capitalismo de Estado o el capitalismo autoritario, que carecen de democracias liberales y sistemas de medios libres y sociedades civiles fuertes. En otros casos, las réplicas se parecen algo más al original, como es el caso de muchas organizaciones nacidas en Estados Unidos o el Reino Unido. En todos estos casos estos *think tanks* responden más a un interés instrumental de aprovechar el tirón del fenómeno de los *think tanks* que a una causa coyuntural como las mencionadas en la anterior lista de McGann. Distinguir entre todos ellos nos parece esencial a fin de poder utilizar el potencial de estas organizaciones para informar mejor el debate público y la toma de decisiones. Pero para ello es necesario separar el grano de la paja, distinguir entre quienes contribuyen para el bien de todos y quienes solo quieren imponer sus ideas o hacen lobby para terceros (o ambas cosas a la vez). Los indicadores que aquí proponemos pueden ser efectivos para ello y, como muestra, en la siguiente y última parte de este libro los aplicamos al caso de los *think tanks* y su papel en la crisis climática en Europa.

*THINK TANKS* Y CRISIS CLIMÁTICA

El papel de algunos *think tanks* en la construcción de un mensaje contrario al consenso científico sobre la crisis climática es bien conocido. Ha sido ampliamente estudiado en los Estados Unidos (por ejemplo: McCright, 2007; Jacques, Dunlap y Freeman, 2008; McCright y Dunlap, 2010; Dunlap y Jacques, 2013; Farrell, 2016; Brulle, 2014; Brulle 2020) y hemos empezado a investigar sus tentativas en Europa (Plehwe, 2014; Almiron *et al.*, 2020; Almiron, Rodrigo-Alsina y Moreno, 2021; Busch y Judick, 2021). Esto ha permitido conocer en profundidad no solo a los *think tanks* implicados sino al movimiento conservador y reaccionario<sup>1</sup> que ha obstruido tan eficazmente la acción climática en los Estados Unidos —menos visible y efectivo en Europa, pero nada desdeñable—. Y, como sucede a menudo cuando nos ponemos a investigar,

---

1 McCright y Dunlap (2010) lo denominan una «anti-reflexivity force», porque ataca dos pilares básicos de la acción moderna: la defensa del medio ambiente y la ciencia medioambiental. Nosotros añadimos a esta fuerza reaccionaria su carácter antropocéntrico especista —omitido en la crítica de la ética ambiental—, que ha justificado el ecocidio medioambiental y la explotación de individuos de otras especies por la supuesta superioridad de la especie humana (Almiron y Xifra, 2021).

también hemos descubierto que la realidad es mucho más compleja de lo imaginado. Esto nos ha obligado a afinar mucho más el lenguaje, a distinguir tipologías de obstrucción y a ajustar mucho mejor las responsabilidades.

Antes de aplicar nuestra propuesta de evaluación de *think tanks* a las organizaciones contrarias a la acción climática, resumimos estos aprendizajes para dotar de contexto al análisis que realizaremos a continuación.

### *Think tanks* y obstrucción climática

Si algo ha quedado claro del movimiento que ha obstruido la acción climática es precisamente su vinculación con posiciones conservadoras, neoliberales, defensoras del dogma del mercado libre y androcéntricas. Hemos podido comprobar que los contraargumentos utilizados por los climaescépticos han sido prácticamente idénticos en Estados Unidos y en Europa y que en ambas regiones se ha podido identificar un mismo paralelismo clima-ideológico: con partidos políticos y ciudadanía posicionados en el espectro ideológico de la derecha mostrando menos convicción de la existencia y problema de la crisis climática y menor disposición a apoyar acciones de mitigación que los ciudadanos que se sitúan a sí mismos más en el centroizquierda o izquierda. Además, se ha apuntado también a un determinado tipo de masculinidad, impulsora del capitalismo industrial y financiero depredador del medioambiente, como central en la construcción de la identidad anticlimática (Hultman y Pulé, 2018).

También ha quedado clara la necesidad de observar a los componentes de estos movimientos obstruccionistas, en Estados Unidos y Europa y allí donde se ubiquen, de forma global. Observados individualmente, al prestar atención a individuos u organizaciones concretas, se nos escapan las estructuras y arquitectura compleja de las relaciones que los vinculan entre ellos y que permite que, a veces con pocas voces, se produzca una considerable y muy efectiva resonancia de las ideas por causa de las redes discursivas que se tejen entre estas organizaciones, sus líderes, los medios de comunicación afines y otros actores políticos, económicos y sociales alineados con sus ideas.



El análisis de los *think tanks* implicados en el obstruccionismo climático nos ha llevado, como decíamos, a una triple comprensión, además. En primer lugar, la investigación ha demostrado que no es exacto ni quizás lo más adecuado llamar «negacionista» al movimiento anticlimático. Ello es así, por un lado, por el significado estricto de «negacionismo». Para la Real Academia Española, por ejemplo, el negacionismo es una «actitud que consiste en la negación de determinadas realidades y hechos históricos o naturales relevantes, especialmente el Holocausto». En inglés, el *Free Dictionary* define *denialism* como «a person who refuses to accept something that is regarded as an established fact: a Holocaust denialist» (*una persona que rechaza aceptar algo que es considerado un hecho establecido: un negacionista del Holocausto*). Precisamente esta asociación del término «negacionismo» al Holocausto ha hecho que un número considerable de investigadores prefiera no usar este término para la obstrucción a la lucha contra el calentamiento global actual, que no es ni histórico ni natural. Mientras que, en castellano, al menos en España, el término «negacionista» es el más usado con respecto a la oposición a la acción climática, los investigadores críticos de los Estados Unidos y el Reino Unido han sido mucho más precisos, sustituyendo este calificativo por otros como «climaescépticos», «opositores» o «los que están en contra» (*contrarians*), los que «contraargumentan» y el «contramovimiento» (*counter-movement*) o simplemente «los que obstruyen» la acción climática, entre otras posibilidades.

Estas precisiones son muy acertadas porque dentro de este gran cajón de opositores hay una gran variedad de grados y motivos: están los que rechazan que exista cambio climático, los que no lo rechazan pero rechazan que sea antropogénico, los que no rechazan ni lo uno ni lo otro pero rechazan que conozcamos cómo de grave es, los que sí creen que lo sabemos y rechazan que sea grave, los que aceptan que es grave pero creen que las políticas de acción climática solo empeoran la solución o los que directamente consideran que el calentamiento global es beneficioso para el planeta y la humanidad. La lista anterior incluye a menudo rechazar que exista consenso científico al respecto del cambio climático y rechazar que el panel intergubernamental sobre cambio climático (IPCC) tenga legitimidad. Algunos actores anticlimáticos además han experimentado una evolución argumental, variando el grado y tipo de argumentación

con el paso del tiempo (pasando, por ejemplo, de negar el cambio climático a negar su severidad) mostrando, pues, además, que los posicionamientos no son estáticos. De modo que la variedad de tipo y grado de contraargumentos impide que el término «negacionismo» los represente por igual a todos (o quizás a ninguno si queremos evitar comparaciones con el Holocausto judío).

Al mismo tiempo, la investigación ha revelado que no todos los actos de escepticismo con respecto al cambio climático implican el mismo tipo de negación. Es fácil observar que la lista anterior de obstrucciones hace referencia esencialmente a dos tipos de negación, concretamente las que el sociólogo sudafricano afincado en el Reino Unido Stanley Cohen denominó como negación *literal* y negación *interpretativa* (2000). Es decir, esa lista de argumentos del párrafo anterior incluye negar hechos probados (el cambio climático, su gravedad, el consenso científico...), que sería la negación literal; y negar la explicación que se infiere de esos hechos, que sería la negación interpretativa (que el calentamiento global actual es causado por la actividad humana, principalmente). Sin embargo, hay un tercer tipo de negación, también propuesta por Cohen para los estados de negación en general, generalmente omitida de los análisis del obstruccionismo climático. Se trata de la negación *implicatoria*: aquella que niega las implicaciones de esos hechos (que aquí tendrían que ver en especial con los cambios de conducta que los humanos deben afrontar si fueran consecuentes).

Lo sorprendente de este último tipo de negación, implicatoria, es que no es propia solo del movimiento considerado como climaescéptico, sino que está extendido transversalmente en toda la sociedad (Almiron, 2020). Es una negación pasiva, no explícita, pero es una obstrucción, al fin y al cabo. Negar las implicaciones del cambio climático es lo que ha impedido que en Europa se avance realmente en materia de política climática, a pesar de ser una de las regiones del planeta donde sus habitantes están más concienciados del impacto de la humanidad sobre el planeta y su clima. De modo que la investigación nos ha demostrado que, en realidad, los que mantienen algún grado de obstruccionismo son muchos más de lo que hemos venido en llamar el contramovimiento climático. Esta es una afirmación nada banal y que hemos constatado al estudiar, por ejemplo, el tema del impacto medioambiental y climático de la agri-

cultura animal y los alimentos de ella derivados. Veremos este caso en el último apartado de este capítulo.

Lo anterior es importante para asignar responsabilidades de forma justa, algo de lo que ya nos han advertido repetidamente los investigadores anglosajones, en especial los estadounidenses, con respecto a los *think tanks* y el cambio climático incluso para la negación literal e interpretativa. Si bien es cierto que algunos *think tanks* han tenido un papel clave en retrasar y obstaculizar la acción climática en los Estados Unidos, la estructura del obstruccionismo es mucho más amplia que eso e incluye a una larga lista de actores: corporaciones y asociaciones comerciales, coaliciones y grupos de interés, agencias de relaciones públicas, grupos activistas de falsa bandera, filántropos y fundaciones conservadoras, algunos científicos, medios de comunicación y políticos conservadores y algunos blogueros (Dunlap y Brulle, 2020). En Europa, también hemos podido identificar que los *think tanks* obstruccionistas no están solos, están al menos conectados con el movimiento neoliberal y con el contramovimiento estadounidense, además de contar también con periodistas y blogueros afines.

En síntesis, del mismo modo que es incorrecto considerar que todos los *think tanks* son herramientas de propaganda y lobby, igual de incorrecto es considerar que toda la culpa del obstruccionismo climático recae sobre los *think tanks* negacionistas, escépticos, opuestos o simplemente contrarios a la acción climática, según a quién observemos. No solo hay más actores sociales implicados, sino también los *think tanks* activistas por el clima han contribuido de algún modo al obstruccionismo. La oposición a avanzar en políticas climáticas reales es un fenómeno complejo que merece ser abordado sin dualismos simplistas. En realidad, es un fenómeno tan complejo que, para empezar, muchos de los *think tanks* implicados ni siquiera merecen la consideración de *think tank*.

Analizamos a continuación a los *think tanks* involucrados en diseminar discurso sobre el calentamiento global en Europa, para evaluar en qué medida constituyen o no organizaciones merecedoras de este calificativo. Para ello aplicaremos nuestros dos criterios propuestos: capacidad de generar conocimiento y análisis experto, por un lado, y contribución al bien común, por el otro.

## *Think tanks* obstruccionistas<sup>2</sup>

En primer lugar nos ocupamos de los abiertamente contrarios a la acción climática. Se trata este de un grupo reducido de *think tanks* pero que ha sido identificado como muy activo en diseminación de mensajes contrarios a la acción climática en distintos países de Europa. La lista que hemos estudiado incluye al Austrian Economic Centre-AEC (Austria), el Institut Économique Molinari-IEM (France), el Europäisches Institut für Klima und Energie-EIKE (Alemania), el Instituto Juan de Mariana-IJM (España), el Liberales Institut-LI (Suiza), el Centre for Policy Studies-CPS (Reino Unido), el Institut of Economic Affairs-IEA (Reino Unido) y la Global Warming Policy Foundation-GWPF (Reino Unido). No son los únicos clima-escépticos en Europa, pero sí los más importantes y representativos del tipo de *think tank* obstruccionista que encontramos en esta región del mundo.

### ¿Producen conocimiento/análisis experto?

Lógicamente, descartar la producción de estas organizaciones obstruccionistas solo porque de entrada ya sabemos que son obstruccionistas no es objetivo. Tampoco lo es descartar su capacidad de producción de conocimiento por su ideología. Para valorar la capacidad de generar conocimiento y análisis experto de los *think tanks* proponíamos seis variables: Focalización en conocimiento y análisis, producción experta propia, desarrollo de ideas, especialización, independencia intelectual y organización y pensamiento inclusivo. Nos centraremos solo en algunas de ellas, puesto que basta con la ausencia de algunas para reflejar debilidad analítica o falta de capacidad en general.

Para empezar, solo dos de las organizaciones identificadas como obstruccionistas están especializadas en temas climáticos —la alemana EIKE y la británica GWPF—, el resto son multitemáticas con predominio de análisis económico. Por lo tanto, a priori el resto de las organizaciones no son expertas en temas ambientales o de cambio climático y solo la creación

---

2 Este apartado está basado en los resultados en Almiron, Boykoff, Narberhaus y Heras (2020) e incluye además datos no publicados de esta investigación.

de grupos de trabajo *ad hoc* justificaría poder proporcionar conocimiento y análisis experto al respecto. Para examinar este aspecto es útil observar su producción pública accesible a través de su página web.

La producción relativa a la crisis climática entre 1994 y 2018 de este grupo de *think tanks* muestra claramente que solo algunas de estas organizaciones tienen realmente capacidad de generar conocimiento y análisis. Como puede verse en la tabla 3, en realidad, la mayoría dedican gran parte de su producción a opinar o a compartir opiniones de otros. Algunas lo hacen al 100 %. Es el caso del *think tank* español Instituto Juan de Mariana y del Austrian Economic Centre. En estos dos casos, toda su aportación relacionada con el cambio climático son artículos de opinión. Otras, lo hacen casi por completo, como el CPS con un único informe directamente relacionado con el cambio climático.

En realidad, solo la GWPF tiene producción propia relevante, con un 46 % de toda su producción en forma de informes realizados por investigadores colaboradores de la organización. EIKE, LI, IEA y IEM también tienen producción propia en forma analítica, pero en muy menor grado.

Es chocante, no obstante observar, que la organización que mayor producción ofrece, la GWPF, no declara tener empleados (solo nueve patronos y un voluntario en 2020), y por lo tanto, no dispone de equipos de investigación propios en realidad sino de colaboradores individuales externos. Mientras que por ejemplo la IEA, probablemente el *think tank* de mayor presupuesto del grupo (1,4 millones de libras en gastos en 2019) y que declara tener en 2019 a 11 patronos y 19 empleados, no muestra gran capacidad de producción analítica experta.

La conclusión es, pues, clara, al menos con respecto a la información pública disponible en sus webs. Si atendemos a la capacidad de generar análisis experto, de estas ocho organizaciones obstruccionistas solo GWPF se dedica de forma central a generar producción de carácter analítico —aunque no tiene en realidad un equipo de investigadores interno—. El resto, incluso en el caso de EIKE que está especializada en el ámbito, dedican un mayor esfuerzo cuantitativo a generar documentos ubicados en el género de la opinión o lo dedican por completo. Es obvio que los textos de opinión son de interés para reflejar y diseminar la perspectiva de los expertos, pero este tipo de textos deben ir acompañados de

producción analítica con actitud científica para que podamos considerar que la organización tiene capacidad de generar conocimiento experto, según la propuesta que hacemos aquí.

TABLA 3  
 PRODUCCIÓN SOBRE CAMBIO CLIMÁTICO DE THINK TANKS CONTRARIOS  
 A LA ACCIÓN CLIMÁTICA EN EUROPA (1994-2018)\*

	<i>Noticias, opinión, posts</i>	<i>Informes propios</i>	<i>Comentario</i>	<i>Especialización en CC</i>
AEC	100%	No	No tiene producción (pública al menos) de informes propios.	No
CPS	83,33%	Sí	Tiene un informe propio público en su web.	No
EIKE	68,28%	Sí	Su producción incluye un 21% de informes que en su inmensa mayoría son propios.	Sí
GWPF	48,11%	Sí	Su producción incluye un 46% de informes propios.	Sí
IEA	82,08%	Sí	Su producción incluye un 17% de informes que en su inmensa mayoría son propios.	No
IEM	87,5%	Sí	Su producción incluye un 13% de informes propios.	No
JDM	100%	No	No tiene producción (pública al menos) de informes propios.	No
LI	73,23%	No	Su producción incluye un 17% de informes producidos por redes de climaescépticos (ya desaparecidas) en las que LI participaba.	No

\* Publicaciones accesibles en su web desde el buscador de la misma. No todas las organizaciones publican textos sobre cambio climático durante esta horquilla de tiempo, el periodo indicado abarca desde la primera publicación localizada hasta la más reciente considerando a todos los *think tanks* en su conjunto.

Fuente: Datos recabados en el marco del proyecto THINKClima.

En los casos en que dedican el 100% de la producción a textos opinativos —Juan de Mariana y Austrian Economic Center— esto descalificaría como *think tanks* a estas organizaciones, que funcionarían más como aparatos de relaciones públicas o propaganda política, al menos para el caso

del cambio climático. En el caso de los que dedican un esfuerzo muy mayoritario a diseminar opinión antes que análisis, cabe la posibilidad también de considerar que poseen un perfil débil como *think tank*.

### ¿Contribuyen al bien común?

Para examinar si estas organizaciones contribuyen de algún modo al bien común hemos propuesto los principios rawlsianos de garantizar los mismos derechos y libertades básicos a todas las personas y a que personas con talentos y motivaciones similares tengan oportunidades similares, mientras que las desigualdades solo se toleren si benefician a las personas más desfavorecidas. Para medir esto proponíamos cuatro indicadores: verificar si la organización está al servicio de las élites, si fiscaliza al poder, si atiende a las problemáticas sociales y si sus aportaciones contribuyen a desescalar los conflictos. Al igual que con el parámetro anterior, no necesitamos hacer un análisis exhaustivo de cada una de estas variables, pues con que no se apliquen alguna de ellas ya es problemático.

Analizamos a continuación algunos aspectos de estas organizaciones que pueden ofrecer luz sobre estos indicadores, descartando ya de esta lista a las que no tienen ninguna producción analítica —Instituto Juan de Mariana y Austrian Economic Centre—, y que, por lo tanto, ya quedan fuera del perfil de *think tank* tal y como lo hemos definido aquí.

En primer lugar, las tres organizaciones británicas —CPS, GWPF e IEA— son sin duda los tres *think tanks* obstruccionistas más relevantes de nuestra lista y de Europa. Las tres son miembros de lo que algunos han llamado la red Tufton Street, por la calle de Londres donde tienen o tuvieron oficinas muchos de los principales grupos de campaña y *think tanks* a favor del Brexit del Reino Unido. Las tres organizaciones presionaron de hecho fuertemente por un Brexit duro en su momento.

El Institute of Economic Affairs es el más veterano de los tres. Fue creado en 1955 por Anthony Fisher, profundamente influido por las ideas de Friedrich von Hayek, no solo en lo político, sino también en lo estratégico, en la necesidad de combatir al socialismo con herramientas como los *think tanks*. Fisher fue un emprendedor que se hizo millonario introduciendo en las granjas británicas la explotación intensiva de gallinas en jaulas, que había descubierto en los Estados Unidos. El IEA está asociado a la

Nueva Derecha y en 2021 afirmaba en su web «promover la difusión del pensamiento de libre mercado», al considerar que es en este dónde se encuentra la solución a todos los problemas. Su alineamiento con la cosmovisión neoliberal es, pues, clara y se ha dicho de este centro que el giro radical que dio a las políticas públicas en el Reino Unido Margaret Thatcher se debió más a este *think tank*, y a Fisher, que a cualquier otra causa.

El Centre for Policy Studies (CPS), creado en Londres en 1974, fue cofundado por Sir Keith Joseph, Alfred Sherman y Margaret Thatcher para desafiar el consenso keynesiano de la posguerra y defender el liberalismo económico en Gran Bretaña. En 2021 se describía a sí mismo en su web como «el principal grupo de expertos de centroderecha de Gran Bretaña» con la misión de desarrollar «una nueva generación de pensamiento conservador, construido en torno a la promoción de la empresa, la propiedad y la prosperidad». CPS es considerado uno de los dos *think tanks* más influyentes del Reino Unido, junto con el IEA.

Finalmente, de esta triada de *think tanks* británicos, el Global Warming Policy Foundation (GWPF) es una organización creada en 2009 por Nigel Lawson, exministro de Hacienda (1983-1989) con Margaret Thatcher. GWPF es considerada la voz líder del Reino Unido en los medios de comunicación para la negación del cambio climático —por su considerable visibilidad mediática—. Su nacimiento se considera un intento de réplica literal de las organizaciones obstruccionistas de Estados Unidos. El GWPF está especialmente preocupado por los costes de las políticas de lucha contra el cambio climático, que observan con enorme escepticismo y consideran están promovidas por un alarmismo irracional.

Fuera del Reino Unido, la siguiente organización más antigua de este grupo es el Liberales Institut (LI), establecido en Zúrich, Suiza en 1979. Este *think tank* es un seguidor declarado de la Escuela Austriaca de Economía —escuela de pensamiento económico caracterizada por su fuerte crítica a las teorías económicas neoclásicas, marxistas, keynesianas y monetaristas y la defensa de lo que denominan «la ciencia económica del libre mercado»—. LI se describía en 2021 a sí mismo en su web como dedicado a «la investigación y difusión de las ideas de libertad».

El siguiente, según su fecha de creación, es el Instituto Français Économique Molinari (IEM), fundado en 2003. A pesar de su declaración de



tener oficinas en París, Bruselas y Montreal, se trata de un centro de muy pequeña envergadura que lleva el nombre del economista belga Gustave de Molinari (1819-1912). A Molinari se le atribuye el mérito de ser uno de los primeros defensores de las ideas anarcocapitalistas en Europa, que inspiraron a los libertarios estadounidenses. El IEM promueve un «Día de la Libertad Fiscal» en Francia, siguiendo al padre del neoliberalismo económico Milton Friedman, quien relanzó la idea en la década de 1980 en Estados Unidos.

Por último, el Europäisches Institut für Klima und Energie (EIKE) de Alemania fue fundado en 2007 por Holger J. Thuss, un editor y activista conservador. EIKE trabaja en estrecha colaboración con el partido populista de derecha Alternativa para Alemania (AfD) y está muy bien conectado con el movimiento contra el clima de EE. UU.

Puede argumentarse que, desde el punto de vista de la contribución al bien común, el hecho de convertir el libre mercado en dogma inhabilita al neoliberalismo que promueven todas estas organizaciones. Ello es así no solo por las muchas muestras que ha dado la aplicación dogmática del libre mercado de perjudicar, en lugar de promover, la igualdad de derechos y oportunidades de las personas. Esta defensa las inhabilita, también, porque mantener ideas dogmáticamente, considerándolas cuestiones indiscutibles e innegables de partida, no es la actitud que permite progresar y, para nosotros aquí, supone descentrar la prioridad de lo que es el bien común, entendido como el liberalismo igualitario de Rawls —los derechos y libertades básicos de las personas son innegociables, no pueden sacrificarse para conseguir objetivos globales, como la libertad de mercado—. La libertad de mercado puede funcionar en algunas ocasiones para proteger libertades, pero aplicada de manera dogmática se convierte en un fin en sí mismo.

El problema mayor, sin embargo, de estas organizaciones, es que los argumentos o, mejor dicho, contraargumentos climáticos que promueven están perfectamente alineados con una serie de intereses elitistas. Es probable que este sea el motivo que les lleva a criticar cualquier medida que perjudique a las grandes industrias contaminantes y beneficie a los sectores energéticos alternativos y promueva el cambio profundo de hábitos entre la ciudadanía (que implica un cambio de consumos clave relacionados con la dieta, la movilidad, el crecimiento...). Estas organizaciones afirman que sus propuestas proporcionarán indirectamente un bien común, pero en

realidad hemos tenido décadas de neoliberalismo global para comprobar que esto, en la práctica, no es así. Por este motivo, si bien todas estas organizaciones cumplirían con el criterio de fiscalizar al poder, todas ellas lo hacen al servicio, directa e indirectamente, de los intereses de unas élites económicas relacionadas con el calentamiento global.

Esta protección de intereses elitistas queda igualmente reflejada en el financiamiento que reciben. El fundador de EIKE, por ejemplo, creó la delegación en Europa de CFACT, una organización de lobby estadounidense que ha recibido grandes sumas de dinero de ExxonMobil —gigante petrolero que también habría financiado al IEM—. El IEA ha recibido financiación de British Petroleum desde su nacimiento. La GWPF está financiada en gran parte por empresas estadounidenses que apoyan el obstruccionismo climático. El LI y el CPS son totalmente opacos en cuanto a su financiamiento, pero la capacidad financiera de este segundo para hacer lobby contra la acción climática y por el Brexit no pasa desapercibida y le ha merecido el calificativo de ser uno de los *think tanks* menos transparentes —junto al IEA— (Transparify, 2017).

De igual modo, aunque todas estas organizaciones justifican que sus ideas contribuyen indirectamente a mejorar los problemas sociales, ninguna de ellas se centra en estos problemas ni en desescalar tensiones, más bien al contrario, en este último aspecto. Que la ciencia puede equivocarse, y lo hace, y está en permanente evolución y necesidad de verificación constante es evidente. La crítica debe ser siempre bienvenida, incluso cuando parece haber consensos más amplios (recordamos de nuevo a Leslie, 2021). Sin embargo, la crítica realizada por estos *think tanks* a la lucha contra el calentamiento global incorpora una abundante retórica de hostilidad verbal, ataques *ad hominem* y equiparaciones divisivas (que polarizan). Esta crítica no constructiva está dirigida contra los políticos, activistas y medios de comunicación que promueven la lucha climática y es del todo acientífica tanto en los Estados Unidos como en Europa. Es decir, que prescinde de la argumentación científica. Esto también pudo comprobarse con la retórica pro-Brexit, que ha sido profundamente excluyente.

En síntesis, el grupo de organizaciones que hemos analizado aquí como destacadas obstructoras de la acción climática en Europa pueden ser consideradas en su gran mayoría técnicamente *think tanks* farsantes con respecto a lo que aportan a la discusión climática. La mayoría no tienen

capacidad relevante para generar análisis experto y cuando la tienen su contribución al bien común difícilmente puede ser validada por ninguno de nuestros indicadores objetivos. Por este motivo, estas organizaciones no deberían ser consideradas *think tanks* sino meros lobbies o propagandistas políticos maquillados de institutos de investigación.

En nuestra opinión, y esta es la principal contribución del modelo que proponemos, el principal problema de estas organizaciones no es su ideología. Al fin y al cabo, los *think tanks* son esencialmente organizaciones que promueven ideas y es del todo incorrecto descalificar de forma automática una idea solo porque disentimos de ella (o porque ni siquiera la consideramos una idea). En realidad, la disidencia intelectual es esencial para la toma de decisiones óptimas, como hemos ido repitiendo a lo largo de este texto; pero debe ser una disidencia constructiva, basada en confrontar conocimiento científico, no en escalar el conflicto ideológico. De hecho, incluso en consensos amplios como en el caso del calentamiento global antropogénico actual, es esencial prestar atención a las ideas contrarias y hacerlo con la mente abierta, pues pueden ser de enorme utilidad para detectar puntos débiles en nuestros argumentos o, incluso, identificar problemas relevantes en nuestras creencias —recordemos que el espíritu científico no tiene nada que ver con la defensa estática de ideas, sino con la permanente mejora de lo que sabemos—. Esto es válido para todo el mundo, contrarios, por supuesto, pero también activistas de la acción climática.

Lo que aporta nuestra propuesta es que, independientemente de la ideología de estas organizaciones y del nivel científico de sus aportaciones, ninguna de ellas satisface los indicadores necesarios para ser considerada técnicamente un contribuidor de análisis y conocimiento experto por el bien común (es decir, un *think tank*): bien porque solo o básicamente generan opinión (cinco de los ocho *think tanks* observados), bien porque su análisis experto (GWPF, EKE o IEA) está demasiado vinculado a las élites contaminantes, fiscaliza al poder al servicio de estas, no se centra en los problemas sociales y escala el conflicto en lugar de centrarse en la discusión científica.

Hasta aquí, el análisis más elemental y visible, por tratarse del relacionado con los (mal llamados) *think tanks* explícitamente obstruccionis-

tas de la acción climática. Pero la validación de los *think tanks*, como organizaciones con capacidad de análisis experto que contribuyen al bien público, también revela carencias importantes en los *think tanks* no sospechosos de promover la inacción climática. A esto se dedica el siguiente y último apartado de este texto, que concluye con un ejemplo paradigmático.

### *Think tanks* no obstruccionistas<sup>3</sup>

En Europa hay casi tres millares de organizaciones catalogadas como *think tanks*, según el ranquin de la Universidad de Pensilvania en 2020 —más de 500 de ellos solo en el Reino Unido—. Sin embargo, solo poco más de dos centenares son mencionados como los más influyentes en este ranquin —entre ellos siete de los anteriores ocho obstruccionistas—. El resto de esas casi 200 organizaciones no niegan la crisis climática, ni sus causas ni sus efectos. Para evaluar su contribución a la discusión climática, a todos ellos los sometimos a una prueba de negación de nivel implícito.

Como es sabido desde hace décadas, la agricultura animal, y por extensión la dieta basada en animales, es una de las principales causas de emisión de gases de efecto invernadero en el planeta. Jeremy Rifkin lo anticipó de forma pionera en 1992, mucho antes de que lo hiciera la FAO (Food and Agriculture Organization) en 2006 (Steinfeld *et al.*, 2006), que es cuando el vínculo empieza a ser conocido para la opinión pública. Desde entonces, una larga lista de estudios ha confirmado el impacto y expandido nuestro conocimiento al respecto —tanto de organismos gubernamentales como no gubernamentales e investigadores independientes—. Los datos han revelado que el problema es tanto de la explotación intensiva como de la extensiva, a pesar de que esta última tiende a verse de forma bucólica. La cruda realidad es que en ambas explotaciones hay sufrimiento animal y contaminación ambiental, si bien en distinto grado y de distinto tipo.

---

3 Este apartado está basado en Almiron, Rodrigo-Alsina y Moreno (2021).

La industria agroalimentaria ha intentado neutralizar este impacto mediante diversos contraargumentos. Entre ellos encontramos, por ejemplo, señalar la importancia de los desechos animales para mantener las tierras agrícolas en buen estado y afirmar que es posible explotar de forma sostenible a los animales mejorando la gestión de desechos y la tecnología alimentaria. Sin embargo, con respecto al primer argumento, la misma agroindustria se contradice, pues ella misma ha demostrado que es posible cultivar alimentos sin usar estiércol; los alimentos se pueden producir usando fertilizantes a base de plantas o incluso sin suelo, a través de nutrientes líquidos en cultivos hidropónicos. Por otro lado, el argumento a favor de una explotación sostenible implica una fe ciega en la (futura) tecnología como solución a todo y, por supuesto, deja sin resolver la cuestión ética de la explotación de animales que son seres sensibles. Solo la carne *in vitro* parece permitir una verdadera abolición de la agricultura animal tal como la conocemos hoy, aunque todavía no está claro si esta es realmente una opción sostenible o ética. Asimismo, los cambios de un tipo de alimento de origen animal a otro (dejar de comer vaca para pasar a comer pollo o peces de acuicultura, por ejemplo) se topan con el mismo problema que el paso de sistemas intensivos a extensivos; una vez analizados en profundidad, queda bastante claro que no son una solución, sino parte del problema. Todos estos cambios tienen más inconvenientes que beneficios; incluido, por ejemplo, el tremendo impacto en la deforestación y la erosión de los sistemas extensivos, además de las emisiones de metano y de CO<sub>2</sub> en ambos.

Lo que sabemos con bastante certeza hoy es que aproximadamente el 23% de las emisiones antropogénicas totales de gases de efecto invernadero se derivan de la agricultura, la silvicultura y otros usos de la tierra, y que la inmensa mayoría de la actividad relacionada con estas emisiones es la producción de alimentos de origen animal (IPCC 2019). Por esta misma razón, el vínculo entre la dieta humana y el clima es un tema que merece la atención de cualquier actor interesado en discutir formas de reducir las emisiones y mitigar el calentamiento global, como es el caso de los *think tanks* no obstruccionistas que quieran hacer alguna aportación a la crisis climática.

Con este fin, después de descartar a las organizaciones sin aportaciones a la discusión sobre el cambio climático (incluyendo las que no ofre-

cían forma de buscar los contenidos en sus páginas web y las que no publicaban en inglés), el equipo de THINKClima encargado de esta investigación (Núria Almiron, Miquel Rodrigo-Alsina y Jose A. Moreno) construyó una lista de 110 *think tanks* en Europa que desde 1984 hasta 2019 habían publicado algún tipo de texto, de cualquier clase, opinativo o científico, mencionando a la dieta animal y al calentamiento global. En total se identificaron 1408 textos relevantes mencionando ambas variables. La pregunta de investigación era: ¿Establecían el vínculo dieta animal-crisis climática de algún modo los *think tanks* en esos textos? La respuesta fue sorprendente.

De todos los textos analizados, menos del 5 % (67 artículos) explicitaban el impacto de la dieta basada en animales sobre el clima de forma relevante (como asunto central al artículo) y un 13 % lo mencionaba de pasada. La inmensa mayoría de los textos se limitaba, pues, a incluir las dos variables en el texto —dieta basada en animales y crisis climática— sin conectarlas. La mayoría de las organizaciones autoras de esos textos estaban concentradas solo en dos países, Reino Unido y Alemania.

Dado que se había estudiado a un elevado número de organizaciones, que además eran las más relevantes y se habían examinado sin limitación temporal (incluyendo todos los textos localizables en sus webs, lo que implicaba una horquilla de tiempo de más de tres décadas), acabamos concluyendo que en lugar de producir conocimiento lo que los *think tanks* habían producido durante todos estos años era desconocimiento.

Este test implicatorio muestra que la inmensa mayoría de *think tanks* no obstruccionistas en Europa han contribuido a ocultar las implicaciones de nuestra aceptación de que existe una crisis climática causada por la humanidad. En la medida que el tema de la dieta afecta a los hábitos, no abordar el vínculo entre la dieta basada en animales y la crisis climática supone desatender una parte muy importante del problema, la que implica a nuestro comportamiento. Es, en definitiva, negar la implicación.

Este ejercicio nos ha permitido obtener una imagen de la capacidad de generar conocimiento experto para un número considerable de organizaciones. Las discusiones del impacto negativo de la dieta basada en animales sobre el planeta son principalmente producidas en Europa por organiza-

ciones especializadas,<sup>4</sup> pero también por *think tanks* multitemáticos.<sup>5</sup> Pero sorprende especialmente no haber encontrado artículos dedicados al impacto negativo de la dieta basada en animales sobre el clima en tres *think tanks* especializados en medio ambiente de la muestra: Center for Environmental Research (Alemania), International Center for Climate Governance (Italia) y el Stockholm Environment Institute (Suecia). Este último instituto sueco, está calificado con la máxima puntuación en 2016 y 2018, cinco estrellas, por la organización Transparify, que evalúa la transparencia de los *think tanks* con respecto a su financiación. La idea tras el análisis de Transparify es que, a mayor transparencia financiera, más independencia intelectual, y a menor transparencia, presuntamente más vínculos a esconder que minan la independencia investigadora. Es evidente, no obstante, que la transparencia financiera no siempre garantiza la mejor capacidad investigadora, como muestra el caso de este *think tank* sueco (los otros dos no forman parte de la muestra evaluada por Transparify) y de muchos otros de nuestro experimento que están muy bien puntuados por Transparify. Hasta 22 *think tanks* de nuestra muestra que no discuten la implicación que la crisis climática tiene en nuestra dieta estaban catalogados con cuatro o cinco estrellas por Transparify en 2018 (Transparify, 2018). Lo cual confirma la necesidad de tener más elementos en cuenta que la financiación de los *think tanks* para evaluar su credibilidad y prestigio, o su mera condición de *think tank*.

Como ejemplo final para concluir este libro y validar nuestro modelo, proponemos atender al caso de Chatham House. Este veterano *think tank*,

---

4 Basque Centre for Climate Change (España), Centre for Development and the Environment (Noruega), Centro Euro-Mediterráneo sui Cambiamenti Climatici (Italia), Ecologic Institute (Alemania), Environment for Development Initiative (Suecia), Institute du Développement Durable et Relations Internationales (Francia), Institute for European Environmental Policy (Reino Unido), Intergovernmental Panel on Climate Change (Suíza), International Institute for Environment and Development (Reino Unido), Postdam Institute for Climate Impact Research (Alemania) y Wuppertal Institute for Climate, Environment and Energy (Alemania).

5 Chatham House (Reino Unido), Economic and Social Research Institute (Irlanda), German Institute for Economic Research (Alemania), German Marshall Fund (Bélgica), Heinrich Böll Foundation (Alemania), International Institute for Applied Systems Analysis (Austria), Istituto Bruno Leoni (Italia) y Overseas Development Institute (Reino Unido).

referente de muchos otros *think tanks* por su reputación y prestigio, pero también ejemplo de organización muy conectada con las élites y los intereses nacionales de su país, es quién mayor atención presta de todos los *think tanks* estudiados al vínculo entre dieta y clima y lo hace con enorme diferencia cualitativa del resto a partir de 2014.

En esta fecha, Chatham House publica el informe *Livestock—Climate Change's Forgotten Sector: Global Public Opinion on Meat and Dairy Consumption* (Ganadería — El sector olvidado del cambio climático: Opinión pública mundial sobre el consumo de carne y lácteos) (Bayley, Froggatt and Wellesley, 2014). Se trata esta de una contribución de carácter académico que aporta una mirada en profundidad de lo que piensa la opinión pública internacional sobre el impacto de la dieta basada en animales en el clima, un informe que además aporta propuestas claras y relevantes para la acción política. Esta investigación se convierte desde su publicación en un referente de mención obligada para cualquier investigador sobre cambio climático y dieta, y refleja la capacidad de generar análisis experto de Chatham House en un tema climático clave y con enorme impacto en sectores económicos muy importantes.

Según el mismo informe de 2014 podemos comprobar que sus redactores son el director y dos investigadores del Energy, Environment and Resources Department de Chatham House es decir, un equipo interno de la casa —con la colaboración de expertos externos y la contratación de la encuesta a Ipsos MORI—. Chatham House es un *think tank* multitemático pero la energía y el medioambiente es uno de sus ámbitos de especialización. Está claramente focalizado al análisis y tiene una plantilla de investigadores y colaboradores cercana a las 200 personas. Por último, el carácter interracial, intergeneracional e internacional de sus investigadores y colaboradores (puede consultarse íntegramente en su web) apunta también a la inclusividad, al menos en apariencia. Se trata, pues, sin duda de una organización con capacidad de generar conocimiento y análisis experto propio, así como ideas y propuestas, y de hacerlo con una mirada amplia. La independencia intelectual aquí es patente en comparación con la omisión intelectual del resto de *think tanks* analizados. Pero ¿está esta capacidad de generar conocimiento orientada al bien común o responde a intereses concretos?

El informe de 2014 no solo nos informa de quienes han sido los investigadores encargados, sino también de la financiación. El trabajo se rea-



liza gracias a fondos recibidos por la Avatar Alliance Foundation y la Craig and Susan McCaw Foundation. Estas dos fundaciones se encuentran detrás de distintas iniciativas en distintos países para sensibilizar a la opinión pública con respecto del impacto medioambiental de la agricultura animal.

Avatar Alliance Foundation es una fundación privada creada en 2013 por el director de cine James Cameron, a través de la cual realiza filantropía principalmente en temas de cambio climático, políticas energéticas, deforestación, derechos indígenas, conservación de los océanos y agricultura animal. La Craig and Susan McCaw Foundation es una fundación filantrópica creada por el emprendedor de las telecomunicaciones Craig McCaw, convertido en millonario gracias a la telefonía móvil y dedicado a los servicios de ancho de banda inalámbricos posteriormente. Con esta fundación, los Craw se dedican a financiar proyectos educativos, medioambientales y de desarrollo económico.

Chatham House está a su vez financiada por una larga y diversa lista de donantes, hasta 200 en 2019-2020, que incluyen agencias gubernamentales, fundaciones privadas y empresas nacionales e internacionales. La lista es pública en su página web, donde se informa del rango de importe aportado por cada donante. Entre los donantes de rango intermedio están algunas de las principales empresas contaminantes en el mundo, entre ellas ExxonMobil, British Petroleum, Chevron o Royal Dutch Shell, así como fundaciones financiadas por fondos vinculados a los combustibles fósiles como la Stavros Niarchos Foundation (en este caso relacionada con el transporte de combustibles fósiles). Esta última fundación griega es de hecho el mayor donante individual, con diferencia, de Chatham House en 2019-2020 (con diez millones de libras de donación, el 62,5 % de todo el presupuesto de ese año).

Encontramos, pues, en Chatham House también como donantes a las élites contaminantes cuya financiación los *think tanks* obstruccionistas intentan ocultar. Pero aquí no son los únicos donantes, ni se ocultan. Quizás para evitar interferencias, las donaciones se asignan en Chatham House a proyectos concretos, para separar intereses en conflicto. Ciertamente, para el caso analizado no puede considerarse que la investigación esté al servicio de las élites, habida cuenta que problematiza uno de los sectores económicos más importantes (sector agrícola directamente y sector de los combustibles fósiles indirectamente) y está financiada por donantes no vinculados

a industrias que obtengan un beneficio directo del cambio de sistema alimentario que el informe reclama. El informe de 2014 sobre la opinión pública no supone, por otro lado, una fiscalización del poder político, pero guía a este en una dirección clara, atendiendo a los contundentes resultados y recomendaciones del informe.

Por último, la atención a los problemas sociales y la necesidad de trabajar para desescalar los conflictos forman parte del decálogo de objetivos que Chatham House explicita en sus memorias anuales. En el caso climático estudiado, el informe de 2014 incorpora el enfoque social y muestra una estrategia no conflictual, apuntando a beneficios económicos potenciales del cambio de dieta (para reducir los temores de las industrias implicadas en el cambio). En síntesis, estaríamos para este ejemplo climático, ante una motivación que podríamos denominar orientada al bien común.

El caso de Chatham House es paradigmático porque muestra que es posible producir análisis experto orientado al bien común contando con representación de casi todas las élites entre tus patrocinadores financieros —incluyendo a las élites económicas, políticas, militares, gubernamentales—. Esto puede no ser válido para todas sus contribuciones, pero muestra la necesidad de atender a más indicadores que simplemente la financiación y la ideología para poder evaluar la contribución real de un *think tank*.

En conclusión, podemos establecer, extrapolando el ejemplo de la obstrucción climática, que no todas las organizaciones que se presentan a sí mismas como *think tanks* lo son, según la definición normativa de *think tank* que hemos propuesto aquí. Un número considerable de *think tanks* son en realidad lobbies o propagandistas políticos, mientras que otro número relevante de organizaciones no tienen recursos para hacer una contribución significativa. Es posible distinguirlas atendiendo a si generan conocimiento experto y analizando si con ello promueven intereses particulares o públicos, si mantienen privilegios o promueven la igualdad inclusiva y diversa, si defienden una ideología o manipulan ideológicamente.

Sin conocimiento experto, un *think tank* es un mero instrumento de influencia o incluso de propaganda, o simplemente un actor incapaz de identificar y afrontar las cuestiones complejas. Sin orientación al bien común, el conocimiento experto puede tener resultados desastrosos.

Las distintas motivaciones, capacidades y contribución de estas organizaciones hacen que sea imposible para los expertos encontrar una definición común a los *think tanks*. Aquí hemos defendido que precisamente estas motivaciones, capacidades y contribución es lo que nos permiten distinguir entre un *think tank* experto, que informa el debate, y una organización que no informa la discusión o incluso la desinforma, constituyendo solo una impostura de *think tank*.



## BIBLIOGRAFÍA

- ABELSON, Donald E. (2001). *Do Think Tanks Matter? Assessing the Impact of Public Policy Institutes*. Montreal, McGill-Queen's University Press.
- ABELSON, Donald E. (2006). *A Capitol Idea. Think Tanks and US Foreign Policy*. Montreal, McGill-Queen's University Press.
- ALMIRON, Núria (2020). «Rethinking the ethical challenge in climate change lobbying: a discussion of ideological denial», en N. Almiron y J. Xifra (eds.): *Climate Change Denial and Public Relations. Strategic Communication and Interest Groups in Climate Inaction*. Londres, Routledge, pp. 9-25.
- ALMIRON, Núria, y Jordi XIFRA (eds.) (2020). *Climate Change Denial and Public Relations. Strategic Communication and Interest Groups in Climate Inaction*. Londres, Routledge.
- ALMIRON, Núria, Maxwell BOYKOFF, Marta NARBERHAUS y Francisco HERAS (2020). «Dominant counter-frames in influential climate contrarian European think tanks», *Climatic Change* 162(4): 2003-2020.
- ALMIRON, Núria, Miquel RODRIGO-ALSINA y Jose A. MORENO (2021). «Manufacturing ignorance: Think tanks, climate change and the animal-based diet», *Environmental Politics*, DOI: 10.1080/09644016.2021.1933842.
- BAYLEY, Bob, Antony FROGGATT y Laura WELLESLEY (2014). *Livestock — Climate Change's Forgotten Sector: Global Public Opinion on Meat and Dairy Consumption*. Londres, Chatham House.
- BLANC, Robert Carl (2003). *From Thatcher to the Third Way. Think-Tanks, Intellectuals and the Blair Project*. Stuttgart, Ibidem-Verlag Haunschild.

- BOUCHER, Stephen (2020). *Les think tanks: Cerveaux de la guerre des idées*. París, Éditions du Félin.
- BRULLE, Robert J. (2014). «Institutionalizing delay: foundation funding and the creation of U.S. climate change counter-movement organizations», *Climatic Change* 122: 681-694.
- BRULLE, Robert J. (2020). «Denialism: organized opposition to climate change action in the United States», en D. Konisky (ed.): *Handbook of U.S. Environmental Policy*. Northampton, Edward Elgar Publishing, pp. 328-341.
- BUSCH, Timo, y Lena JUDICK (2021). «Climate change—that is not real! A comparative analysis of climate-sceptic think tanks in the USA and Germany», *Climatic Change* 164(18). <<https://doi.org/10.1007/s10584-021-02962-z>>.
- C-SPAN. (1984). «Edwin Feulner talked about the Heritage Foundation, a conservative think tank». 20 diciembre, <<https://www.c-span.org/video/?124892-1/heritage-foundation>>.
- CASTILLO ESPARCIA, Antonio, y Emilia SMOLAK LOZANO. (2017). *Lobbies y Think tanks. Comunicación Política en la Red*. Barcelona, Gedisa.
- COCKETT, Richard (1995). *Thinking the Unthinkable: Think-tanks and the Economic Counter-revolution, 1931-83*. Nueva York, Fontana Press.
- COHEN, Gerard A. (2011). *On the Currency of Egalitarian Justice, and Other Essays in Political Philosophy*. Princeton, Nueva Jersey, Princeton University Press.
- COHEN, Stanley (2000). *States of Denial. Knowing About Atrocities and Suffering*. Cambridge, Polity Press.
- DENHAM, Andrew, y Mark GARNETT (1998). *British Think Tanks and the Climate of Opinion*. Londres, UCL Press.
- DENHAM, Andrew, y Diane STONE (2004). *Think Tank Traditions: Policy Research and the Politics of Ideas*. Manchester, Manchester University Press.
- DUNLAP, Riley E., y Peter J. JACQUES (2013). «Climate change denial books and conservative think tanks: exploring the connection». *American Behavioral Scientist* 57(6): 699-731.
- FARRELL, Justin (2016). «Network structure and influence of climate change countermovement». *Nature Climate Change* 6(4): 370-374.
- HEYWOOD, Andrew (2012). *Political Ideologies. An Introduction*. Londres, Palgrave.
- HULTMAN, Martin, y Paul M. PULÉ (2018). *Ecological Masculinities*. Londres, Routledge.
- JACQUES, Peter J., Riley E. DUNLAP y Mark FREEMAN (2008). «The organization of denial: conservative think tanks and environmental scepticism». *Environmental Politics* 17: 349-385.
- KLEIN, Naomi (2007). «Naomi Klein: From Think Tanks to Battle Tanks, “The Quest to Impose a Single World Market Has Casualties Now in the Millions”»,

- Democracy Now*, August 15. <[https://www.democracynow.org/2007/8/15/naomi\\_klein\\_from\\_think\\_tanks\\_to](https://www.democracynow.org/2007/8/15/naomi_klein_from_think_tanks_to)>.
- LANDRY, Julien (2021). *Critical Perspectives on Think Tanks: Power, Politics and Knowledge*. Cheltenham, Edward Elgar Publishing.
- LENGLET, Roger, y Olivier VILAIN (2011). *Un pouvoir sous influence - Quand les think tanks confisquent la démocratie*. París, Armand Colin.
- LESLIE, Ian (2021). *Conflicted: How Productive Disagreements Lead to Better Outcomes*. Nueva York, Harper Collins.
- LI, Cheng (2017). *The Power of Ideas: The Rising Influence of Thinkers and Think Tanks in China*. Singapur, WSPC.
- MAHLER, Jonathan (2018). «How one conservative think tank is stocking trump's government». *The New York Times Magazine*, June 20: <<https://www.nytimes.com/2018/06/20/magazine/trump-government-heritage-foundation-think-tank.html>>.
- MCCRIGHT, Aaron M. (2007). «Climate contrarians», en S.C. Moser y L. Dilling (eds.), *Creating a Climate for Change: Communicating Climate Change and Facilitating Social Change*. Cambridge, Cambridge University Press, pp. 200-212.
- MCCRIGHT, Aaron M., y Riley E. DUNLAP (2010). «Anti-reflexivity: the American conservative movement's success in undermining climate science and policy», *Theory Culture Society* 26: 100-133.
- MCGANN, James G. (2007). *Think Tanks and Policy Advice in the United States: Academics, Advisors and Advocates*. Nueva York, Routledge.
- MCGANN, James G. (2016). *The Fifth Estate: Think Tanks, Public Policy, and Governance*. Washington, Brookings Institution.
- MCGANN, James G. (2021a). *The Future of Think Tanks and Policy Advice Around the World*. Cham, Switzerland, Palgrave Macmillan.
- MCGANN, James G. (2021b). «2020 Global Go To Think Tank Index Report». TTCSP Global Go To Think Tank Index Reports. 18. <[https://repository.upenn.edu/think\\_tanks/18](https://repository.upenn.edu/think_tanks/18)>.
- MCGANN, James G. (ed.) (2018). *Think Tanks and Emerging Power Policy Networks*. Cham, Suiza, Palgrave Macmillan.
- MCGANN, James G., y Erik C. JOHNSON (2005). *Comparative Think Tanks, Politics and Public Policy*. Cheltenham, Edward Elgar Publishing.
- MCGANN, James G., y R. Kent WEAVER (2009). *Think Tanks and Civil Societies. Catalysts for Action*. New Brunswick, Nueva Jersey, Transaction Publishers.
- MCGANN, James G., y R. Kent WEAVER (eds.) (2000). *Think Tanks and Civil Societies: Catalysts for Ideas and Action*. Sommerset, Nueva Jersey, Transaction Press.

- MCGANN, James G., Anna VIDEN y Julian RAFFERTY (2014). *How Think Tanks Shape Social Development Policies*. Filadelfia, University of Pennsylvania Press.
- MEDVETZ, Thomas (2012). *Think Tanks in America*. Chicago, University of Chicago Press.
- MENDUS, Susan (2017). «Contingency in political philosophy», en *Philosophia* 45: 477-486.
- NIBLETT, Robin (2018). «Rediscovering a sense of purpose: the challenge for western think-tanks», *International Affairs* 94(5): 1409-1430.
- ORESKE, Naomi, y Erik M. CONWAY (2010). *Merchants of Doubt. How a Handful of Scientists Obscured the Truth on Issues from Tobacco Smoke to Global Warming*. Nueva York, Bloomsbury.
- PARMAR, Inderjeet, y Shihui YIN (2020). «100 Years of Chatham House: A Century in the Service of Empire», *Wire*, 1 de octubre. <<https://thewire.in/world/chatham-house-100-years>>.
- PLEHWE, Dieter (2014). «Think tank networks and the knowledge–interest nexus: the case of climate change», *Critical Policy Studies* 8(1): 101-115.
- PLEHWE, Dieter, y Bernhard J. A. WALPEN (2006). «Between network and complex organization: The making of neoliberal knowledge and hegemony», en D. Plehwe, B. Walpen, y G. Neunhöffer (eds.): *Neoliberal hegemony: A global critique*. Londres, Routledge, pp. 27-50.
- PLEHWE, Dieter, Quinn SLOBODIAN y Philip MIROWSKI (eds.) (2020). *Nine Lives of Neoliberalism*, Londres, Verso <<https://www.versobooks.com/books/3075-nine-lives-of-neoliberalism>>.
- RAWLS, John (1999). *A Theory of Justice. Revised Edition*. Cambridge, Massachusetts, The Belknap Press of Harvard University Press.
- RICH, Andrew (2004). *Think Tanks, Public Politics and the Politics of Expertise*. Cambridge, Cambridge University Press.
- RIFKIN, Jeremy (1992). *Beyond Beef. The Rise and Fall of the Cattle Culture*. Nueva York, Dutton.
- ROVELLI, Carlo (2015). *La realidad no es lo que parece. La estructura elemental de las cosas*. Barcelona, Tusquets editores.
- RUSER, Alexander (2019). *Climate Politics and the Impact of Think Tanks: Scientific Expertise in Germany and the US*. Cham, Suiza, Palgrave MacMillan.
- SAGAHYE-BIRIA, Hakymeh (2019). *Elite American Think Tanks' Construction of Political Islam: Under the Grip of Orientalism and American Exceptionalism*. Sunnyvale, California, Lambert Academic Publishing.
- SHOUP, Lawrence H. (1991). *Wall Street's Think Tank: The Council on Foreign Relations and the Empire of Neoliberal Geopolitics*. Nueva York, Monthly Review Press.



- SMITH, James A. (1991). *The Idea Brokers: Think Tanks and the Rise of the New Policy Elite*. Nueva York, The Free Press.
- SOLL, Jacob (2017). «How Think Tanks Became Engines of Royal Propaganda», *Tablet*, 1 de febrero. <<https://www.tabletmag.com/sections/history/articles/think-tanks-jacob-soll-propaganda>>.
- STEFANCIC, Jean, y Richard DELGADO (1996). *No Mercy: How Conservative Think Tanks and Foundations Changed*. Filadelfia, Temple University Press.
- STEINFELD, Henning, Pierre GERBER, Tom WASSENAAR, VINCENT CASTEL, Mauricio ROSALES y Cees DE HAAN (2006). *La larga sombra del ganado. Problemas ambientales y opciones*. Roma, FAO.
- STONE, Diane (1996). *Capturing the Political Imagination: Think Tanks and the Policy Process*. Londres, Frank Cass.
- STONE, Diane, y Andrew DENHAM (2004). *Think Tank Traditions: Policy Research and the Politics of Ideas*. Manchester, Manchester University Press.
- STONE, Diane, Andrew DENHAM y Mark GARNETT (eds.) (1998). *Think Tanks across Nations: A comparative Approach*. Manchester, Manchester University Press.
- TRANSPARIFY (2017). *Think Tanks in the UK 2017: Transparency, Lobbying and Fake News in Brexit Britain*. Tbilisi, Transparify.
- TRANSPARIFY (2018). *How Has Think Tanks Transparency Evolved in 2018?* Tbilisi, Transparify.
- WEAVER, R. Kent (1989). «The changing world of think tanks». *PS: Political Science and Politics*, 22(3): 563-578.
- XIFRA, Jordi (2008). *Los think tanks*. Barcelona, UOC.



## INTRODUCTION

Thousands of organizations around the globe define themselves as think tanks or are defined as such by experts. However, there is such diversity among them that even the experts themselves cannot agree on an appropriate and objective definition to encompass them all. This is due to the fact that among what we call think tanks we find everything from centres of renowned prestige and independence, such as the Peace Research Institute (Norway), to extremely politicized organizations, such as FAES (Spain), or even ones with direct links to the media, such as the Al Jazeera Centre for Studies (Qatar). The public role that some think tanks have played in disseminating ideas that are harmful to the welfare state or the health of the public and planet—such as neoliberalism, militarism, denial that tobacco causes cancer or, more recently, obstructionism to climate action—bears no relation with the rigorous or even academic work of some think tanks that have become very important competitors to universities in terms of knowledge generation and expert analysis, as exemplified by Brookings (US) or Chatham House (UK). Other think tanks constitute unique reference resources in their fields today, such as Amnesty International (UK), which represents an essential source for global data on torture and the death penalty, for example. On the other hand, some of the most influential think tanks are the direct creations of commercial lobbies, as is the case of the European Food Information Council (EUFIC) (Belgium), an organization promoted by multinational

food and beverage companies to influence and regulate eating habits among Europeans.

Think tanks represent an undoubtedly complex phenomenon. But the cause of this complexity does not lie only with the object observed, the think tanks themselves, but also with their observers, the people who study or have opinions about these organizations. The analysis and literature on think tanks—which is growing at an unstoppable rate—can be seen to have contributed to adding complexity to the studied phenomenon. In our opinion, there are essentially five reasons for this, which are no longer only a problem in the research field, but can also be seen in the prevailing confusion among politicians, journalists, activists and citizens when it comes to think tanks.

The first reason that muddies understanding of the phenomenon, rather than adding clarity to it, is the human propensity to find global theories, which in practical terms leads us to generalize from specific cases. We are referring here to the tendency to analyse or judge the whole phenomenon while bearing in mind only specific types of think tank. When Naomi Klein stated that think tanks are “people who are paid to think by the makers of tanks” (2007), she was committing a fallacy of composition, by inferring that something is true about a whole only because it is true for some of the parts of that whole. Logically, her intention was not this, but rather to conduct a legitimate critique of some concrete think tanks (which were deserving of criticism); her hasty generalization confused more than it clarified, however.

The second reason that complicates analysis of the think tank phenomenon is a lack of transparency with respect to the ideological perspective of the analyst. Nobody ever approaches a phenomenon from a vacuum. In this case, it is done based on concrete visions of what democracy is, of how society should be organized, of how resources should be distributed, and of the value awarded to concepts such as justice, competitiveness or solidarity. Thus, for example, if one takes an egalitarian perspective, there may be a tendency to give prominence to the elitist character of think tanks, while if one starts out from a liberal or neoliberal position, it is easier to justify their existence with arguments relating to pluralism, democracy or freedom. The predominance of authors from the English-speaking world (mostly from the US and UK) in research on think

tanks has tended to normalize the liberal view, but without making it explicit, which can be problematic because it overlooks the omissions inherent in such a perspective—in this case, the problems of liberal democracy. It is therefore the analyst's lack of perspective regarding his or her own perspective that has practical consequences—for example, the non-problematization of patriarchal and anthropocentric capitalism at the root of Western and liberal values that drive the phenomenon of think tanks. It is a phenomenon whose origin and evolution cannot be completely explained without reference to the prevailing male dominance (mainly in terms of economics, academia, politics and the military). This detail is absent from most analyses, however.

The third reason for the confusion is specifically related to the *liberal* and *neoliberal* aspects mentioned earlier, which—in the absence of any further explanation—may be interpreted differently. That is to say, the third complication derives from the different use we make of language according to our cultural context. For example, what authors from the English-speaking world qualify as *liberal*, *independent* or *nonpartisan* does not always correspond to what most people in southern Europe understand by these concepts. To this we must add the nuances incorporated within (or forced into) different ideological labels, such as when in 1993 Edwin Feulner, then president of the Heritage Foundation, distanced himself from the label “right-wing”, considering it pejorative, and claimed that the organization was “conservative and proud of it” (C-SPAN, 1984)<sup>1</sup>.

The fourth reason that increases the complexity of the think tank phenomenon is how our own experience influences our perceptions. In the political culture of the US and UK, where think tanks were created, the prestige achieved by some of these organizations, in some cases centuries-old, necessarily influences their global analysis of the phenomenon.

---

1 A clarification in this regard: in this work, by *liberal* we refer to the classic concept, that of a movement that advocates tolerance and individual freedoms based on reason and emanates from what might be termed Enlightened thinking. We use the term *neoliberal* or *neoconservative* to refer to the conservative evolution of liberalism, in which the defence of the free market associated with liberalism becomes dogma: the dogma of the free market, of the defence of *laissez-faire* and radical individualism (see Heywood, 2012, for example).

Similarly, in countries with little culture of think tanks (due to a lack of adequate institutional and democratic context), as is the case in Spain, there is a very different perception of them. For example, if we take most of our students at Pompeu Fabra University, the word think tank either does not say anything to them or they associate it with political partisanship, due to the pre-eminence of think tanks affiliated with political parties in Europe (despite the fact that the oldest think tank in Spain—the CIDOB, or Barcelona Centre for International Affairs—can be found in Barcelona, where we are located, and that its model is inspired in nonpartisan US and UK think tanks).

And there is one final cause that adds complexity to the phenomenon rather than illuminating it, in our opinion. We have left it to last because it is central to the proposal we put forward in this book. When dealing with think tanks, as with any other social phenomenon, it is possible to adopt either a prescriptive or a descriptive approach. The former comprises a normative idea of what think tanks *should* be or what is seen as an *ideal*. The latter, the descriptive approach, is simply an attempt to explain what we actually see in reality (with all our biases, like the aforementioned four issues). The problem is that the literature is not always clear on this, and it may seem that the latter is being done when in fact it is the former. Consider, for example, the many definitions of think tanks that replicate the idea of think tanks as *independent organizations that enhance political action and contribute to democracy*. Obviously, this can only be considered an ideal if it is formulated as a general definition, since not all think tanks meet these criteria (clearly not all of those that appear in the ranking of the most influential think tanks in the world do so<sup>2</sup>). The confusion between a normative vision (what think tanks should be) and a purely descriptive one (what each of them are in their plural reality) is a constant in the think tank debate.

In our opinion, these five issues represent an added complication, and we will try to escape them as far as possible in this book. We will avoid generalization (we do not seek to provide any one definition of the whole

---

2 As can be seen in the Global Go to Think Index from the University of Pennsylvania programme Think Tanks and Civil Society, headed by James McGann (<https://www.gotthinktank.com>).

or to fragment it into more types), we will not take our own cultural reality as the norm, we will clearly define all the concepts that lend themselves to multiple interpretation, we will be transparent regarding our starting ideology (which is clearly critical but not reductionist) and, finally, we will be openly normative in our approach. With regard to the latter, this is actually our goal with this work. In this regard, our aim is not to theorize but to contribute an attitude and a method. The attitude we contribute is that pertaining to a critical vision, but not a trivial, generalizing or biased one. And to this end we offer a methodology that allows us to navigate this complex and diverse reality with precision and rigor.

The ultimate goal of our proposal is therefore fully practical in nature: we intend to provide tools to distinguish between those think tanks that make a legitimate contribution to society and those that do not. The thesis we defend here is that an in-depth knowledge of the issues, that is, expertise or expert knowledge, is what should really count when assessing the contribution of a think tank, rather than its ability to influence, its political alignment, ideological tendency or funding, for example. All that being said, generating knowledge to promote general interests is logically not the same as doing so to promote private interests, to maintain privileges or to reduce inequality, to defend an ideology or to manipulate ideologically. And of course, simply trying to impose ideas does not constitute knowledge or analysis. We have therefore added a guiding principle to our method: the need for this analysis and knowledge to be oriented towards the common good—which we will better define in due course but we understand as the need to balance freedom and equality, as proposed by John Rawls. What we suggest here is that the phenomenon of think tanks be approached from a non-elitist perspective and one focused on the general interest, providing a method that allows us to elucidate those who are legitimate actors and those who only appear to be, that is to say, to distinguish experts from impostors. This will be based on our view of the common good, which we understand may not be accepted by all, but does, we hope, attract a broad consensus.

The need for this text is justified, in our opinion, by the fact that think tanks have become political actors and, in recent decades, also front-line communicative actors. Although it is impossible to measure their true influence with any accuracy, there is unanimous agreement in the literature

regarding their ability to influence not only the political class but also the media and the general public. The literature provides numerous examples of the influence think tanks exert on political decision-making and the shaping of public opinion.<sup>3</sup> Their role within the frameworks of public relations and public affairs means that for many authors, including the respective authors of this text, these organizations can in some cases become even more effective interest groups than conventional lobbies. Getting an accurate picture of who is who in the world of think tanks is therefore essential if we are to distinguish between them; that is, if we are to identify who are the experts who use public relations to disseminate their contributions, and who are only experts in public relations, and disseminate ideas to protect interests (which may or may not be considered legitimate, but which do not include expert knowledge that contributes to optimizing political decisions for the common good).

With all of the above in mind, we suggest that the reader join us on a journey of exploration. First on what will comprise a quick and succinct tour—but one which aims to list all essential elements—through the genesis and history of think tanks. Second, through our formulation of a proposed method for evaluating think tanks' contribution based on expert knowledge dedicated to the common good. And third, through the last part of this book, which is dedicated to applying our proposal to a practical case: European think tanks' discussion of the climate crisis.

This book has resulted out of the knowledge obtained from the THINKClima research project<sup>4</sup>, which focused on European think tanks' discussion of the climate crisis. That is why the last chapter applies to this area. Through the THINKClima project we have been able to confirm that, in both Europe and the United States, the explicit

---

3 See for instance: Cockett (1995), Stefancic and Delgado (1996), Denham and Garnett (1998), Blanc (2003), Abelson (2006), Oreskes and Conway (2010), Lenglet and Vilain (2011), Boucher (2012), McGann, Viden and Rafferty (2014), Li (2017), Ruser (2019), Sagayhe-Biria (2019), Landry (2021).

4 Research project funded by the Spanish State Research Agency (AEI) and the European Regional Development Fund (ERDF) (CSO2016-78421-R), and by the Spanish Ministry of Science, Innovation and Universities (FPU18/04207).



obstruction of climate action (by groups that are sceptical of, contrary to consensus on or even literally deny global warming or its causes) is profoundly linked to conservative and neoliberal movements<sup>5</sup>. Probably more important, however, is that our research has also revealed the profound influence of patriarchal and anthropocentric ideology in all kinds of climate change denial—not just the literal, but the most widespread kind, denial of what the climate crisis actually entails, this affecting the majority of think tanks whatever their ideology, with few but relevant exceptions.

However, our experience in studying think tanks goes beyond the research that led to this book. The proposal we make here also reflects the experience of its authors after more than a decade in academic research on interest groups—on think tanks in general, and on their role in key aspects such as the 2007-2012 financial crisis or the defence of anthropocentrism to justify industries such as food or animal experimentation.

We must clarify that, although the exercise is intended to be a personal reflection by the two authors, logically we do not only refer to our own experience, but the work we have carried out as part of a team<sup>6</sup> and work addressing think tanks carried out by other authors that has influenced us in some way. If we do not mention more than a few of these authors in this book, it is simply to make the text more easily digestible for the reader, but we must express our debt to all of them.<sup>7</sup>

---

5 For more information check <https://www.upf.edu/ca/web/thinkclima>.

6 Here mention must go to all the researchers who have been part of THINKClima between 2017 and 2021 or have collaborated on it with the authors of this work: Maxwell Boykoff (Colorado-Boulder University), Catia Faria, (Universidad de Miño), Justin Farrell (Yale University), Ana Fernández-Aballí (Universidad Pompeu Fabra), Francisco Heras (Universidad Autónoma de Madrid), Lisa Kemmerer (Universidad de Montana), Xuxa Kramcsak-Muñoz (Universidad Pompeu Fabra), Kathryn McConnell (Yale University), Jose A. Moreno (Universidad Pompeu Fabra), Marta Narberhaus (Universidad Internacional de Cataluña), Miquel Rodrigo-Alsina (Universidad Pompeu Fabra) and Marta Tafalla (Universidad Autónoma de Barcelona).

7 We are in debt to, for example: Abelson (2001, 2006); Castillo Esparcia and Smolak Lozano (2017); McGann (2007, 2016, 2018, 2021a); Denham and Garnett (1998); McGann and Johnson (2005); McGann and Weaver (2000, 2009); Medvetz (2012); Plehwe, Slobodian and Mirowski (2020); Rich (2004); Smith (1991); Stone (1996); Stone and Denham (2004); Stone, Denham and Garnett (1998).

In short, this text is not a manual on think tanks or a new theoretical exercise only for specialized academics, but a committed, that is, critical, attempt to rethink the essence of think tanks through the particular vision of the two authors. Our aim is to help unravel this entangled reality of influence, power and expert knowledge that constitutes the think tank phenomenon.

## HISTORY AND GENESIS

In order to distinguish between think tanks according to their contribution to society, we must first identify their genesis by considering how these organizations have evolved. A common feature of every think tank is its intention to influence political decision-making. However, there is a large gap between the classic stereotype of think tanks as “tanks” of thought linked to military interests to think tanks considered as “universities without students”; neither are these the only two profiles adopted by these organizations.

The aim of this chapter is to offer a succinct and critical overview of the different geneses of the phenomenon, as well as the reason for each of them. We do not intend to identify or apply types of think tanks, nor determine how they operate, but rather to observe the main reasons that lead to their appearance, the interests that drive them, why they were founded and to what end, in order to then bring some order to all of these ideas. In doing so, our aim is to provide a transparent view of their historical characteristics, which we have used as a starting point to build our method for discriminating between think tanks based on their contribution to society.

The practice of turning to experts to advise on political decision-making is not exactly a recent one. There are those who place the origins of current think tanks in the academic and humanist networks of the 16th and 17th centuries in Europe, or even earlier, if we take into account the tradition introduced by emperors such as Charlemagne (742-814) of consulting groups of legal analysts, especially due to disputes with the Church of Rome (Soll, 2017).

Similarly, organizations that function as think tanks in their modern conception existed for decades before the term began to be used in the United States in the mid-20th century. Organizations such as the Royal United Services Institute, founded to study defence and security issues in 1831, or the Fabian Society, founded to promote reformist socialism in 1884, both located in London, are considered by some to be the forerunners of modern think tanks—in fact, both claim to be the oldest think tanks in the world, the former addressing security and defence, and the latter social issues. These 19th-century British organizations preceded the first American think tanks—although it is true that the rise of think tanks ran in parallel to the rise of the United States after the Second World War. It therefore seems logical that we should begin our history of modern think tanks based on those first precursor institutions if we wish to examine their genesis.

Thus, adapting a previous work by Jordi Xifra (2008), we can establish seven phases of emergence for organizations that function as think tanks, which will in turn allow us to identify the original causes that gave rise to their appearance and subsequent evolution. The seven phases we discuss below are as follows: pioneering organizations in the 19th century; those founded at the beginning of the 20th century; those that emerged during the period of the First World War; after the Second World War; in the 1970s and 1980s; in the 1990s; and from 2000 to today.

## Precursors from the 18th century

The first phase includes organizations that were founded during the nineteenth century and up until the first decade of the twentieth century. If we take as a first model the Royal United Services Institute (RUSI), created in the United Kingdom in 1831, we find a profile of military origin similar to the one replicated by the Rand Corporation

over 100 years later—the first American, and global think tank, to actually use the name think tank.

RUSI was created by the Duke of Wellington (1769-1852)—a prominent military figure and statesman linked to the British Conservative party—in order to promote the scientific nature of military practice. Today, this organization has expanded its goals to include the concepts of defence and security—including organized crime, terrorism, nuclear proliferation, financial crime and other challenges created by humans or nature—although in essence it retains its original identity, as can be inferred from the profiles of its members, who comprise mainly military figures, former members of the security forces, diplomats and defence experts. With the founding of RUSI, the aim was to incorporate the military and naval disciplines into the field of science in order to adapt to the new scientific and professional vision required for political (and military) decision-making. Therefore, the instrumental purpose of this first think tank was directly linked to the interests of a specific community, the military, which wanted to join the bandwagon of scientific modernity.

In contrast, the Fabian society, created by a group of writers and socialists in 1884, is directly related to the British reformist and humanist movement that sought to effect a gradual, reformist and non-revolutionary transformation of society. Its socialist principles in defence of social justice attracted a large number of intellectuals. For illustration, among its first causes we find demands for a minimum wage, the creation of a universal health system, the abolition of hereditary nobility and the introduction of female suffrage. The society exerted a considerable influence in the late nineteenth and early twentieth centuries, a time when it promoted the creation of the London School of Economics and Political Science (1895) and the organization that would later give rise to the Labour Party (1900).

The socialist humanism of the Fabian society was also greatly influenced by the scientific ideal, leading it to promote the idea of a scientifically planned society, an idea that would come to garner some criticism (including its support for eugenics, linked to improving the human race, an idea shared by British society as a whole at the time). Controversies aside, we could therefore say that the Fabian society embodies the prototype of a think tank driven by a general interest, linked to the world of culture and social activism, in this case based on a socialist ideology.

The political influence of the Fabians, and those with a similar spirit who would follow them, is demonstrated by the fact that the existence of organizations like this was what led Friedrich von Hayek to call for, and organize, a movement of “liberal” experts to recover the economic ideas of “classical liberalism”. The aim here was to neutralize or counterbalance what Hayek and his entourage saw as the domination of socialist intellectuals in politics, academia and the media. This countermovement would lead to the creation of a series of think tanks today considered the creators and promoters of neoliberalism (Plehwe and Walpen, 2006).

Looking at the precursors, then, it would seem clear that these first think tanks had spirits that were antagonistic to one another and in no way neutral, but rather clearly positioned in favour of concrete interests—the former militaristic-conservative and the latter humanist-socialist. There is, therefore, a huge difference between these two prototypical examples. The ideas defended in the first seek to ensure the continuity and power of a particular sector, the military, one later reformulated as “defence and security” but ultimately retaining a social perspective that is essentially beneficial to the so-called military industrial complex<sup>1</sup>. In the second case, the ideas that are defended seek precisely to undermine this type of power in society, meaning that its instrumental aim is not linked to any specific sector or power, but rather to the general public, and especially to the most disadvantaged. Although both organizations arrived in the 21st century with a very important tradition of discussion, analysis and research behind them, the Fabian society is today only a very pale reflection of what it once was. By contrast, in 2020 the RUSI claimed to have 140 ongoing research projects and revenues of more than £10 million.

---

1 The military-industrial complex is a concept used to refer to the confluence of the economic interests of military industry with militaristic or imperialist policies. U.S. President Dwight D. Eisenhower, a military man himself, employed this concept at the end of his term, in 1961, to refer to American industrial groups interested in maintaining the arms race during the Cold War for economic benefit. Currently in the United States, the term also encompasses the broad network of contracts and cash flows and resources that flow between private defence contractors, the Pentagon, Congress and the government. This relationship of interest is what is known as the military industry lobby which, to a lesser extent, exists in all countries that have a military armaments industry.

## Early twentieth century

At the beginning of the twentieth century, a number of institutions of a much more neutral character appeared in the United States, or at least they were less explicitly positioned from an ideological viewpoint. All of these institutions are characterized by being funded or directly created by some philanthropic foundation. They therefore form part of the great American philanthropic tradition—which can be seen on the one hand as a sign of progress and generosity, but on the other as a reflection of the severe welfare deficiencies in American society, not to mention the fact that most American philanthropists have earned their fortune from exploitation and/or speculation. Whatever our perspective on this, it is true that much of the cultural, artistic and intellectual wealth of that country is due to this tradition, as well as much of the research.

Since the early twentieth century, the US has had groups of analysts and experts that advise the government with the aim of professionalizing political decision-making in line with evidence-based analysis, and especially evidence from the social sciences, which were consolidated as instrumental to political action with the advent of the mass media. However, all of these experts conducted this work without any great resources or support. The advent of philanthropic foundations radically changed the landscape in this respect. These institutions began to fund research institutes in the US in the early twentieth century and, more importantly, create new research centres in order to incorporate within political decision-making the benefit of informed knowledge, that is, knowledge based on facts.

The first of these was the Russell Sage Foundation, created in 1907 by Margaret Olivia Slocum Sage (1828-1918) with the inheritance from her husband, a financial investor who had become a millionaire with the rapid expansion of the railroad in the United States. Slocum Sage's goal with this foundation was to improve living and social conditions in the United States and form a new political elite capable of enabling the federal government to deal with social problems, since the large-scale traditional charities were becoming overwhelmed in a country with severe public service deficits. The Russell Sage Foundation still exists and retains its original mission, as well as the goal of investing in the social sciences to strengthen them and alleviate social problems with well-documented

(data-based) policy proposals. Although it does not call itself a think tank, for many authors this foundation no longer constitutes a prototype but rather the first modern think tank.

In the same year, 1907, the Bureau of Municipal Research was also founded with the same goal in New York, promoted by a group of philanthropists from that same city. The Bureau started as an initiative of the Association for Improving the Condition of the Poor, an entity that sought to improve the quality of life of the most economically disadvantaged, on both a local and national scale. This organization also seeks to detect the need to improve political management by introducing the scientific method in training for public officials. The Bureau comprised university researchers from the law and finance departments of the most prestigious American universities.

Later, other large philanthropic foundations appeared in the United States that would give rise to organizations with a similar profile to the Russell Sage Foundation and the Bureau, all of which were usually created by millionaire entrepreneurs in the world of industry and finance. Among the most important of these, and still existing, are the Carnegie Foundation and the Rockefeller Foundation. In 1910, Andrew Carnegie, who had amassed a fortune in the steel industry, created the Carnegie Endowment for International Peace, initially a global think tank, now a network of think tanks, which defines itself as a promoter of initiatives and research “for international peace”. This motivation is very much in line with the character of its founder, who was genuinely concerned with helping others and doing more than merely making money, in his words. In 1913, three years after the Carnegie Foundation was created, John D. Rockefeller created the Rockefeller Foundation. Co-founder of Standard Oil, the largest oil refining company of his era and the origin of his personal fortune, this millionaire promoted what is seen as the rationalization of public health by incorporating advances in chemistry at the beginning of the 20th century. By funding research based solely on chemical drugs, this foundation would become one of the main drivers behind the creation of the modern pharmaceutical industry—and the subsequent conversion of public health into a business.

These organizations that emerged out of American philanthropy have all been characterized since their inception by maintaining a strong neutrality with respect to political parties. This undoubtedly gained them



legitimacy and authority in the minds of legislators, allowing the latter to turn to them for advice that could be presented as independent expert analysis and thus justify political decision-making.

Logically, the positioning of these think tanks does not imply total ideological neutrality. None of them question the logic of the market or the capitalist system—in fact, most promote this logic, of course. The neutrality of these organizations is thus a neutrality within the status quo. Due to this, we might consider that these think tanks resulting from American philanthropy correspond to the following profile or, rather, entail the same contradictions: that of wanting to alleviate the very social deficits that ultimately led them to possess the great riches that finance them in the first place.

For proponents of philanthropy, these organizations are an example of selfless and generous help provided from the heart of capitalism; for their opponents or sceptics, on the other hand, they represent a temporary charity that by their very nature cannot combat the structural problems at the root of inequality. Either way, the more neutral character of these organizations without doubt differentiates them from the precursors of the previous century.

The emergence of these organizations in the United States was not solely due to the authorities' inability to deal with the social problems caused by capitalism in that country. These initiatives must also be framed within the beginning of the succession process that saw the United States take over as a global political and economic power with the decline of the British Empire after the First World War.

## World War I

During the First World War and the immediate post-war period, a new wave of organizations emerged that would function as think tanks. This was mainly in the United States, although with one other major addition in Europe. This is the period when the think tanks that today lead the rankings in terms of prestige and influence were founded.

In 1916, the Institute for Government Research appeared in Washington DC, which would go on to become the Brookings Institution

in 1927. In the meantime, Chatham House was founded in London in 1920, and the Council on Foreign Relations (CFR) the following year in New York. The Brookings Institution and Chatham House primarily represent the concept of “universities without students” (Weaver, 1989) that has characterized some think tanks since that era (although these two probably comprise the most iconic cases). In the case of the former, this think tank even refers to its Washington “campus”. Both organizations conduct research and training in the social sciences, primarily in economics, politics, governance, foreign policy, the global economy, and economic development—and in the case of Chatham House, also in environmental policy and climate change, as we shall examine in the final chapter. For its part, the Council on Foreign Policy specializes in foreign policy and international relations. While the Brookings Institution and Chatham House are considered liberal organizations, the Council on Foreign Policy is considered to be under the control of Wall Street.

Referring to the Brookings Institution, a think tank created by businessman Robert S. Brookings, who became a millionaire in his thirties, the institution would appear to have been conceived with a very critical view of the political class and the establishment, which he mostly perceived as being corrupt. Thus, its aim was always to distance itself from these, providing a political counterweight. However, the organization would actually maintain important institutional ties with that establishment, and with the Democratic Party in particular—the Brookings Institution supported the party in its rise and its members formed part of Democrat governments at various times, especially in the 1960s—but also with the Ford Foundation, from which it received funding. From the outset, this think tank aimed to assist public policy through research. By way of example, it stood out for its intense work in research on economic inequality between 2010 and 2020.

Chatham House represents a quite different model. Created by members of the British political and academic class, it has no specific philanthropist as its direct founder, although it has received funding from British and international organizations and corporations. This think tank strives to demonstrate its non-partisanship by incorporating all social classes into its governance; its three presidencies have included representatives from the two major political parties and the British secret

service, and its patron is the Queen of England. The organization was founded due to the perceived need to scientifically study international relations and provide expert analysis on UK policies, but also in an attempt to promote an Anglo-American alliance when the British Empire first began to disintegrate. Its representation of all of the British elite classes and pro-British internationalism have led some to define it as a think tank in the service of the empire (Parmar and Yin, 2020).

For its part, the Council on Foreign Policy was founded by a group of businessmen and academics, and would receive abundant funding from various American philanthropic foundations, including Ford, Rockefeller, and Carnegie. This think tank would have a large number of officials from different administrations of different political colours among its members and would be very influential in the foreign policy decisions taken by US governments, to the point that some authors place it at the origin of the paradigm of neoliberal geopolitics driven by the United States since World War II (Shoup, 2015). In this case, the main reason for its creation was to promote an organization that would comprise high-ranking diplomats, academics and government officials along with lawyers, bankers and businessmen in an attempt to help shape US international policy.

The other think tanks founded in this period more resemble the Council model than that of Chatham or Brookings, as they are mainly American organizations linked to the political or economic class. In 1919, Republican Herbert Hoover, Secretary of Commerce and future President of the United States, created the Hoover Institution on War, Revolution and Peace at Stanford University in California. In 1920, the National Bureau of Economic Research was created in New York, a think tank—still in existence—far removed from political parties and which was successful thanks to its work on long-term economic cycles and growth. It called for, and achieved, the incorporation of professional economists in decision-making on national policy. The organization was founded by economist Wesley Clair Mitchell, considered a star disciple of Thorstein Veblen—one of the American economists most critical of that country's society and economy.

Some authors group the think tanks of this period under the umbrella of international liberalism because they all strongly supported the creation of intergovernmental organizations, such as the League of Nations, to ensure

peace in the post-war period. However, in all cases this can be understood as a patriotic internationalism, based on giving priority to national interests in the context of Anglo-American competition, as explained by the director of Chatham House, Robien Niblett (2018).

## World War II

The end of World War II saw the first major eruption of new think tanks of all types and ideologies, reflecting the reality of the times: the United States emerging as a superpower, the beginning of the Cold War and the threat of nuclear war. Among the most influential were the RAND Corporation and the think tank group—referred to by some as a network—which would orchestrate the neoliberal counterrevolution against the social-liberal and Keynesian doctrine of the welfare state.

The RAND Corporation, founded in 1948, would be the first organization to use the term think tank from its inception. It was created by the United States government, specifically the Department of War and the Air Force, in order to have a private body that would connect research and development with military decision-making. Initially, aircraft manufacturer Douglas Aircraft—the main supplier of military aircraft to the United States government at the time—was hired to carry out what would be called the RAND Project (acronym for Research and Development). Shortly after its conception, however, the project broke its ties with the aerospace manufacturer to become an autonomous corporation. The initial funding to create this spin-off was again provided by the Ford Foundation, later to be mainly funded by contracts with the US government, added to over time by private donations and industry or university funding.

RAND has since advised the United States government on all key security and defence issues, such as the space race or nuclear confrontation with the Soviet Union during the Cold War. The dreaded doctrine of nuclear deterrence through mutually assured destruction was a product of the RAND, as was much of the basis for modern planning in security and defence (from crisis scenarios to game theory and strategic negotiation). This think tank would even contribute to initial research that would lead to the digital revolution and such was the weight of the RAND that its mere participation would even lead to the spread of the false rumour that

ARPANET, the beginnings of the Internet, was in some way related to the construction of a computer network resistant to nuclear war.<sup>2</sup>

The RAND would soon become, and still is to this day, the largest think tank on the planet, now incorporating many other objectives within its initial national defence and security mission. Today, virtually all areas of public policy form part of its research objectives. It is the RAND that institutionalized the model of a think tank bound to a governmental contract.

This contractual nature incorporated an element of competition into the realm of think tanks that ran parallel to the rise of new commercial marketing and advertising techniques after World War II. “Customers” began to request different offers, evaluating the different proposals of expertise available, selecting the research deserving of most confidence and evaluating the price before deciding on a think tank. Thus did the market for expertise, or expert advice, begin to take shape in the 1950s. This is one of the aspects that mark this type of think tank as a purely American phenomenon: research and ideas became just another consumer product.

World War II and the post-war period were also the time of neoliberalism, a movement that authors such as Plehwe and Walpen (2006) see as originating in an influential group of European think tanks led by the Mont Pelerin Society (founded in Switzerland in 1947) and the Institute of Economic Affairs (United Kingdom, 1955). In the United States, the post-war period also prompted the emergence of conservative think tanks that, despite the economic debacle of the Great Depression, continued to insist that the free market was the best mechanism for solving problems. Notable among these is the American Enterprise Institute (AEI), created in 1943 by the president of the Johns-Manville company, once the largest manufacturer of asbestos in the world. The AEI was founded with the mission of promoting the free market and competition, and ended up becoming the main institute for analysis linked to promoting neoconservatism in the United States, a movement that was conceived as a reaction to the new American left in the 1960s.

---

2 In fact, the Internet protection protocol came about due to the need to create a resilient network in general, in the context of a technological reality that was in itself unstable at the beginning of modern computing.

Later, in 1961, a group of RAND analysts led by military strategist and nuclear analyst Herman Kahn founded the Hudson Institute, which was driven in its infancy by the same interests that moved Kahn: the domestic and military use of nuclear energy and future planning scenarios in this regard. Kahn represented the core thinking behind the RAND doctrine of mutually assured destruction as a deterrent strategy for nuclear war. Despite expanding its research objectives over the years, this think tank created by Kahn remained a specialized spin-off of RAND.

But this period did not only give birth to conservative think tanks and so-called “security” and military strategy. In Europe, from the 1950s onwards, a long list of liberal and progressive think tanks emerged (such as Amnesty International, in 1961, the Stockholm International Peace Research Institute, in 1966, and the Peace Research Institute, also in 1966). Important liberal think tanks also appeared in the United States in the 1960s, such as the Institute for Policy Studies (IPS) (1963) and the Urban Institute (1968). The former was founded by two left-wing intellectuals with the aim of fostering progressive thinking in the United States and offset the influence not only of explicitly conservative think tanks but also of the RAND Corporation. While the issues it dealt with could not escape the context of the Cold War—national security, national and international politics, economics—the Institute for Policy Studies nevertheless incorporated the concerns of the left-wing movement from the decade in which it was founded, with a lot of attention being paid to human rights issues (feminist, environmentalist, pacifist, anti-apartheid, anti-interventionist movements, etc.). This type of progressive organization was for the most part conceived as a reaction to conservative think tanks, and specifically to the positions adopted by the latter with regard to the Black civil rights movement or the Vietnam War, for example.

As for the Urban Institute, this organization was created by Democrat President Lyndon B. Johnson to study the country’s urban planning problems. It is mainly financed through government contracts and donations from large philanthropic foundations, and has expanded its objectives to the overall well-being of the population. Like all of the aforementioned, it emphasizes the need for evidence-based decision-making.

In summary, the organizations created during this period are for better or worse marked by the uncertainties and threats of the Cold War

period and the political and social turmoil resulting from it, and take clearly partisan positions in this respect. While their *raison d'être* remains anchored in optimizing political decision-making through fact-based analysis, we can see how the tensions of global geopolitics are reflected in a good number of them. In a way, this represents a return to the division observed in the precursors from the nineteenth century, between conservative and progressive visions, although the former did appear to dominate during this period due to the great weight of the RAND and the neoliberal and neoconservative movement. If the think tanks of the previous period were conceived imagining and designing post-war peace, those of this period were created within the framework of a bipolar competition in which a large part of them actively participated as defenders of the Western bloc.

## The 1970s and 1980s

In general, those think tanks created from 1970 onwards were much more specialized than their predecessors, while some had very explicit political stances, leading to the coining of the concept *advocacy tank*. This period was marked by the oil crisis and the triumph of neoliberal doctrine from the early 1970s, but especially in the following decade with the governments led by Margaret Thatcher in the United Kingdom and Ronald Reagan in the United States.

During this period, new think tanks emerged that defended neoliberalism and would have a huge influence on the aforementioned governments. In the United Kingdom, the Centre for Policy Studies appeared in 1974, followed by the Adam Smith Institute in 1977, both of which joined the Institute of Economic Affairs in promoting and implementing neoliberal policies related to privatization, taxation, education and health. The former, the Centre for Policy Studies, had Margaret Thatcher among its co-founders, its goal essentially being to oppose post-war Keynesianism. The latter, the Adam Smith Institute, was founded by two British analysts who wanted to transfer the influence they had observed in conservative think tanks in the United States to the United Kingdom. This institute has not only been influential in Conservative governments, however, since the Labour administration of Tony Blair also implemented measures

that it recommended, all its efforts focusing on promoting the free market and classical liberal ideas (which prioritize economic freedom).

In the United States, the 1970s gave birth to partisan and reactive think tanks, such as the conservative Heritage Foundation and the Cato Institute. Heritage was founded by three conservative activists in 1973 and has had a huge influence on presidents such as Ronald Reagan (1981-1989) and Donald Trump (2017-2021). In addition to promoting policies that favour industry, anti-communism and neoconservatism, Heritage also had an explicit mission to promote right-wing Christianity—this aspect distinguishing it from the American Enterprise Institute. For its part, the Cato Institute, founded as the Charles Koch Foundation in 1974, had Koch Industries among its precursors, a prominent player in oil and chemical exploitation, among other businesses, in the United States. The activism deployed by the Cato Institute is based on libertarian conservatism, which means that its main mission both at the time of its creation and until today is promotion of the free market, including minimum power for the state and government and maximum for individual initiative, which includes the privatization of public agencies and international non-interventionism. Both Cato and Heritage represent an activist think tank model that has been emulated by numerous posterior conservative think tanks (or pseudo-think tanks), such as FAES and the Juan de Mariana Institute in Spain, or the Bruno Leoni Institute in Italy.

One of the main characteristics of the organizations to emerge during this period is that they tended to radically change strategies. From the horizon of short-term policies, they went on to develop programmes designed with the medium and long-term in mind, and no longer for those executives currently in power but rather for future executives who can be influenced. In the United States, this has turned some of these think tanks into sources of individuals for future positions of trust for presidential administrations, meaning these individuals join the government with the political ideas and recommendations of their parent organizations. During Donald Trump's presidency (2017-2021), such a high number of positions of trust were awarded to members of the Heritage Foundation that the joke was that no one was left to work at the think tank (Mahler, 2018).

This proximity of think tanks to power, no longer only as creators of expertise but directly inserted within the political sphere, is typical of the



US and UK. The political system of these countries, and especially the political environment of Washington DC, constitutes particularly fertile ground for think tanks—as well as for lobbies, which is why all such organizations are originally conceived in these countries.

The aforementioned environment is characterized by a combination of factors that greatly facilitate fundraising for think tanks and their ability to influence. In the case of the United States, these factors include the separation of legislative and executive powers, the widely agreed revolving door mechanism that allows each new administration to renew thousands of positions of trust, the size of the U.S. economy, and the international impact of political decisions taken in the United States. Added to this are the features of American and British democracies that so benefit interest groups in general, given that the political representatives of their chambers of representatives are elected by direct suffrage, which implies much greater freedom of decision-making for parliamentarians (with no voting discipline with respect to parties).

Notwithstanding the above, the 1970s and 1980s were also the decades when many organizations emerged that were focused on a single sphere of political activity without being as reactively politicized as their predecessors. By way of example, these organizations focused, at least in their beginnings, on international cooperation (CIDOB, 1973, in Spain), on the environment (Öko Institut, 1977, in Germany), social policies (European Center for Work and Society, 1979, in the Netherlands) or peace (US Institute of Peace, 1984, in the United States).

Over the coming decades, specialized think tanks would gradually come to cover the entire thematic spectrum, their main mission being to produce expertise and policy recommendations specific to their spheres.

## The 1990s

The end of the Cold War and the fall of the Berlin Wall led to a boom in organizations dedicated to political analysis in Eastern Europe, considered a flexible and modern alternative to the bureaucratic centres of analysis of the communist era. American think tanks—and especially the neoliberal ones—saw this as a unique opportunity to spread their influence.

The result was that a large proportion of the new research centres included terms such as “free market”, “liberalism” and “reform” in their names. Examples of this are the conservative Lithuanian Free Market Institute in Vilnius (1990) and the Gdansk Institute for Market Economics in Poland (1989). Given that they often constituted the only source of political experience available, these centres have exerted a significant influence on the privatization and restructuring agenda of Eastern European state apparatuses.

However, from the 1970s on, most newly created think tanks were specialized, and have remained so since the 1990s. This specialization has been profoundly linked to issues of international interdependence that have accompanied globalization. Witness in this regard the proliferation of think tanks specializing in climate change, development aid, cybersecurity, global health and international finance.

From the 1990s onwards in Europe, new organizations ranged from clearly politicized ones—including the long list of foundations associated with political parties or ideological think tanks such as the Hayek Institute (2010, Germany)—to prestigious think tanks specializing in global corruption, such as Transparency International (1993, Germany). Not all of them have had the same research capacity, but some have managed to maintain a regular and relevant production of works that, in some cases, have become reference indices, as is the case with Transparency International’s Global Corruption Barometer and Corruption Perceptions Index. The vast majority of these new think tanks receive funding from government and international corporations, and those not linked to parties or advocates of political ideologies maintain a depoliticized profile.

But reactions to the end of the Cold War also included some American think tanks aware that a new field of action was opening up for the United States, in which American power could reconfigure the world environment in a way that was more in line with its interests. This, for example, is how the Project for the New American Century (PNAC) was conceived during the presidency of Bill Clinton in 1996. It constitutes a clear example of the great influence that think tanks have acquired in preparing major decisions. An influence that, if mismanaged, might lead to harmful results that call into question the very legitimacy

of think tanks. Founded by two neoconservative thinkers, the PNAC was created to promote U.S. global leadership by developing an agenda for neo-Reaganian policies that would ensure the “security and greatness” of the United States in the 21st century (as stated in its own founding documents). It was the think tank behind the invasion of Iraq, an action that formed part of a U.S. view of global militaristic domination, which would become the official foreign policy of President George W. Bush’s administration (2001-2009).

### From 2000 onwards

Since the middle of the first decade of the 21st century, Asia has been the place to have seen most new think tanks emerge, with institutes that have essentially replicated the format and variety of organizations in English-speaking contexts, representing what some authors have called the “globalization of think tanks”. The biggest expression of this is China’s rise to the second country with most think tanks considered to be influential, according to the Global Go to Think Index, part of the University of Pennsylvania’s Think Tanks and Civil Society program.

The first decade of the 21st century is also when think tanks specializing in blocking action against climate change first appeared in Europe, such as the German EIKE (2007) or the British Global Warming Policy Foundation (2009). These organizations have a conservative profile and arguments identical to those of the U.S. climate change countermovement led by conservative think tanks such as the Heritage Foundation.

Another feature of this phase is the growing internationalization of American think tanks, which became global not only through their direct or indirect influence, but by opening offices in capitals around the world.

In the European Union, the number of specialized think tanks rose from a dozen or so in the 1980s to several dozen in the 2000s. This reflects the increased competences of the European Union, the importance of decisions taken in Brussels and, finally, the power of the EU itself. Think tanks that specialize in international economics and with have no partisan profile emerged in Brussels, such as Bruegel (2005, Belgium) or

the European Institute for Gender Equality (2007), driven, and largely also funded by, the EU's political institutions. The attacks of September 11, 2001 also influenced the creation of think tanks specializing in terrorism, in both the United States and Europe.

Between 2005 and 2020, although the pace with which new think tanks were being created began to slow in Europe and the United States, the specialization of those created during this period increased. The mission of these new think tanks, which had different levels of resources, but a high level of advocacy, was to influence public policies in specific areas traditionally short of think tanks, such as the fight against the cruelty with which we treat non-human animals—Oxford Centre for Animal Ethics (United Kingdom, 2006), UPF-Centre for Animal Ethics (Spain, 2015), Brooks Institute for Animal Rights Law and Policy (United States, 2017), Animal Think Tank (United Kingdom, 2018).

On the whole, in recent decades, specialized think tanks of all kinds have joined the large multi-themed philanthropic centres, government-contracted organizations, activist, partisan and academic think tanks. While the vast majority have replicated the format of American and European think tanks, this has not always been the case. In countries such as China, Russia or the Persian Gulf states, the promotion of national think tanks has three main goals according to Niblett (2018). The first is the traditional mission associated with such organizations, that of providing ideas and expert advice to the spheres of political decision-making. The second is to ensure internal political and ideological coherence between official and non-governmental spheres in terms of ideas and discussing issues. And the third is to spread pro-government messages and policies abroad. Think tanks in these countries, at least those permitted by the government, therefore constitute an extension of governmental public diplomacy, tools of political propaganda rather than a forum for the free discussion of ideas. In other words, these organizations simply reflect the undemocratic reality of the countries they belong to.

Globalization and internationalization have also led to a large amount of competition for think tanks in the last two decades, in the form of institutions such as transnational NGOs, large multinational corporations, global media groups or even universities. This competition

is based on internal working groups or specific activities, or through the direct creation of think tanks by these organizations, which see in this profile a greater credibility and effectiveness as a means of influencing than traditional lobbying.

The aim behind this quick journey through the history of think tanks was to demonstrate their genetic variety and the impossibility of defining these organizations' *raison d'être* with a single label, or even a few. However, at this point we are in a position to propose three characteristic elements of all such organizations:

- One, that think tanks are organizations conceived out of the liberal vision of the English-speaking world (essentially the United Kingdom and the United States) and poorly translated to other realities (countries with different political systems or with a less solid democratic culture, with great parallels between the political and media systems or with authoritarian capitalisms, for example).
- Two, that their main function is to help and/or influence political decision-making (more emphasis is awarded to *help* or *influence* depending on which perspective we adopt and which organization we analyse).
- Three, that their evolution goes hand in hand with the evolution of liberalism from the 20th century until today, including the processes that liberalism has promoted in the form of greater freedoms but also globalization and neoliberalism, and the crises it has entailed.

Another very different thing is their mission, way of functioning, their degree of contribution, influence, actual generation of ideas and knowledge, form of financing or independence from the powers they aim to influence. Here there are huge divergences.

However, it is possible to make a compilation of the main motivations that have driven think tanks from their inception to today, which would be at the core of how each one of them came into being. These motivations range from militarism, imperialism, industrialism, capitalism, right-wing libertarianism and political propaganda to socialism, pacifism, humanism, humanitarianism, internationalism, left-wing libertarianism and social justice (Table 1).

In the next chapter, we take the best elements of this genesis and expand them to construct our proposal of what the ideal think tank should constitute if we are talking about the common good.

TABLE 1  
*GENESIS OF THINK TANKS*

---

CAPITALISM
HUMANISM
HUMANITARIANISM
IMPERIALISM
INDUSTRIALISM
INTERNATIONALISM
LEFT-WING LIBERTARIANISM
MILITARISM
PACIFISM
POLITICAL PROPAGANDA
RIGHT-WING LIBERTARIANISM
SOCIAL JUSTICE
SOCIALISM

---

## EVALUATING THINK TANKS

In the previous chapter we saw the complexity that the history of think tanks entails, with multiple geneses and main motivations for existence. In this chapter, we offer a means of objectively distinguishing between the work each organization carries out. Our proposal is simple: we aim to assess the prestige and credit that a think tank deserves based on its ability to generate expert knowledge or analysis and its contribution to the common good. By expert knowledge or analysis here we mean in-depth and fact-based knowledge of the matters in question. And by common good we understand that which benefits society as a whole, as opposed to private good, that which only benefits individuals or specific sections of society.

We depart from the idea that without expert knowledge a think tank is a mere instrument of influence or even propaganda, because its main function is then reduced to wanting its ideas to become the dominant ones. *Expert knowledge* is required to be able to contribute in some way to the public discussion—understanding such a contribution as being in-depth and founded, not a mere opinion. However, expert knowledge alone does not guarantee that any influence that is exerted will be positive. To define a contribution as positive, we propose that think tanks incorporate the need for their expert knowledge to be oriented towards the *common good*.

We will now define what we understand by expert knowledge and the common good, and provide categories by means of which they may be identified in think tanks.

## Expert knowledge

By expert knowledge here we mean knowledge derived from experience. The word *experience* comes from the Latin *experientia* (test, trial), a name derived from the verb *experiri* (to experiment, to try) formed by the prefix *ex-* (separation from the interior), the root *peri-* (to try, risk) and the suffix *-entia* (quality of an agent). An *expert* is someone who has experience, someone who undertakes the quality of experimenting, of taking risks in the sense of testing. All of which makes it clear to us that we are not talking about opinions, but rather heuristic knowledge, that is, a knowledge that tries to find the solution from testing, analysing results, retesting, drawing conclusions, verifying them, contrasting, reflecting. That is, by applying a method.

We have clearly seen that the history of think tanks incorporates a clear vindication of the value that the social sciences have in regard to political decision-making. All such organizations are conceived and defined on the basis of a contribution that is not opinionated or subjective, but inspired by science, or fact-based knowledge. This aspect has received such consensus among the community of think tank theorists that we do not believe it requires any further justification. What has not been agreed or clarified in any way is how to evaluate what does and does not constitute factual knowledge, or expert analysis in the case of a think tank.

To do this, we suggest taking two ideas as a starting point. The first is that in order to produce expert knowledge it is necessary to apply some type of systematic, reproducible and repeatable observation that can also be subject to validation. It may be empirical or theoretical, but in all cases must be inspired by the scientific method. The second idea is a qualification of the first, since we are not proposing here that if there is not some type of *measurable* work, knowledge is not possible. Our call for the knowledge generated by think tanks to be scientific is not related to the process, but rather the spirit. Thus, we would argue that a scientific attitude must be adopted in order to generate some kind of useful knowledge. But what does having a scientific attitude actually mean?



The Italian quantum physicist Carlo Rovelli reminds us that science is born from an act of humility: from ceasing to blindly trust our perceptions and accumulated knowledge, and abandoning the aspiration to explain everything and being able to reach definitive truths. Science, Rovelli reminds us, should not be, nor can it be, the search for truth, but for the best possible knowledge: “Science is the investigation of the most reliable answers, not of the correct answers” (Rovelli, 2015: 235).

Rovelli’s vision seems very reasonable to us because science, although built on previous knowledge, has been shown to advance most when we have been more willing to discuss everything, even that which seems most solid and unquestionable. Democritus, Plato, Newton, Einstein and all of quantum physics are examples of this idea of building on what is already known, but progressing thanks to systematic detachment from the idea that there are permanent certainties regarding how the world works.

Questioning everything does not mean falling into nihilism, or complete scepticism, but rather keeping ourselves alert and remembering that our knowledge can in all cases only be limited and is therefore never definitive; it can always be improved. The scientific attitude implies assuming precisely this: that “the search for knowledge does not feed on certainties, but on a radical lack of them” and that we must learn to live in uncertainty (Rovelli, 2015: 236).

## Expert knowledge applied to think tanks

This scientific spirit, which invites us to accept uncertainty with humility is an excellent counterweight to the ultimate goal of organizations such as think tanks, which are ultimately actors whose purpose is to contribute to decision-making from an activist position, that is, promoting specific ideas. The scientific attitude allows the persuasive role of think tanks to be filled with legitimate content. To verify that a think tank is not only a tool for persuasion but an organization capable of generating expert knowledge, we suggest the following aspects be addressed:

### a) *Focus on knowledge and analysis*

A think tank must dedicate itself to generating knowledge supported by data accompanied by expert analysis. In the past, think tanks were

exclusively aimed at influencing the political class. This is no longer the case. They no longer focus exclusively on the political sphere today, in part because they have realized that influencing other publics (media, industries, citizens, etc.) can yield good political returns (influencing public opinion increases the pressure on their political publics). But also in part because political actors have an increased interest in think tank analysis if they have, or appear to have, a public impact, beyond the circle of experts in the shadows that form part of think tanks. In order to achieve such public impact, or at least in an attempt to do so, think tanks have started to compete in the media market: getting their ideas in the media has become an essential part of their operations today. This need for think tanks to be publicly visible has combined and combines very well with the need for the media to offer expert commentary.

At the same time, think tanks have also diversified their production beyond traditional reports, and have diversified their own means of communication, incorporating all the possibilities offered by digital media, social networks and other channels. All of these media efforts can distract these organizations from their focus, or even become their main activity.

A distinction must be made between think tanks with high communication skills and those that are only dedicated to exploiting these capabilities. A think tank must keep its primary focus on research and analysis, not opinion—and the latter should be collateral, not central to the research.

b) *Own expert production*

But it is not enough for the focus of a think tank to be on research and analysis. Distributing and commenting on third-party research does not make a think tank. The organization must have its own researchers and experts capable of generating its own production. To this end, it must have work teams—these may be internal or external, but must generate relevant, quantitative and qualitative knowledge based on the scientific attitude we mentioned earlier. This entails having experts in the fields being analysed and not conducting analyses of subjects for which experts are not available for the organisation.

c) *Development of ideas/proposals*

If organizations have the ability to generate their own production with original analysis, this is usually accompanied by the development of

ideas and/or proposals. The ability to generate new ideas, to make original recommendations and proposals, that is, their own, is another characteristic that allows us to identify those think tanks with the ability to contribute to informed decision-making.

This capacity for innovation must go hand in hand with an evolution in working methodologies. Think tanks must employ the full range of social science methodologies, including the newest ones or those adapted to new social realities. A think tank that does not make solvent proposals based on relevant methodologies is not a generator of relevant knowledge. It is not enough to focus on research and producing their own content, they have to propose solutions, paths and directions, and these should be inserted into the public space through communication strategies. Communication is at the very essence of a think tank, more than any other public or private organization: if it does not communicate its ideas and proposals, it does not exist.

d) *Specialization or thematic moderation*

Although it is not essential for a think tank to be specialized in specific areas to guarantee the generation of knowledge and expert analysis, it is still true that specialization makes this easier. If we assume that an organization needs to have research capacity and experience to be able to generate proposals and ideas, it is easy to imagine that, although with exceptions, few organizations can truly make quality and in-depth contributions on many issues. Specialization in one area or a few areas can serve as a quality indicator—although not automatically, of course. On the other hand, an organization that believes it can tackle vastly disparate subjects requiring expert knowledge in very different disciplines should arouse suspicion, unless they are organizations with the size and budget to match, of which there are very few. No one can be an expert on everything.

e) *Intellectual independence*

On the other hand, being focused on research and analysis and generating their own production, including original ideas and proposals, is of little use if it is at the service of specific interests that directly or indirectly affect intellectual independence. Protecting intellectual independence is essential to be able to guarantee that scientific spirit required by any relevant contribution to knowledge and analysis.

But a think tank must not only maintain its intellectual independence at all costs, it must also do so publicly, and with transparency. Logically, its governance structures and financing models, and its proximity to the elites are decisive factors for an organization to be perceived either as independent or as a mere sounding board for specific interests. Direct links to relevant social institutions (governments, political parties, lobbies, industries, the media) neutralize this independence to a large extent. Some think tanks counteract their links with the elites by transparently incorporating a plurality of political positions and types of interests, public and private, into their governance. In such cases, we must evaluate the extent to which a plurality of interests really exists and differentiate between these interests—receiving government funding in public and competitive calls is not the same as being an arm of a government’s public diplomacy. Equally, receiving funds from foundations committed to social justice is not the same as receiving them from the oil industry or the pharmaceutical industry, to give but two examples.

f) *Organization and inclusive thinking*

Finally, to the ability to generate knowledge and expert analysis with a scientific attitude and intellectual independence, we propose adding a parameter that allows us to measure the degree to which an organization has incorporated the values we now know guarantee innovation and the advancement of knowledge. It seems logical to us that organizations that define themselves as think tanks and are founded only to take advantage of this label (and the prestige it may bring with it) but fail to incorporate its content and spirit (as generators of knowledge and expert analysis with a scientific attitude) should be considered as think tanks only in appearance, fake tanks or pseudo-think tanks. In this respect, one skill has proved to be essential in guaranteeing the capacity for research and innovation: that of thinking in an inclusive way.

By “inclusive thinking” we refer to the need to promote ideas that are inclusive with respect to cultures and sensibilities, to give voice and space to non-dominant views, and to reject the idea of being in possession of the truth. Inclusiveness ultimately means incorporating diversity, including dissent, which we now know leads to richer discussions and much wiser judgments than monolithic and individual thinking (Leslie, 2021). From a liberal, progressive and non-relativist point of view, in practice this means

think tanks abandoning heteronormativity (incorporating more women and subjects of non-normative genders into research teams), being critical of anthropocentrism (abandoning the species arrogance that has characterized us since at least the Neolithic period) and keeping an open mind in self-critical mode (for example, questioning those aspects of capitalism that clearly do not work and must be improved, thus including not just an examination but also a critique of reality). Logically, inclusiveness defined thus can be very exclusive, since very few think tanks incorporate these views in their research and analysis. However, we propose this category here only as a guide for excellence. Do organizations show signs of going in this direction or at least accept that inclusiveness thus defined must be an objective? Or, on the contrary, do they remain anchored in the parameters of dominant masculinity, speciesist anthropocentrism and not criticize the problems inherent in liberal democracy? Does the organization incorporate female researchers and experts, young people, non-heteronormative people, people who may ultimately think differently from the norm? The answer to this question can help highlight which think tanks have the best qualities as researchers and analysts.

In short, to identify whether a think tank makes a relevant contribution in terms of knowledge and analysis, we must first check whether the organization is focused on research, generates its own production, makes its own proposals, has the right dimensions for the subjects it claims to dominate, maintains intellectual independence and is inclusive and diverse. However, all of this still does not guarantee that its contribution is positive for society—something more is needed.

### The common good<sup>3</sup>

The Stanford University Encyclopedia of Philosophy reminds us of what is meant by the common good in practical terms: “The ‘common good’ refers to those facilities—whether material, cultural or institutional—that the members of a community provide to all members in order to

---

3 We would like to thank Paula Casal, a philosopher at Pompeu Fabra University, for her comments on the first draft of this subsection.

fulfill a relational obligation they all have to care for certain interests that they have in common". Some classic examples of the common good in liberal democracies are: the judicial system, public schools, museums, cultural institutions, public transport, road networks, public parks, protection and security and civil liberties—the latter being especially relevant to that which concerns us here, such as freedom of association or freedom of expression. From a liberal standpoint, the common good also includes the property system and national defence.

From a philosophical point of view, the common good is a very relevant concept because it plays a central role in reflecting on the public and private dimensions of social life. Private life consists of the individual achievement of a series of personal projects. Public life in a political community, on the other hand, consists of the shared efforts of its members to offer and maintain certain services for the good of the common interest. It goes without saying that there is no full consensus regarding the circumstances under which we should make decisions based on the common good. In this book, we assume that one of these circumstances is applicable to the work of think tanks. This is because, as we have seen, regardless of their differences, these organizations essentially focus on political decision-making and the shaping of ideas and decisions that dominate the public sphere in democracies. We therefore understand the common good to be a useful and coherent concept for an ideal normative approach to think tanks.

We have said that the concept of common good is framed within the idea that individuals who live as a community have an obligation to guarantee themselves a series of interests that are considered "common", given that all individuals share them to a similar degree—and that they also guarantee individual, not just social, flourishing, since these two levels are interconnected. But this is all still too vague—so what defines these common interests? To further clarify our perspective of the common good, we propose applying the principles of John Rawls' theory of justice (1999), which follow on from his "common interest", a concept comparable to the common good.

Many philosophers, and especially consequentialists, to whom Rawls directs his criticism, discussed or even focused the debate on the common good or interest prior to Rawls. But it was thanks to Rawls that this debate

was renewed. Since the 1971 publication of *A Theory of Justice* (revised in 1999), academic production in the field of political philosophy has largely constituted a reaction to this work, to such an extent that the discussion changed after its publication—“it changed the subject”, in the words of Thomas Nagel (Mendus, 2017). That is not all, however; the egalitarian liberalism of John Rawls would itself become a departure point for all subsequent political philosophy—even for its critics, who reflected on it or were influenced by it (see the work of the socialist philosopher G.A. Cohen, for example: Cohen 2011). Rawls believes that we must begin by defining the points of consensus on which we can agree and build on these. And his own work would go on to become that, a point of departure and, for many, of consensus.

Rawls’ principles arise, first of all, from his conception of justice as fairness. He starts from a contractual vision of justice, in which the principles of justice—that is, those that assign rights, duties and economic and social opportunities to people—must be agreed from a position of impartiality. To achieve this impartiality, Rawls developed the concepts of original position and veil of ignorance. When deciding what is fair, it is about imagining a situation in which people make decisions behind a veil of ignorance, that is, ignoring what position they occupy in society and who they represent. The aim of this veil is to attain a starting position with no prior interests, or an impartial one. According to Rawls, ignorance of these details—our position in society and that of those we represent—leads to principles that are fair to all: in not knowing whom your decisions benefit or harm, you make the fairest decision possible. From this original position, and the veil of ignorance, arise the principles of justice: a just society is one that adopts norms that everyone would accept in that original position.

Consequently, for Rawls, the members of a political community have the obligation to provide and maintain those interests that guarantee *citizens are in a position of equality*. These interests are reflected in the two principles of his theory, which states that all people should be guaranteed:

- the same basic rights and freedoms and
- a fair equality of opportunities with regard to offices and positions.

The first principle assumes that the right to equal application of the law for all, the right to life and physical integrity, the right to freedom of

thought, conscience, political participation, association, etc. are non-negotiable freedoms pertaining to all individuals. That is, they cannot be sacrificed to achieve goals such as greater economic growth or the well-being of the majority.<sup>4</sup>

The second principle, the difference principle, gives the power of veto to the most vulnerable, thereby prohibiting social and economic inequalities harmful to the most disadvantaged. This is what gives Rawls' liberalism its egalitarian character. Inequalities are allowed only when they are not in conflict with the first principle (for example, they would be in conflict if they excessively interfered with the democratic system or destroyed equal opportunities) and when they do not harm those who are worse off.<sup>5</sup>

Although Rawls makes little use of the concept *common good*—preferring *common interest*, *public goods* or *social unit*—he does use it to refer to the sum total of social conditions that correspond to the two interests reflected in these principles. Thus, it is possible to understand the common good as the legal order that grants citizens freedom of expression, freedom of conscience and other liberal freedoms; the democratic system of government that provides citizens with political freedoms, such as the freedom to vote, hold public office and participate in collective rule-making; the court system, which enforces the rule of law; police protection and national defence, which protect basic freedoms; legal protection for our free choice of occupation; the media, which provide information that allows equal opportunities; a transportation system for people to access work; and an education system (public or private) that ensures conditions in which people with similar talents and motivations have similar perspectives, regardless of their class or family background.

If people living in a society reason based on these common interests, they are evaluating policies from a point of view that does not distinguish between citizens. The interests of others are accorded the same status as

---

4 “These principles rule out justifying institutions on the grounds that the hardships of some are offset by a greater good in the aggregate” (Rawls, 1999: 13).

5 “... social and economic inequalities, for example inequalities of wealth and authority, are just only if they result in compensating benefits for everyone, and in particular for the least advantaged members of society” (Rawls, 1999: 13).



one's own interests. It is a mutual agreement in which individuals work for the interests of their fellow citizens. Ultimately, what Rawls proposes is not to pursue the construction of perfect or good societies (understanding in this regard what each of us considers as such: a liberal, Christian, Islamic, Jewish state... with a socialist, neoliberal, social democratic system of organization... etc.), but to pursue societies based on correct principles (understanding these to be the basic principles of equality and freedom on which everyone can agree).

Therefore, Rawls' view points to the need to find a balance between freedom and equality, where equality functions as a kind of limit to freedom—so that political decision-making does not privilege a social group or specific individuals and generates conditions beneficial to all citizens (which to Rawls means taking the most disadvantaged into account). This seems to us to be a useful point of departure and reference for evaluating the work of think tanks.

## Principles of common good for think tanks

In their capacity as organizations responsible for providing reflection, expert analysis and ideas to influence political decision-making in society, think tanks assign themselves a relevant role in many aspects related to the aforementioned common interests. Think tanks are themselves, of course, organizations that reflect the freedom of expression that Rawls' theory of justice guarantees. That is, liberal theory justifies the existence of think tanks in the first place, as mentioned in the introduction. But what interests us most here is to consider whether think tanks contribute to the common good as defined by Rawls. We therefore propose attention be paid to the extent to which their work contributes to Rawls' two principles in particular, which, translated for think tanks, could be as follows:

For think tanks to correspond to the common good, they must contribute to developing...

- the classical liberal (freedom of expression, conscience, association, information, etc.) and political freedoms (not only freedom to vote but also to hold public office, participate in the collective compilation of norms, etc.) in democratic societies. In other words, think tanks

should *contribute to ensuring that all people are guaranteed the same basic rights and freedoms;*

- equal opportunities (promoting those spheres that guarantee it, such as the education system, transportation, fair and equal access to employment, etc.). In other words, think tanks should *contribute to people with similar talents and motivations having similar opportunities, regardless of their social origin and initial resources; and that inequalities, if they do exist, benefit the most disadvantaged people.*

Based on Rawls' egalitarian liberalism—the need to promote classical liberal freedoms and foster the development of equal opportunities—we propose that the following four indicators be taken into account when assessing the contribution think tanks make to the common good:

a) *Not being at the service of the elites*

Effective and legitimate political decision-making in developed democracies cannot be a top-down process—it must be participated in and guided by all social actors, especially taking into account the most disadvantaged. Not all think tanks have adapted enough to incorporate this idea, which has characterized current thought across much of the ideological spectrum since the end of the Cold War—this statement even being shared by various think tank directors (for example, Niblett, 2018). If they are to make a contribution to the common good, think tanks should not serve or be part of the elites. All those think tanks created by public diplomacy or political parties are clearly at the service of the elites, for example. The elites comprise those think tanks that function as a meeting place exclusively for individuals belonging to the high political, economic or military spheres, with the aim of training for future positions, justifying decisions already taken by the elites or protecting their interests. Think tanks do of course have dealings with the elites, but if this relationship subordinates them or deviates from the principles of the common good, then their contribution cannot be considered to be in the common interest.

b) *Monitoring power*

Misuse of their proximity to power by many think tanks has led to a biased view of these organizations as a whole. However, proximity to power may have the aim of influencing power to establish one's own

particular agenda or to ensure optimal decision-making, which in our case we define as that focused on the common good through the indicators that we propose here. In this respect, an indicator of service to the common good may be the intention not only to not be at the service of the elites but also to put pressure on those same elites, so that decision-makers are accountable to the public. In reality, some think tanks already do this. However, if they do so in a partisan way—by representing the interests of the political party in opposition, for example—they are logically not rendering a service to the common interest, or doing so only partially. The latter is, for instance, the case when something is being demanded that can benefit the freedoms, rights and opportunities of all or, especially, of the most disadvantaged, but the claim is made mostly for partisan or electoral purposes. In any event, monitoring the elites to make public decisions more transparent, increase the separation of powers, empower citizens, reduce political corruption, protect human rights, strengthen the rule of law to protect citizens from abuse of power, etc. are all good indicators of serving the common good—even if done in a partisan way. This indicator may seem difficult to fulfil, but it is essential if the aim is for think tanks to have the capacity to improve society through better political decision-making.

c) *Attention to social problems*

Regardless of one's initial ideological position, a real contribution to the common good is only possible if one adopts a critical view—that is, if one pays attention to the problems existing in society, rather than contributing to generating them or expanding existing ones. The critical view must be both outward and inward. Outward, to attend to those aspects of society that need to be improved, especially through attention to equal rights, freedoms and opportunities. Inward, to engage in self-criticism regarding the adopted perspective or the negative results that promoted ideas may have or have had for society. During the 20th century, and still at the beginning of the 21st century, many think tanks devoted themselves exclusively to promoting economic globalization or contributed to the bipolarity of the Cold War and militarization without paying attention to the inequalities, imbalances or even dangers that these entailed. In contrast, other think tanks promoted international institutions that it was hoped would guarantee peace and coexistence, as well as measures

related to social inequalities. Some did both. At the same time, the critical view cannot ignore the very problems of liberal democracy that prompted the birth of think tanks. These organizations must also question what until now has been seen as taboo by a large majority of them: the dominant androcentrism in these organizations and patriarchy in society, the problems of how liberalism has evolved (such as dogmatization of the free market), the problems of capitalism and economic globalization, dominant anthropocentrism, classism and westernism. It is necessary to address all social problems in order to really contribute to the common good.

d) *De-escalating and working for peace*

In the economic and military sphere, contributing to the common good obviously involves promoting measures that de-escalate conflicts and build mutual trust, consensus and coexistence—contrary to what many think tanks did during the Cold War, and that some continue to do today. By way of example, it is necessary to carefully assess when a think tank dedicated to security and defence is really contributing to peace and not simply responding to the interests of the military-industrial complex. Equally, generating fear in the population does not contribute to peace. Focusing on risks contributes to ignoring positive solutions. Real contribution to peace does not entail generating mistrust, which shatters coexistence. A commitment to promoting peace and positive change can be identified through the efforts being made, or not being made, by think tanks to promote cooperation in international affairs—based on rules accepted by everyone—rather than in the balance of powers. Niblett (2018), for example, proposes that think tanks play an active role in developing norms, standards and rules for global governance; contribute ideas for effective regulation of the global flows of goods, services, finances, people and information; and exert pressure to increase the levels of transparency demanded of states in international treaties and agreements, through, for example, public analysis and comparative indexes that reveal deficiencies in this regard. This author, who is also the director of Chatham House, ultimately proposes that think tanks help build a different international society. Logically, this represents a maximalist ideal, but observing whether an organization is working in this direction can be a good indicator of its potential contribution to the common good.

In short, in order to identify whether a think tank's contributions benefit the common good, we propose addressing the extent to which it contributes to ensuring that all people have the same basic rights and freedoms, and the same opportunities. Such a broad aim must be evaluated for each individual case, but some indicators of this are not being at the service of the elites, monitoring power, focusing on social problems and working for peace, helping to de-escalate conflicts and tensions.

It is not difficult to observe that all of these aspects—both those related to the capacity to generate expert knowledge and its orientation towards the common good—do nothing other than benefit the credibility of think tanks and, therefore, their capacity to influence. In order to influence all of their audiences, and not only in the political sphere today, think tanks must not serve the perspective of governments, interest groups, economic power or the military sector. Further, it is important not only that they do not appear to be, but that they actually are not.

In summary, from the genesis, history and experience accumulated after more than a century of these organizations being in existence, we can deduce that it is possible to define an ideal think tank model, considered here as one that produces knowledge and expert analysis dedicated to the common good (see Table 2). Logically, the model outlined here leaves out many organizations that call themselves think tanks or present themselves as independent institutes capable of providing an original production of reflections, analysis and advice, since many of them lack the capacity to generate knowledge and expert analysis, or their main purpose is to promote a certain political agenda or protect specific economic interests, for example. Others may have this ability to provide expert analysis, but not be oriented towards the common good.

What we consider most important about our proposal is that, in the first place, it allows for expert think tanks to be distinguished from impostors. That is, always based on our ideal organization, our proposal allows us to distinguish those think tanks that contribute to society, despite logically doing so very imperfectly, from those that merely use the vehicle (and prestige, in some cases) of think tanks to promote particular interests (specific ideas, specific political agendas, specific economic interests).

TABLE 2  
 PROPOSAL OF INDICATORS FOR ASSESSING THE CONTRIBUTION TO SOCIETY  
 MADE BY ORGANIZATIONS THAT ADOPT THE THINK TANK PROFILE

<i>Capacity to generate expert knowledge and analysis</i>	<i>Orientation towards the common good</i>
Focus on knowledge and analysis	Rawls' general principles:
Own expert production	Contribute to ensuring that all people are guaranteed the same basic rights and freedoms
Development of ideas/proposals	Help people with similar talents and motivations have similar opportunities and that ine-qualities, if they do exist, benefit the most disadvantaged people
Thematic specialization	Indicators:
Intellectual independence	Not being at the service of the elites
Inclusive organization and thinking	Monitoring power
	Paying attention to social problems
	De-escalating and working for peace

But also, secondly, our proposal seems useful to us because it does not distinguish between think tanks according to ideology, governance, organization, mission or financing, but only according to their results. It seems to us that a think tank can make a contribution to the common good by employing expert knowledge from any democratic ideology. And that this can be done whether the organization in question has a more academic or activist profile, or is even under contract. We even believe that it is possible to contribute with intellectual independence when receiving funding from sponsors that may at first glance seem problematic. We believe this because we are aware that no organization can logically satisfy all the needs for knowledge and expert analysis that decision-making requires and that, ultimately, the discussion and reflection we need stems from a confluence of all views (that diversity and productive dissent necessary to arrive at the best decision, as mentioned earlier, Leslie, 2021). What is required, then, is that views be inclusive—that is, oriented towards diversity—prepared and capable of providing relevant knowledge and analysis, and of doing so while taking into account the promotion of those basic principles that all citizens can accept as a starting point—related to freedom limited by equality. It is of no use if they are views that are well-founded but at the service of particular interests we have not agreed upon as a community (think tanks that are simply lobbies). And neither is it useful if they are views that accept these common interests as the ultimate goal, but are not prepared to generate relevant analysis to this end (organizations without the ability to analyse in depth or provide proposals).

James McGann (2021b, 16) lists the following reasons for the appearance of think tanks: the information and technological revolution; the end of governmental monopoly of information; the increasing complexity and technical nature of the problems facing regulation; the growing size of governments; a crisis of confidence among the political class; globalization and the growth of states and other international actors; and the need to have information and analysis that is concise and delivered fast “in the right way, in the right hands, at the right time”.

We would add to this list the fact that, taking advantage of the prestige achieved by some think tanks, many of those that have appeared since the end of the Cold War have done so simply to create organizations in the service of causes which are more or less oriented towards the common good, whether they have greater or lesser amounts of tools and resources available to them. In other words, they are simply using the think tank phenomenon to try to exert influence. In some cases, they are crude instrumental replicas, which well-intentioned authors attribute to the cultural difference between the English-speaking world, where the phenomenon originated, and those countries where there is state capitalism or authoritarian capitalism, which lack liberal democracies, and therefore free media systems and strong civil partnerships. In other cases, the replicas more resemble the original, as is the case with many of the organizations founded in the United States or the United Kingdom. In all such cases, these think tanks correspond more to an instrumental interest in taking advantage of the appeal of the think tank phenomenon than to a relevant cause like those mentioned in McGann’s previous list. We believe it is essential to distinguish between these organizations in order to use their potential to better inform public debate and decision-making. But to achieve this, it is necessary to separate the wheat from the chaff, and distinguish those who contribute for the good of all from those who only wish to impose their ideas or lobby for third parties (or both at the same time). The indicators that we propose here may be effective to this end. To exemplify this, in the next and final part of this book we will apply them to the role that think tanks have played in the climate crisis in Europe.





## THINK TANKS AND THE CLIMATE CRISIS

The role that some think tanks have played in building a message contrary to the scientific consensus on the climate crisis is well known. This has been widely studied in the United States (see, for example: McCright, 2007; Jacques, Dunlap, and Freeman, 2008; McCright and Dunlap, 2010; Dunlap and Jacques, 2013; Farrell, 2016; Brulle, 2014; Brulle 2020) and we have begun to investigate their attempts in Europe (Plehwe, 2014; Almiron et al, 2020; Almiron, Rodrigo-Alsina and Moreno, 2021; Busch and Judick, 2021). This has allowed us to obtain in-depth knowledge not only of the think tanks involved but also of the conservative and reactionary<sup>1</sup> movement that has so effectively obstructed climate action in the United States—which may be less visible and effective in Europe, but is not negligible. And, as often happens when we start to

---

1 McCright and Dunlap (2010) call climate contrarianism an “anti-reflexivity force”, because it attacks two basic pillars of modern action: defence of the environment and environmental science. We add to this reactionary force its speciesist anthropocentric character—omitted in the critique made by environmental ethics—which has justified environmental ecocide and the exploitation of individuals of other species based on the supposed superiority of the human species (Almiron and Xifra, 2021).

investigate, we have also discovered that the reality is much more complex than first imagined. This has forced us to refine the terminology much more, to distinguish between different types of obstruction and identify responsibilities in a more precise way.

Before applying our think tank evaluation proposal to anti-climate action organizations, we will summarize what we have learnt in order to provide context for our analysis below.

## Think tanks and climate obstruction

If one thing has become clear about the movement that has obstructed climate action, it is precisely its association with conservative, neoliberal androcentric free-market dogma defenders. We have been able to verify that the counterarguments used by climate-sceptics have been practically identical in the United States and Europe, and that the same climate-ideological parallelism has been identified in both regions: political parties and citizens positioned on the right of the ideological spectrum showing less conviction regarding the existence and problem of the climate crisis and less willingness to support mitigation actions than citizens who situate themselves more on the centre-left or left. In addition, a certain type of masculinity has also been highlighted as being central to the construction of anti-climatic identity: one that promotes an industrial and financial capitalism that is predatory of the environment (Hultman and Pulé, 2018).

The need to observe all of the different components of these obstructionist movements has also become evident, whether in the United States, Europe, or wherever they may be located. Observed individually, due to attention being paid to specific individuals or organizations, we may miss the structures and complex architecture of the relationships that link them. And this allows a considerable and very effective resonance of ideas to be produced—sometimes by very few voices—due to the discursive networks that are woven between these organizations, their leaders, the related media and other political, economic and social actors aligned with their ideas.

Moreover, an analysis of the think tanks involved in climate obstructionism has led us to understand three things. First, research has

shown that it is neither accurate nor perhaps appropriate to label the anti-climate movement as “denial”. On the one hand, this is due to the strict meaning of the word “denial”. For the Royal Academy of the Spanish Language, for example, denialism is an “attitude that consists in the denial of certain realities and relevant historical or natural events, especially the Holocaust”. In English, the Free Dictionary defines denialism as “a person who refuses to accept something that is regarded as an established fact: a Holocaust denier”. Precisely this association of the term “denialism” with the Holocaust has made a considerable number of researchers prefer not to use it to refer to those obstructing the fight against current global warming, which is neither historical nor natural. While in Spanish, at least the Spanish used in Spain, the term “denier” is most widely employed with respect to opposition to climate action, critical researchers from the United States and the United Kingdom have been much more precise, substituting it for others such as “climate-sceptical”, “opponents” or “contrarians”, those who “counter-argue” and the “counter-movement” or simply “those who obstruct” climate action, among other possibilities.

These clarifications are very precise, because a great variety of degrees and reasons can be found within this large box of opponents: there are those who reject the existence of climate change, those who do not reject it but reject that it is anthropogenic, those who do not reject one or the other but do reject that we know how serious it is, those who believe that we do know and reject that the fact it is serious, those who accept that it is serious but believe that climate action policies only worsen the situation and those who believe that global warming is actually beneficial for the planet and humanity. The above list often includes the rejection that there is scientific consensus on climate change and that the intergovernmental panel on climate change (IPCC) is legitimate. The arguments of some anti-climate actors have also evolved, the degree and type of argument varying over time (from denying climate change to denying its severity going, for example), thus also showing that positions are not static. Therefore, the variety of types and degrees of counterarguments prevents the term “denialism” from representing them all equally (and perhaps none of them if we want to avoid comparisons with the Jewish Holocaust).

At the same time, research has revealed that not all acts of scepticism regarding climate change involve the same kind of denial. It is easy to see that the above list of obstructions essentially refers to two types of denial, specifically what the UK-based South African sociologist Stanley Cohen called *literal* and *interpretive* denial (2000). That is, the list of arguments in the previous paragraph includes denial of proven facts (climate change, its severity, scientific consensus...), which would be literal denial; and denial of the explanation that is inferred from those facts, which would be interpretive denial (that current global warming is mainly caused by human activity). However, there is a third type of denial, also proposed by Cohen for states of denial in general, and generally omitted from analyses of climate obstructionism. This would be *implicatory* negation: one that denies the implications of those facts (which here would mainly be related to the changes in behaviour that humans must adopt if they were to act consistently).

What is surprising about this last type of denial—i.e. implicatory—is that it is not only typical of the movement considered climate-sceptical, but is spread throughout society (Almiron, 2020). It is a passive denial, rather than an explicit one, but still an obstruction. Denying the implications of climate change is what has prevented Europe from making any real progress on climate policy, despite being one of the regions on the planet where its inhabitants are most aware of the impact of humanity on the planet and its climate. Thus, research has shown that, in reality, many more individuals maintain some degree of obstructionism than solely those comprising what we have come to call the climate counter-movement. This is in no way a trivial finding, and one that we have verified when studying, for example, the issue of the environmental and climatic impact of animal agriculture and food derived from it, a case we will consider in the last section of this chapter.

The above constitutes an important step in assigning responsibilities fairly, something that researchers in the English-speaking world, and especially Americans, have repeatedly warned us about regarding think tanks and climate change, even for literal and interpretive denial. While it is true that some think tanks have played a key role in delaying and hindering climate action in the United States, the structure of obstructionism is much broader and includes a long list of actors:

corporations and trade associations, coalitions and interest groups, public relations agencies, astroturf groups, philanthropists and conservative foundations, some scientists, conservative media and politicians, and some bloggers (Dunlap and Brulle, 2020). In Europe, we have also been able to identify that obstructionist think tanks are not alone, they are at least connected with the neoliberal movement and with the US counter-movement, as well as having like-minded journalists and bloggers.

In short, just as it is incorrect to consider all think tanks as propaganda and lobbying tools, it is equally incorrect to consider that all the blame for climate obstructionism falls on denialist, sceptical, climate-opposing or simply contrarian think tanks, depending on whom we observe. There are not only more social actors involved, but also climate activist think tanks have contributed somehow to obstructionism. Opposition to advancing real climate policies is a complex phenomenon that deserves to be addressed free from simplistic dualisms. In reality, it is such a complex phenomenon that many of the think tanks involved do not even deserve to be called think tanks.

We will now analyse those think tanks involved in disseminating discourse on global warming in Europe in order to assess the extent to which they constitute organizations worthy of this label or not. To this end, we will apply our two proposed criteria: the capacity to generate knowledge and expert analysis, on the one hand, and their contribution to the common good, on the other.

## Obstructionist think tanks<sup>2</sup>

Let us first address blatant opponents of climate action. This is a small group of think tanks but has been identified as very active in disseminating messages against climate action in different countries of Europe. The list we have studied includes the Austrian Economic Centre-AEC (Austria), the Institut Économique Molinari-IEM (France), the Europäisches Institut für Klima und Energie-EIKE (Germany), the Juan de Mariana Institute-IJM

---

<sup>2</sup> This section is based on results from Almiron, Boykoff, Narberhaus and Heras (2020), including unpublished data from this paper.

(Spain), the Liberales Institut-LI (Switzerland), the Centre for Policy Studies-CPS (UK), the Institute of Economic Affairs-IEA (UK) and the Global Warming Policy Foundation-GWPF (UK). They are not the only climate-sceptic organizations in Europe, but they are the most important and representative of the type of obstructionist think tank that we find in this region of the world.

### Do they produce expert knowledge/analysis?

Logically, ruling out the production of these obstructionist organizations simply because we already know that they are obstructionist is not an objective way to proceed. Neither is discarding their capacity to produce knowledge due to their ideology. To assess think tanks' capacity to generate expert knowledge and analysis, we proposed six variables: a focus on knowledge and analysis; own expert production; development of ideas; specialization; intellectual independence and inclusive organization and thinking. We will only focus on some of these, since the absence of some is enough to reflect analytical weakness or a lack of capacity in general.

To begin with, only two of the organizations identified as obstructionist are specialized in climate issues—the German EIKE and the British GWPF. The rest are multi-thematic, and generally focused on economic analysis. Therefore, the rest of the organizations are not experts in environmental or climate change issues and only the creation of ad-hoc working groups would justify being able to provide expert knowledge and analysis in this regard. To examine this aspect further, it is useful to observe their public production accessible through their websites.

The production related to the climate crisis between 1994 and 2018 attributable to this group of think tanks clearly shows that only some of these organizations have a true capacity to generate knowledge and analysis. As Table 3 shows, most of them actually dedicate a large part of their production to giving their opinion or sharing the opinions of others. And for some this constitutes all of their production. This is the case of the Spanish think tank Instituto Juan de Mariana and the Austrian organization Austrian Economic Centre. In these two cases, all contributions related to climate change are opinion pieces. As for the

other organizations, almost all production comprises opinion; an example of this would be the CPS, with one solitary report directly related to climate change.

In actual fact, only the GWPF has a relevant amount of own production, with 46% of all its production being in the form of reports compiled by researchers who collaborate with the organization. EIKE, LI, IEA and IEM also have analytical own production, but to a far lesser degree.

It is shocking, however, to observe that the organization that offers the greatest production, the GWPF, does not report having any employees (just nine patrons and one volunteer in 2020), and therefore does not actually have its own research teams, but rather individual external collaborators. In contrast, the IEA, probably the think tank with the largest budget of the group (£1.4 million in expenses in 2019) and which claims to have had 11 patrons and 19 employees in 2019, does not show any great capacity for expert analytical production.

The conclusion is clear, at least with regard to the information available on their websites. If we look at the capacity of these eight obstructionist organizations to generate expert analysis, only the GWPF principally dedicates its work to generating analytical production—even though it does not actually have an internal research team. The rest, even in the case of EIKE, which is specialized in the field, dedicate a greater quantitative effort to generating documents that would be classified as opinion, or dedicate their entire efforts to this endeavour. Opinion texts are clearly of interest in reflecting and disseminating the perspective of experts, but this type of text must be accompanied by analytical production with a scientific attitude if the organization is to be considered to have the capacity to generate expert knowledge according to the proposal we make here.

When think tanks dedicate 100% of their production to opinion texts—as is the case with Juan de Mariana and Austrian Economic Centre here, for example—they would be disqualified from being considered as think tanks, as they would be functioning more as public relations or political propaganda apparatus, at least in the matter of climate change. Those which dedicate a large majority of their effort to disseminating

opinion rather than analysis may also be considered to have a weak profile as a think tank.

TABLE 3  
*PRODUCTION ON CLIMATE CHANGE BY THINK TANKS AGAINST CLIMATE ACTION  
 IN EUROPE (1994-2018\*)*

	<i>News, Opinion, Posts</i>	<i>Own reports</i>	<i>Comments</i>	<i>Specialized in CC</i>
AEC	100 %	No	Does not produce own reports (or at least public ones).	No
CPS	83,33 %	Yes	Has one own public report on its website.	No
EIKE	68,28 %	Yes	21% of production comprises reports, which are mostly the organization's own.	Yes
GWPF	48,11 %	Yes	46% of production comprises own reports.	Yes
IEA	82,08 %	Yes	17% of production comprises reports, which are mostly the organization's own.	No
IEM	87,5 %	Yes	13% of production comprises own reports.	No
JDM	100 %	No	Does not produce own reports (or at least public ones).	No
LI	73,23 %	No	17 % of production comprises reports compiled by climate-sceptic net-works (now disappeared) of which LI was a member.	No

Source: Data collected as part of the THINKClima project.

\*Texts available through the search engine of their websites. Not all of the organizations published texts on climate change during this time frame, the indicated period ranges from the first localized publication to the most recent, considering all think tanks as a whole.

## Do they contribute to the common good?

To examine whether these organizations contribute to the common good in any way, we have proposed the Rawlsian principles of guaranteeing the same basic rights and freedoms to all people and that people with similar talents and motivations have similar opportunities, while



inequalities are only tolerated if they benefit the most disadvantaged people. In order to measure this, we proposed four indicators: verifying whether the organization is at the service of the elites; whether it monitors power; whether it attends to social problems; and whether its actions contribute to de-escalating conflicts. As with the previous parameter, we do not need to conduct an exhaustive analysis of each one of these variables, since not applying any of them already poses a problem.

Below, we analyse some aspects of these organizations that can shed light on these indicators, discarding from this list those that do not have any analytical production—the Juan de Mariana Institute and the Austrian Economic Centre—and therefore already fall outside the profile of think tank as we have defined it here.

First of all, the three British organizations—the CPS, GWPF and IEA—are without doubt the three most relevant obstructionist think tanks on our list and in Europe. All three are members of what some have called the Tufton Street network, named after the street in London where many of the UK's leading pro-Brexit campaign groups and think tanks have or had their offices. All three organizations did indeed also push hard for a hard Brexit at the time.

The Institute of Economic Affairs is the oldest of the three. It was created in 1955 by Anthony Fisher, deeply influenced by the ideas of Friedrich von Hayek, not only politically, but also strategically, in the need to combat socialism with tools such as think tanks. Fisher was an entrepreneur who became a millionaire by introducing the intensive farming of hens in cages, which he had discovered in the United States, to British farms. The IEA is associated with the New Right and in 2021 claimed via its website to “promote the spread of free market thinking”, considering this to be where the solution to all problems may be found. Its alignment with the neoliberal worldview is therefore clear, and it has been said of this centre that the radical turn that Margaret Thatcher gave to public policies in the United Kingdom was due more to this think tank, and to Fisher, than to any other reason.

The Centre for Policy Studies (CPS), created in London in 1974, was co-founded by Sir Keith Joseph, Alfred Sherman and Margaret Thatcher to challenge the post-war Keynesian consensus and defend economic

liberalism in Britain. In 2021, it described itself on its website as “Britain’s leading centre-right think tank”, with a mission to develop “a new generation of conservative thinking, built around promoting business, property and prosperity”. The CPS is considered one of the two most influential think tanks in the UK, alongside the IEA.

Finally, out of this triad of British think tanks, the Global Warming Policy Foundation (GWPF) is an organization created in 2009 by Nigel Lawson, former Minister of Finance (1983-1989) with Margaret Thatcher. Due to its considerable media visibility, the GWPF is considered the UK’s leading voice in the media when it comes to climate change denial. Its founding is considered an attempt to literally replicate obstructionist organizations in the United States. The GWPF is particularly concerned about the costs of climate change policies, which they view with enormous scepticism and consider to be fuelled by irrational scaremongering.

Outside the UK, the next oldest organization in this group is the *Liberales Institut* (LI), established in Zurich, Switzerland in 1979. This think tank is an avowed follower of the Austrian School of Economics—a school of economic thought characterized by its strong criticism of neoclassical, Marxist, Keynesian and monetarist economic theories and a defender of what they call “the economic science of the free market”. On his website, in 2021, the LI described its work as being dedicated to “researching and disseminating the ideas of freedom”.

By date of creation, the next think tank is the French *Institute Économique Molinari* (IEM), which was founded in 2003. Despite having offices in Paris, Brussels and Montreal, it is a very small centre that was named after the Belgian economist Gustave de Molinari (1819-1912). Molinari is credited with being one of the earliest advocates of anarcho-capitalist ideas in Europe, which inspired American libertarians. The IEM promotes a “Fiscal Freedom Day” in France, following the father of economic neoliberalism, Milton Friedman, who relaunched the idea in the United States in the 1980s.

Finally, the *Europäisches Institut für Klima und Energie* (EIKE) was founded in Germany in 2007 by Holger J. Thus, a conservative publisher and activist. The EIKE works closely with the right-wing populist *Alternative for Germany* (AfD) party and is very well connected with the US anti-climate movement.

It can be argued that, from the point of view of contributing to the common good, turning the free market into dogma disables the neoliberalism that all of these organizations promote. This is not only due to the many signs that dogmatic application of the free market has displayed of harming, rather than promoting, equal rights and opportunities for citizens. This approach also disables them, because maintaining ideas dogmatically, taking them as indisputable and undeniable starting points, is not an attitude that allows for progress to take place, and, for us here, it means decentralizing the priority of what constitutes the common good, understood as Rawls' egalitarian liberalism—in other words, people's basic rights and freedoms are non-negotiable, they cannot be sacrificed to achieve global goals, such as free markets. Market freedom can sometimes work to protect freedoms, but applied dogmatically it becomes an end in itself.

The main problem with these organizations, however, is that the arguments or, rather, climate counterarguments that they promote are perfectly aligned with a series of elitist interests. This is probably what leads them to criticize any measure that harms large polluting industries and benefits alternative energy sectors or promotes a profound change in habits among citizens (involving a change in key consumption related to diet, mobility, growth...). These organizations claim that their proposals will indirectly provide a common good, whereas in reality decades of global neoliberalism have proved that this is not the case in practice. Therefore, although all of these organizations would meet the criterion of monitoring power, all of them do so, both directly and indirectly, by serving the interests of economic elites directly related to global warming.

This protection of elitist interests is also reflected in the financing they receive. By way of example, the founder of the EIKE created the European delegation of CFACT, a US lobbying organization that has received large sums of money from ExxonMobil—an oil giant that also financed the IEM. The IEA has received funding from British Petroleum since its inception. The GWPF is largely financed by US companies that support climate obstructionism. The LI and the CPS are totally opaque in terms of their financing, but the financial capacity of the latter to lobby against climate action and for Brexit has not gone unnoticed and has earned it a reputation for being one of the least transparent think tanks—together with the IEA (Transparify, 2017).

Similarly, although all of these organizations claim that their ideas contribute indirectly to improving social problems, none of them focuses on these problems or on de-escalating tensions; in fact, quite the opposite in the latter aspect. There is no question that science can be wrong and is constantly evolving and in need of frequent verification. Criticism should always be welcome, even when there seems to be a broader consensus on an issue (let us again recall Leslie, 2021). However, these think tanks' criticism of the fight against global warming incorporates a wealth of verbally hostile rhetoric, ad hominem attacks and divisive (polarizing) comparisons. This unconstructive criticism is directed against politicians, activists and the media that promote the climate fight and is entirely unscientific in both the United States and Europe. It therefore dispenses with scientific argumentation. This was also proven to be the case with the pro-Brexit rhetoric, which was profoundly exclusive.

In summary, the group of organizations that we have analysed here as prominent obstructors of climate action in Europe can technically be considered in their vast majority fake with respect to what they contribute to the climate debate. Most do not have the relevant capacity to generate expert analysis, and when they do, it is all but impossible to validate their contribution to the common good by means of our objective indicators. For this reason, these organizations should not be considered as think tanks but as mere lobbies or political propagandists masquerading as research institutes.

In our opinion, and this is the main contribution of the model we propose, the main problem with these organizations is not their ideology. After all, think tanks are essentially organizations that promote ideas, and it is entirely wrong to automatically disqualify an idea simply because we disagree with it (or because we do not even consider it an idea in the first place). In reality, intellectual dissent is essential for optimal decision-making, as we have repeated throughout this text; but it must be a constructive dissent, based on confronting scientific knowledge, not on escalating the ideological conflict. In fact, even with broad consensus, as is the case with current anthropogenic global warming, it is essential to pay attention to contrary ideas and do so with an open mind, as they can be extremely useful in detecting weaknesses in our arguments or even identifying relevant problems in our beliefs—let us not forget that the

scientific spirit has nothing to do with the static defence of ideas, but with the permanent improvement of what we know. This applies to all, contrarians but also climate change advocates.

What our proposal contributes is that, regardless of the ideology of these organizations and of the scientific level of their contributions, none of them satisfies the necessary indicators to be technically considered a contributor to expert analysis and knowledge for the common good (that is, a think tank): either because they only or basically generate opinion (five of the eight think tanks observed), or because their expert analysis (the GWPF, EKE and IEA) is too closely linked to the polluting elites, monitors power to serve them, does not focus on social issues and escalates conflict rather than focusing on scientific discussion.

We have now seen the most elementary and visible part of our analysis, since so far it has been related to those (misnamed) think tanks explicitly obstructionist of climate action. But our validation of think tanks as organizations with the capacity for expert analysis that contribute to the public good also reveals important shortcomings in think tanks not suspected of promoting climate inaction. The next and final section of this text is dedicated to this, and concludes with a paradigmatic example in this respect.

### Non-obstructionist think tanks<sup>3</sup>

Europe has almost three thousand organizations classified as think tanks, according to the University of Pennsylvania's 2020 ranking—more than 500 in the United Kingdom alone. However, only just over two hundred are mentioned as the most influential in this ranking—including seven of the aforementioned eight obstructionist organizations. The rest of those almost 200 organizations do not deny the climate crisis, either its causes or effects. To assess their contribution to the climate debate, we subjected all of them to an implication-level denial test.

---

<sup>3</sup> This section is based on results from Almiron, Rodrigo-Alsina and Moreno (2021).

We have known for decades now that animal agriculture, and by extension the animal-based diet, is one of the main causes of greenhouse gas emissions on the planet. Jeremy Rifkin was the first to expose this fact in 1992, long before the FAO (Food and Agriculture Organization) did so in 2006 (Steinfeld et al, 2006), which is when the link became public knowledge. Since then, a long list of studies has confirmed this impact and expanded our knowledge of it—conducted by both government and non-government agencies and independent researchers. The data have revealed that the problem lies in both intensive and extensive farming, despite the fact that the latter tends to be seen in a bucolic way. The harsh reality is that animal suffering and environmental pollution are found on both types of farm, albeit to different degrees and of different kinds.

The agri-food industry has tried to neutralize this impact through various counterarguments. Among these, by way of example, we would highlight the importance of animal waste for keeping agricultural land in good condition and stating that it is possible to sustainably rear animals by improving waste management and food technology. However, with respect to the first argument, the agribusiness contradicts itself, since it has proved that it is possible to grow food without using manure: food can be produced using plant-based fertilizers or even without soil, through liquid nutrients in hydroponic crops. On the other hand, the argument in favour of sustainable farming implies blind faith in (future) technology as a solution to everything, and of course leaves the ethical question of farming animals, who are themselves sentient beings, unresolved. Only cultured meat would appear to allow for the true abolition of animal agriculture as we know it today, although it is not yet clear whether this option is really sustainable or ethical. Equally, changing from one type of food of animal origin to another (stopping eating cows to start eating chicken or aquaculture fish, for example) runs up against the same problem as moving from intensive to extensive systems; once analysed in depth, it is quite clear that they are not a solution, but part of the problem. All of these changes have more drawbacks than benefits, including, for example, the tremendous impact that extensive systems have on deforestation and erosion, as well as methane and CO<sub>2</sub> emissions from both types.

What we do know with some certainty today is that approximately 23% of all anthropogenic greenhouse gas emissions are derived from

agriculture, forestry, and other land uses, and that the vast majority of activity related to these emissions consists in producing food of animal origin (IPCC 2019). For this same reason, the link between human diet and climate is an issue that deserves the attention of any actor interested in discussing ways to reduce emissions and mitigate global warming, such as non-obstructionist think tanks who wish to make some contribution to easing the climate crisis.

To this end, after ruling out those organizations that have made no contributions to the climate change debate (including those that did not offer a website search function and those that did not publish in English), the THINKClima team in charge of this research (Núria Almiron, Miquel Rodrigo-Alsina and Jose A. Moreno) constructed a list of 110 think tanks in Europe that published some type of text, of any kind, opinion or scientific, mentioning the animal diet and global warming from 1984 to 2019. In total, 1,408 relevant texts were identified mentioning the two variables. The research question was: Did think tanks establish the link between animal diet and climate crisis in some way in those texts? The response was surprising.

Of all the texts analysed, less than 5% (67 articles) made the impact of the animal-based diet on the climate explicit in a relevant way (as the central issue of the article), while only 13% mentioned it in passing. The vast majority of the texts were therefore limited to including the two variables in the text—animal-based diet and the climate crisis—without connecting them. Most of the organizations that authored these texts were concentrated in only two countries, the United Kingdom and Germany.

Given the large number of organizations studied, which were also the most relevant and had been examined without time limitations (including all localizable texts on their websites, which covered a time span of over three decades), we ultimately concluded that instead of producing knowledge, what these think tanks had produced over all these years was in fact ignorance.

This implication-level denial test shows that the vast majority of non-obstructionist think tanks in Europe have helped to hide the implications of our acceptance that there is a human-made climate crisis. Insofar as the issue of diet affects habits, to not address the link between an animal-based diet

and the climate crisis means to neglect a very important part of the problem, which involves our behaviour. This, in short, is a denial of the implication.

This exercise has allowed us to obtain a picture of the capacity to generate expert knowledge for a considerable number of organizations. Discussions regarding the negative impact that the animal-based diet has on the planet are mainly produced in Europe by specialized organizations<sup>4</sup>, but also by multi-thematic think tanks<sup>5</sup>. However, it is particularly surprising not to have found articles devoted to the negative impact of the animal-based diet on the climate in three think tanks from the sample that specialize in the environment: the Center for Environmental Research (Germany), the International Center for Climate Governance (Italy) and the Stockholm Environment Institute (Sweden). In 2016 and 2018, this latter institute received the highest score—five stars—from the organization *Transparify*, which assesses the transparency of think tanks regarding their funding. The idea behind the *Transparify* analysis is that with greater financial transparency comes more intellectual independence, and less transparency presumably suggests that there are more links to hide that undermine investigative independence. That being said, it is clear that financial transparency does not always guarantee the best research capacity, as the case of this Swedish think tank shows (the other two are not part of the sample evaluated by *Transparify*), and which is also true of many others in our experiment that receive a high rating from *Transparify*. Up to 22 think tanks in our sample that do not discuss the implications the climate crisis has for our diet were rated four or five stars by *Transparify* in 2018

---

4 Basque Centre for Climate Change (Spain), Centre for Development and the Environment (Norway), Centro Euro-Mediterraneo sui Cambiamenti Climatici (Italy), Ecologic Institute (Germany), Environment for Development Initiative (Sweden), Institute du Developpement Durable et Relations Internationales (France), Institute for European Environmental Policy (UK), Intergovernmental Panel on Climate Change (Switzerland), International Institute for Environment and Development (UK), Potsdam Institute for Climate Impact Research (Germany) and Wuppertal Institute for Climate, Environment and Energy (Germany).

5 Chatham House (UK), Economic and Social Research Institute (Ireland), German Institute for Economic Research (Germany), German Marshall Fund (Belgium), Heinrich Böll Foundation (Germany), International Institute for Applied Systems Analysis (Austria), Istituto Bruno Leoni (Italy) and Overseas Development Institute (UK).



(Transparify, 2018). This confirms the need to take more elements than think tank financing into account when evaluating their credibility and prestige, or their mere qualification as think tank.

As a final example to conclude this book and validate our model, we propose considering the case of Chatham House. This veteran think tank, a reference for many other think tanks due to its reputation and prestige, but also an example of an organization closely connected with the elites and national interests of its country, is the one that pays closest attention to the link between diet and climate of all of the think tanks studied, hugely differentiating itself from the rest since 2014 in this respect.

In that year, Chatham House published the report *Livestock—Climate Change's Forgotten Sector: Global Public Opinion on Meat and Dairy Consumption* (Bayley, Froggatt and Wellesley, 2014). This academic contribution provided an in-depth look at what international public opinion thinks about the impact of an animal-based diet on the climate, while also contributing clear and relevant proposals for political action. Since its publication, this research has become a must-mention reference for any researcher on climate change and diet, reflecting Chatham House's capacity to generate expert analysis on a key climate issue with enormous impact on very important economic sectors.

According to the report itself, its editors are the director of Chatham House and two researchers from its Energy, Environment and Resources Department; that is, the team was internal to the organization, while it counted on the collaboration of external experts and hired the firm Ipsos MORI to carry out the survey. Although Chatham House is a multi-thematic think tank, energy and the environment is one of its areas of expertise. It is clearly focused on analysis and has a staff of close to 200 researchers and collaborators. Finally, the interracial, intergenerational and international character of its researchers and collaborators (all information available on its website) also clearly points to inclusiveness, at least in appearance. It is therefore clearly an organization with the capacity to generate its own expert knowledge and analysis, as well as ideas and proposals, and to do so from a broad perspective. Intellectual independence is therefore evident in comparison with the intellectual omission of the rest of the think tanks analysed. But is this capacity to generate knowledge oriented to the common good, or does it correspond to specific interests?

The 2014 report not only reveals the researchers responsible for the work, but also where the funding came from. The investigation was carried out thanks to funds received from the Avatar Alliance Foundation and the Craig and Susan McCaw Foundation. These two foundations are behind different initiatives in different countries aimed at raising public awareness regarding the environmental impact of animal agriculture.

The Avatar Alliance Foundation is a private foundation created in 2013 by film director James Cameron, whose philanthropic mission is mainly aimed at issues of climate change, energy policies, deforestation, indigenous rights, ocean conservation and animal agriculture. The Craig and Susan McCaw Foundation is a philanthropic foundation created by telecommunications entrepreneur Craig McCaw, who became a millionaire thanks to mobile telephony and later wireless bandwidth services. With this foundation, the Craws are dedicated to funding educational, environmental and economic development projects.

Chatham House is in turn funded by a long and diverse list of donors, up to 200 in 2019-2020, including government agencies, private foundations and national and international companies. The list is public on its website, where the range of amounts contributed by each donor is reported. Mid-range donors include some of the world's leading polluting companies, including ExxonMobil, British Petroleum, Chevron and Royal Dutch Shell, as well as foundations financed by funds linked to fossil fuels, such as the Stavros Niarchos Foundation (in this case related to fossil fuel transportation). This Greek foundation was in fact by far the largest individual donor to Chatham House in 2019/2020 (with a £10m donation, 62.5% of that year's entire budget).

Thus, we also find the polluting elites among donors to Chatham House, whose funding the obstructionist think tanks attempt to hide. Here, however, they are not the only donors, nor are they hidden. Perhaps to avoid interference, donations are allocated to specific projects at Chatham House, to separate conflicting interests. For the case analysed here, the research certainly cannot be considered to be at the service of the elites, given that it questions one of the most important economic sectors (the agricultural sector directly, and the fossil fuel sector indirectly) and is financed by donors not linked to industries that derive a direct benefit from the food system change that the report calls for. Neither does this

report on public opinion imply the monitoring of political power; but it does guide it in a clear direction, taking into account the overwhelming results and recommendations found in the report.

Lastly, attention to social problems and the need to work to de-escalate conflicts comprise part of the list of objectives that Chatham House makes explicit in its annual reports. In the climate case studied, the 2014 report incorporates the social approach and shows a non-conflictual strategy, pointing to potential economic benefits of dietary change (to reduce fears among the industries involved in the change). In short, this example related to climate change provides us with a motivation that we might call oriented towards the common good.

The Chatham House case is paradigmatic because it shows that it is possible for an organization to produce expert analysis oriented towards the common good while counting on representation from almost all of the elites among its financial backers—including the economic, political, military and governmental elites. This may not be true for all of its contributions, but it does reveal the need to look at more indicators than just funding and ideology in order to assess the real contribution made by a think tank.

In conclusion, after extrapolating the example of climate obstruction, we can establish that not all organizations presenting themselves as think tanks are such, according to the normative definition of think tanks suggested here. A considerable number of think tanks are in actual fact political lobbyists or propagandists, while another relevant number of organizations simply does not have the resources to make a meaningful contribution. It is possible to distinguish between them by assessing whether they generate expert knowledge and analysing, promote private or public interests, maintain privileges or promote inclusive and diverse equality, defend an ideology or manipulate in ideological terms.

Without expert knowledge, a think tank is a mere instrument of influence or even propaganda, or simply an actor incapable of identifying and addressing complex issues. If not oriented towards the common good, expert knowledge can have disastrous results.

The different motivations, capacities and contributions of these organizations make it impossible for experts to find a common definition

for think tanks. Here we have argued that it is precisely those motivations, capacities and contributions that allow us to distinguish between an expert think tank, which informs the debate, and an organization that does not inform the discussion or even misinforms it, therefore constituting an impostor in the think tank arena.

## REFERENCES

- ABELSON, Donald E. (2001). *Do Think Tanks Matter? Assessing the Impact of Public Policy Institutes*. Montreal, McGill-Queen's University Press
- ABELSON, Donald E. (2006). *A Capitol Idea. Think Tanks and US Foreign Policy*. Montreal, McGill-Queen's University Press.
- ALMIRON, Núria (2020). "Rethinking the ethical challenge in climate change lobbying: a discussion of ideological denial". In N. Almiron and J. Xifra (eds.): *Climate Change Denial and Public Relations. Strategic Communication and Interest Groups in Climate Inaction*. London, Routledge, pp. 9-25.
- ALMIRON, Núria, and Jordi XIFRA (eds.) (2020). *Climate Change Denial and Public Relations. Strategic Communication and Interest Groups in Climate Inaction*. London, Routledge.
- ALMIRON, Núria, Maxwell BOYKOFF, Marta NARBERHAUS and Francisco HERAS (2020). "Dominant counter-frames in influential climate contrarian European think tanks". *Climatic Change* 162(4): 2003-2020.
- ALMIRON, Núria, Miquel RODRIGO-ALSINA and Jose A. MORENO (2021). "Manufacturing ignorance: Think tanks, climate change and the animal-based diet". *Environmental Politics*, DOI: 10.1080/09644016.2021.1933842.
- BAYLEY, Bob, Antony FROGGATT and Laura WELLESLEY (2014). *Livestock—Climate Change's Forgotten Sector: Global Public Opinion on Meat and Dairy Consumption*. London, Chatham House.
- BLANC, Robert Carl (2003). *From Thatcher to the Third Way. Think-Tanks, Intellectuals and the Blair Project*. Stuttgart, Ibidem-Verlag Haunschild.

- BOUCHER, Stephen (2020). *Les think tanks: Cerveaux de la guerre des idées*. Paris, Éditions du Félin.
- BRULLE, Robert J. (2014). "Institutionalizing delay: foundation funding and the creation of U.S. climate change counter-movement organizations". *Climatic Change* 122: 681-694.
- BRULLE, Robert J. (2020). "Denialism: organized opposition to climate change action in the United States". In D. Konisky (ed): *Handbook of U.S. Environmental Policy*. Northampton, Edward Elgar Publishing, pp. 328-341.
- BUSCH, Timo, and Lena JUDICK (2021). "Climate change—that is not real! A comparative analysis of climate-sceptic think tanks in the USA and Germany". *Climatic Change* 164(18). <https://doi.org/10.1007/s10584-021-02962-z>
- C-SPAN. (1984). "Edwin Feulner talked about the Heritage Foundation, a conservative think tank". December 20. <https://www.c-span.org/video/?124892-1/heritage-foundation>
- CASTILLO ESPARCIA, Antonio, and Emilia SMOLAK LOZANO (2017). *Lobbies y Think tanks. Comunicación Política en la Red*. Barcelona, Gedisa.
- COCKETT, Richard (1995). *Thinking the Unthinkable: Think-tanks and the Economic Counter-revolution, 1931-83*. New York, Fontana Press.
- COHEN, Gerard A. (2011). *On the Currency of Egalitarian Justice, and Other Essays in Political Philosophy*. Princeton, New Jersey, Princeton University Press.
- COHEN, Stanley (2000). *States of Denial. Knowing About Atrocities and Suffering*. Cambridge, Polity Press.
- DENHAM, Andrew, and Mark GARNETT (1998). *British Think Tanks and the Climate of Opinion*. London, UCL Press.
- DENHAM, Andrew, and Diane STONE (2004). *Think Tank Traditions: Policy Research and the Politics of Ideas*. Manchester, Manchester University press.
- DUNLAP, Riley E., and Peter J. JACQUES (2013). "Climate change denial books and conservative think tanks: exploring the connection". *American Behavioral Scientist* 57(6): 699-731.
- FARRELL, Justin (2016). "Network structure and influence of climate change countermovement". *Nature Climate Change* 6(4): 370-374.
- HEYWOOD, Andrew (2012). *Political Ideologies. An Introduction*. London, Palgrave.
- HULTMAN, Martin, and Paul M. PULÉ (2018). *Ecological Masculinities*. London, Routledge.
- JACQUES, Peter J., Riley E. DUNLAP and Mark FREEMAN(2008). "The organization of denial: conservative think tanks and environmental scepticism". *Environmental Politics* 17: 349-385.

- KLEIN, Naomi (2007). "Naomi Klein: From Think Tanks to Battle Tanks, 'The Quest to Impose a Single World Market Has Casualties Now in the Millions'". *Democracy Now*, August 15. [https://www.democracynow.org/2007/8/15/naomi\\_klein\\_from\\_think\\_tanks\\_to](https://www.democracynow.org/2007/8/15/naomi_klein_from_think_tanks_to)
- LANDRY, Julien (2021). *Critical Perspectives on Think Tanks: Power, Politics and Knowledge*. Cheltenham, Edward Elgar Publishing.
- LENGLET, Roger, and Olivier VILAIN (2011). *Un pouvoir sous influence - Quand les think tanks confisquent la démocratie*. Paris, Armand Colin.
- LESLIE, Ian (2021). *Conflicted: How Productive Disagreements Lead to Better Outcomes*. New York, Harper Collins.
- LI, Cheng (2017). *The Power of Ideas: The Rising Influence of Thinkers and Think Tanks in China*. Singapore, WSPC.
- MAHLER, Jonathan (2018). "How one conservative think tank is stocking trump's government". *The New York Times Magazine*, June 20: <https://www.nytimes.com/2018/06/20/magazine/trump-government-heritage-foundation-think-tank.html>
- MCCRIGHT, Aaron M. (2007). "Climate contrarians". In S.C. Moser and L. Dilling (eds): *Creating a Climate for Change: Communicating Climate Change and Facilitating Social Change*. Cambridge, Cambridge University Press, pp. 200-212.
- MCCRIGHT, Aaron M., and Riley E. DUNLAP (2010). "Anti-reflexivity: the American conservative movement's success in undermining climate science and policy". *Theory Culture Society* 26: 100-133.
- MCGANN, James G. (2007). *Think Tanks and Policy Advice in the United States: Academics, Advisors and Advocates*. New York, Routledge.
- MCGANN, James G. (2016). *The Fifth Estate: Think Tanks, Public Policy, and Governance*. Washington, Brookings Institution.
- MCGANN, James G. (2021a). *The Future of Think Tanks and Policy Advice Around the World*. Cham, Switzerland, Palgrave Macmillan.
- MCGANN, James G. (2021b). "2020 Global Go To Think Tank Index Report". TTCSP Global Go To Think Tank Index Reports. 18. [https://repository.upenn.edu/think\\_tanks/18](https://repository.upenn.edu/think_tanks/18)
- MCGANN, James G. (ed.) (2018). *Think Tanks and Emerging Power Policy Networks*. Cham, Switzerland, Palgrave Macmillan.
- MCGANN, James G., and Erik C. JOHNSON (2005). *Comparative Think Tanks, Politics and Public Policy*. Cheltenham, Edward Elgar Publishing.
- MCGANN, James G., and R. Kent WEAVER (2009). *Think Tanks and Civil Societies. Catalysts for Action*. New Brunswick, New Jersey, Transaction Publishers.

- MCGANN, James G., and R. Kent WEAVER (eds.) (2000). *Think Tanks and Civil Societies: Catalysts for Ideas and Action*. Sommerset, New Jersey, Transaction Press.
- MCGANN, James G., Anna VIDEN, and Julian RAFFERTY (2014). *How Think Tanks Shape Social Development Policies*. Philadelphia, University of Pennsylvania Press.
- MEDVETZ, Thomas (2012). *Think Tanks in America*. Chicago, University of Chicago Press.
- MENDUS, Susan (2017). "Contingency in political philosophy". *Philosophia* 45: 477-486.
- NIBLETT, Robin (2018). "Rediscovering a sense of purpose: the challenge for western think-tanks". *International Affairs* 94(5): 1409-1430.
- ORESQUES, Naomi, and Erik M. CONWAY (2010). *Merchants of Doubt. How a Handful of Scientists Obscured the Truth on Issues from Tobacco Smoke to Global Warming*. New York, Bloomsbury.
- PARMAR, Inderjeet, and Shihui YIN (2020). "100 Years of Chatham House: A Century in the Service of Empire". *Wire*, 1<sup>st</sup> October. <https://thewire.in/world/chatham-house-100-years>.
- PLEHWE, Dieter (2014). "Think tank networks and the knowledge-interest nexus: the case of climate change". *Critical Policy Studies* 8(1): 101-115.
- PLEHWE, Dieter, and Bernhard J. A. WALPEN (2006). "Between network and complex organization: The making of neoliberal knowledge and hegemony". In D. Plehwe, B. Walpen, and G. Neunhöffer (eds.): *Neoliberal hegemony: A global critique*. London, Routledge, pp. 27-50.
- PLEHWE, Dieter, Quinn SLOBODIAN and Philip MIROWSKI (eds.) (2020). *Nine Lives of Neoliberalism*, London, Verso <https://www.versobooks.com/books/3075-nine-lives-of-neoliberalism>.
- RAWLS, John (1999). *A Theory of Justice. Revised Edition*. Cambridge, Massachusetts, The Belknap Press of Harvard University Press.
- RICH, Andrew (2004). *Think Tanks, Public Politics and the Politics of Expertise*. Cambridge, Cambridge University Press.
- RIFKIN, Jeremy (1992). *Beyond Beef. The Rise and Fall of the Cattle Culture*. New York, Dutton.
- ROVELLI, Carlo (2015). *La realidad no es lo que parece. La estructura elemental de las cosas*. Barcelona, Tusquets editores.
- RUSER, Alexander (2019). *Climate Politics and the Impact of Think Tanks: Scientific Expertise in Germany and the US*. Cham, Switzerland, Palgrave MacMillan.
- SAGAHYE-BIRIA, Hakymeh (2019). *Elite American Think Tanks' Construction of Political Islam: Under the Grip of Orientalism and American Exceptionalism*. Sunnyvale, California, Lambert Academic Publishing.



- SHOUP, Lawrence H. (1991). *Wall Street's Think Tank: The Council on Foreign Relations and the Empire of Neoliberal Geopolitics*. New York, Monthly Review Press.
- SMITH, James A. (1991). *The Idea Brokers: Think Tanks and the Rise of the New Policy Elite*. New York, The Free Press.
- SOLL, Jacob. (2017). "How Think Tanks Became Engines of Royal Propaganda". *Tablet*, 1<sup>st</sup> February. <https://www.tabletmag.com/sections/history/articles/think-tanks-jacob-soll-propaganda>
- STEFANCIC, Jean and Richard DELGADO (1996). *No Mercy: How Conservative Think Tanks and Foundations Changed*. Philadelphia, Temple University Press.
- STEINFELD, Henning, Pierre GERBER, Tom WASSENAAR, Vincent CASTEL, Mauricio ROSALES and Cees DE HAAN (2006). *Livestock's Long Shadow*. Rome, FAO.
- STONE, Diane (1996). *Capturing the Political Imagination: Think Tanks and the Policy Process*. London, Frank Cass.
- STONE, Diane, and Andrew DENHAM (2004). *Think Tank Traditions: Policy Research and the Politics of Ideas*. Manchester, Manchester University Press.
- STONE, Diane, Andrew DENHAM and Mark GARNETT (eds.) (1998). *Think Tanks across Nations: A comparative Approach*. Manchester, Manchester University Press.
- TRANSPARIFY (2017). *Think Tanks in the UK 2017: Transparency, Lobbying and Fake News in Brexit Britain*. Tbilisi, Transparify.
- TRANSPARIFY (2018). *How Has Think Tanks Transparency Evolved in 2018?* Tbilisi, Transparify.
- WEAVER, R. Kent (1989). "The changing world of think tanks". *PS: Political Science and Politics*, 22(3): 563-578.
- XIFRA, Jordi (2008). *Los think tanks*. Barcelona, UOC.

*Este libro se terminó de confeccionar  
en los talleres del Servicio de Publicaciones  
de la Universidad de Zaragoza  
en noviembre de 2021*

